



Memoria histórica e identidad
En torno a Cataluña, Aragón y Navarra

Ángel García-Sanz Marcotegui (editor)

Ángel García-Sanz Marcotegui (editor), Josep M. Fradera, Carlos Forcadell Álvarez, Soren Brinkmann, Fernando Mikelarena Peña, César Llyona Iundán, Javier Ugarte Tellería

Título: *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*

Autores: Ángel García-Sanz Marcotegui (editor), Josep M. Fradera, Carlos Forcadell Álvarez, Sören Brinkmann, Fernando Mikelarena Peña, César Layana Iruñeain, Javier Ugarte Tellería

Edita: Universidad Pública de Navarra : Nafarroako Unibertsitate Publikoa

Fotografía de cubierta: Archivo Javier Bergua

Fotocomposición: Pretexto, pretexto@cin.es

Imprime: Ona Industria Gráfica

Depósito Legal: NA 2.571-2004

ISBN: 84-9769-061-3

© Ángel García-Sanz Marcotegui (coord.), Josep M. Fradera, Carlos Forcadell Álvarez, Sören Brinkmann, Fernando Mikelarena Peña, César Layana Iruñeain, Javier Ugarte Tellería

© Universidad Pública de Navarra

Esta publicación no puede ser reproducida, almacenada o transmitida total o parcialmente, sea cual fuere el medio y el procedimiento, incluidas las fotocopias, sin permiso previo del concedido por escrito por los titulares del copyright.

Coordinación y distribución: Dirección de Publicaciones
Universidad Pública de Navarra
Campus de Arrosadía
31006 Pamplona
Fax: 948 169 300
Correo: publicaciones@unavarra.es

Citar como:

JAVIER UGARTE, «Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941», en Á. G-S Marcotegui (ed.), *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004

Resumen: Un estudio de Pamplona (España) como una de las ciudades decimonónicas europeas resueltas a resistirse al modelo de gran urbe universal despersonalizada y anómica. Comparación con Vitoria, inmersa en ese proceso.

Abstract: A study of Pamplona (Spain) as nineteenth-century European cities resolved to resist the universal model impersonal and anomic big city. Comparison with Vitoria, immersed in that process.

Palabras clave: Ciudad, urbanización, *carácter*, anomia, Pamplona, provincias, siglos XIX y XX, cosmópolis.

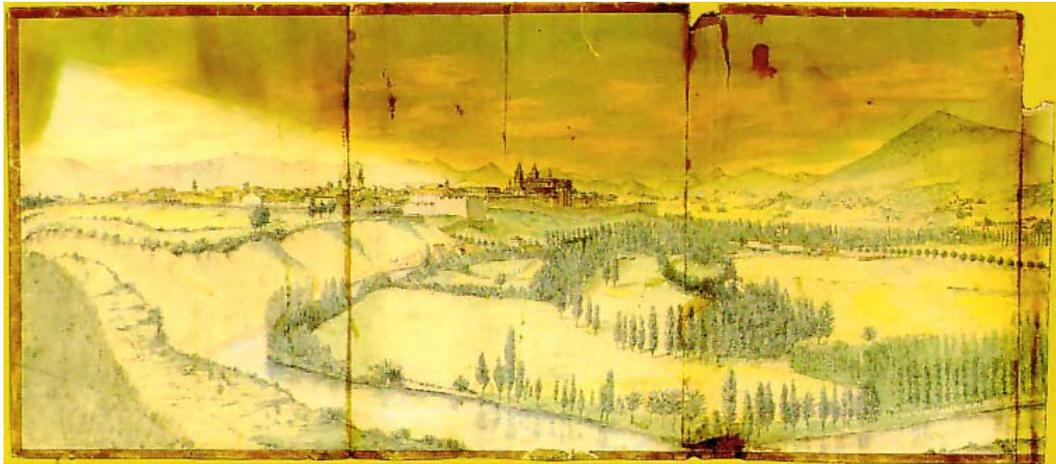
Keywords: City, urbanization, character, anomie, Pamplona, provinces, nineteenth and twentieth centuries, megalopolis.

For two centuries the idea of city's transformation and social problems that had been made in it has been one of the great obsessions of the centers of power and the intelligentsia of the time. Between the nineteenth and twentieth centuries, European cities have passed peculiar features, themselves, part of a universal idea abstract of *city*: the *cosmopolis*. It was a complex process, with its strengths and twists, in which the Western world tended to be divided between the urban to which he contrasted, also globally, the world of the village, the rural world. There were cities that, for various reasons, did not follow this pattern. The resistance forces were originated, some, ideologies attached to certain new-romanticism and traditionalism. Others were of generic responses to modernity imposing unwanted social patterns. Population centers taking shelter before in the idea of "region", "homeland" —who the head felt — that universalist approaches.

Pamplona belonged to that group of cities, far from the mainstream of the time, held a town character, in which the elements of uniqueness prevailed on cosmopolis abstract. Elements of continuity prevailed and local identity versus abstract and anomie that supposed new cities. Maintaining a great wall intact until 1915, had significant consequences of a demographic and urban at the time of transition. Otherwise, the relay in the power elites in the city were such that led to the entrenchment of certain local ethos resorted to permanent memory locations settled in the old city, and a nostalgic look and historicist about their past. The article shows, moreover, through something as diffuse linked to that culture of cities such as urban planning and architecture (art and always between formal and material solution to a practical need collective or individual), materials solutions were giving that peculiar vision city. It is a study of cultural history and iconological seeking discernment contribute elements to a socio-cultural history wealthiest and adjusted to the reality of their time.

Durante dos siglos la idea de ciudad y los problemas de transformación social que se venían produciendo en ella han sido una de las grandes obsesiones de los centros de poder y la intelectualidad de la época. Entre los siglos XIX y el XX, las ciudades europeas pasaron de tener rasgos peculiares, propios, a formar parte de una idea universal y abstracta de *ciudad*: la cosmópolis. Fue un proceso complejo, con sus resistencias y quiebros, en el que el mundo occidental tendió a dividirse entre la urbe a la que se le contraponía, igualmente de manera global, el mundo de la aldea, el mundo rural. Hubo ciudades que, por razones varias, no siguieron esa pauta. Las fuerzas de resistencia tuvieron origen, algunas, en las ideologías incardinadas en cierto neorromanticismo y en el tradicionalismo. Otras, resultaron de respuestas genéricas a una modernidad que imponía pautas sociales no deseadas. Núcleos de población que se refugiaban antes en la idea de “región”, “patria chica” —de las que se sentían cabeza— que planteamientos universalistas.

Pamplona perteneció a ese grupo de ciudades que, alejadas de la corriente mayoritaria de la época, mantuvo un cierto *carácter de ciudad*, en las que los elementos de singularidad prevalecieron sobre el abstracto de la cosmópolis. Prevalecieron los elementos de continuidad e identidad local frente al abstracto y la anomia que suponían las nuevas ciudades. El mantenimiento de una gran muralla intacta hasta 1915, tuvo consecuencias notables de orden demográfico y urbanístico en ese momento de transición. Por lo demás, los relevos en las elites de poder en la ciudad se dieron de tal modo que propiciaron el arraigo de cierto *ethos* local que recurría permanente a los lugares de memoria asentados en la vieja ciudad, y una mirada nostálgica e historicista respecto a su pasado. En el artículo se muestra, por lo demás, a través de algo tan vinculado a esa cultura difusa de las ciudades como es el urbanismo y la arquitectura (siempre entre el arte y una solución formal y material a una necesidad práctica colectiva o individual), las soluciones materiales que se fueron dando a esa *visión peculiar de ciudad*. Es un estudio de historia cultural e iconológica que busca aportar elementos de discernimiento a una historia socio-cultural más rica y ajustada a la realidad de su tiempo.



Pamplona 1850, por Aniceto Lagarde

Reproducido en Juan José Martinena, *Historias del viejo Pamplona*, Pamplona 2001

Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941¹

Javier Ugarte

La agitación de una ciudad, su viveza o grisura, el modo en que se ve a sí misma, la imagen que proyecta, su cultura difusa, han de ser «experimentadas más bien que examinadas», decía el geógrafo-urbanista Emrys Jones². Estoy de acuerdo. Imposible hacerlo, sin embargo, si se trata de la evocación pasada de una ciudad en su propio tiempo, la

¹ La frase es de Ángel María Pascual. Este artículo se ha realizado en el contexto de otros trabajos del grupo de investigación consolidado, 9/UPV, 13655/2001, dirigido por Luis Castells.

² *Metrópolis*, 1992 (1990), p. 13.

imagen que de sí misma tenía la *ciudad vieja*³. Ésta ya sólo existe, con frecuencia, como mero espectáculo turístico. Lo que en su día fueron imágenes más o menos elocuentes, han derivado en arqueología, tópicos y lugares comunes para el consumo de curiosos y amigos de la fabulación. Londres, Venecia o Ámsterdam la representaron vívidamente en su tiempo, hoy son simple objeto de atención por parte de las agencias de viaje.

No así, en su tiempo. Porque, en su día, Londres fue más que la City de las finanzas y el comercio mundial. Río arriba, estaba la Abadía de Westminster. La City y Westminster, ambas, daban carácter propio a la capital del mundo por entonces (s. XVII). Algo asumido por los propios habitantes. Tras el incendio de 1666, Londres fue reconstruida como la *Great Expectations City*, la ciudad de las grandes esperanzas (Dickens) con prolongación de las calles, canalización del río y regulación de las nuevas construcciones. Así es como fue erigiendo su capital simbólico: de la vieja Abadía de Westminster y el edificio de la Bolsa de Jerman, al edificio del Parlamento (en neogótico inglés, 1835); de las nuevas canalizaciones, al mundo sórdido de las callejas de Dickens. Proyectaba, más que la misma Inglaterra, la imagen de ser la “avanzadilla de la humanidad”. No era sólo una urbe más, representaba un modo de estar ante la vida. Era *Londres*, la Ciudad de la Grandes Esperanzas.

Otras ciudades la fueron imitando. O quizá, no; quizá, simplemente, sucedió. La imitaban no para reproducirla —como pasaría más adelante— sino para generar su propio capital simbólico, su propio *carácter local*, acorde con la vida restringida de la época. Cada sociedad urbana debía generar elementos de integración (la “ciudadanía” subordinaba entonces la persona a la comunidad), y proyectar, hacia dentro y hacia fuera, una idea de ciudad. ¿Se buscó? Quizá. O, quizá, simplemente, sucedió. En realidad, debieron ser las *reglas* de la época, la práctica y la costumbre, sobre las que la voluntad humana actuó con fortuna variada. Lo que no cabe duda es que los centros urbanos fueron el corazón de la vida social desde la Baja Edad Media.

La percepción de la ciudad medieval como mero mercado y lugar de negocios de los propietarios de tierra fue progresivamente transformándose tras el Renacimiento. Ya no eran lugares subsidiarios sino protagonistas de una nueva economía y una nueva civilización, centros de poder y prestigio.

³ Hablo, claro está, de cierta imagen, en ocasiones poderosa, que las ciudades proyectaron hacia dentro y hacia fuera, cierta *idea de ciudad*, en expresión de Carl E. Schorske, que, más allá de sus promotores, caló hondamente en el tejido social. Imagen preponderante que convivió con otras paralelas, claro está, y con imágenes alternativas. Puesto que de ella hablaremos, véase «La ciudad, Pamplona», de Miguel Sánchez-Ostiz (*Pamplona*, Madrid 1994), donde éste previene sobre los fáciles lugares comunes a que puede verse sometida la imagen de una ciudad.

Venecia, Génova marcaron la pauta. El Palacio Grimaldi Doria-Tursi (1565-1579), etcétera, de Génova, o el Palacio Ducal de Venecia revalorizado, la Plaza de San Marcos y los palacios y basílicas a orillas del Gran Canal marcaron un hito: eran símbolos locales de poderío en el mundo conocido. Las casas comerciales de Ámsterdam sobre los canales, o las de Cádiz en forma de “silla”, buscaban diferenciar, señalar ese preciso entorno urbano frente a otros.

Todo ello iba dando carácter propio a cada ciudad, a cada una de ellas. De un conjunto de casas con mercado y catedral (homenaje al rey y plaza pública, con hospital para peregrinos), pasó ésta a ser protagonista de la nueva vida pública, y centro del nuevo poder. La relación ciudad-campo se invirtió. Ya no eran los ricos terratenientes quienes daban brillo a la ciudad: era ésta la que lucía con luz propia. Ya no era el Palacio de Chambord y otros del Loira en Francia los que atraían a los potentados, sino París, Ámsterdam o Viena. Cada ciudad fue adquiriendo su perfil y un modo de comportarse particular. Aquel modo de estar particular ante la política, el comercio, el *luxus* o el comedimiento, el arte o el trazado de las calles, impregnó a sus habitantes. A sus personas, desde luego, pero, sobre todo a familias, clanes, gremios, cofradías, compañías, etc., entidades corporadas que conformaban la entonces llamada “ciudadanía”. Ámsterdam calvinista frente a la Bruselas católica e hispana, Rembrandt frente a Rubens, de la réplica a la recreación transmutada⁴, todo favorecía la creación de un fuerte rasgo de identidad “ciudadana” particular.

Por otro lado, contra lo que ocurrió después, la distancia existente entre la vida dentro y fuera de los muros de la ciudad no era tanto la del antagonismo. Sus universos se complementaban y necesitaban mutuamente. El flujo era natural y el trasiego de productos y personas en ambas direcciones, cotidiano. La región se sustanciaba en la ciudad.

Con la industrialización y las ideas ilustradas del XVIII, las cosas cambiaron sustancialmente. Los ilustrados aspiraban a una ciudad limpia, ordenada y geométrica, frente a la suciedad, los olores y el desorden del campo, de la aldea. Aspiraban a “La Ciudad” genérica frente al campo, también como categoría universal⁵. El modelo reticular de urbanización de USA en el XVIII-XIX estuvo inspirado en ello. También

⁴ S. Schama, *Los ojos de Rembrandt*, Barcelona 2002. Especialmente los primeros capítulos. O, también, 536 y ss. con los *kloveniers*.

⁵ A. Southal, *Urban Antropology: Cross Cultural Studies of Urbanization*, Londres 1973.

pequeños pueblos de Cádiz creados con el impulso colonizador ilustrado del XVIII español.

Sin embargo, la industrialización provocaba, al poco, el caos y la suciedad —de otro tipo, pero suciedad al fin y a la postre— también en las ciudades. Caos y suciedad que esperaba resolver el modelo de urbanización haussmanniano, heredero de la Ilustración en tiempos de industrialización (el que aplicó Cerdá a Barcelona en España).

Pero, para lo que nos interesa, la ciudad concreta fue perdiendo sus rasgos particulares. Londres ya no era la Ciudad de las Esperanzas, era la *City* de las finanzas, y París, *la ciudad de las luces* (más tarde, ambas convergerían en New York). Eran *la ciudad* sin aditamentos. Todas las demás intentaban imitarlas. Ya no se aspiraba a caracterizar a cada una de ellas sino a remarcar su halo eminentemente urbano, a ser posible, réplica de París o Londres⁶. Eran los tiempos de la cosmópolis. El tiempo de *Gotham* (antiguo nombre de Nueva York), la ciudad de *Batman y Robin*, (1939, Bob Kane y Bill Finger), arquetipo de toda ciudad que se preciara: solemnes edificios públicos, teatro, ópera, museo, hipódromo, modernos servicios municipales, buena sociedad y edificios espectaculares. Nada que señalara un rasgo propio, diferencial, característico (más allá de algún símbolo de grandiosidad: Torre Eiffel, Estatua de la Libertad). Desapareció la aspiración por una cultura urbana particular (Venecia, Cádiz o Ámsterdam) a favor de una idea de Gran Urbe universal, la gran metrópoli. Ésta no tenía competidor, naturalmente, pero sí su reverso: el campo, la aldea. La ciudad, por su parte, se había convertido en un entorno impersonal y nuevo, sin elementos de identidad, una idea abstracta. Así lo decía Arthur Rimbaud:

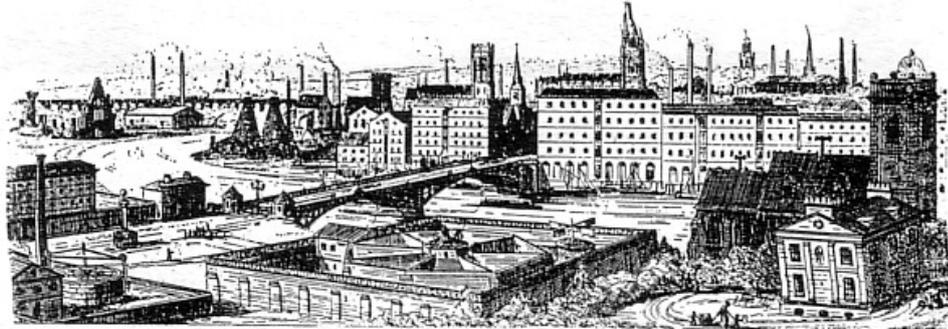
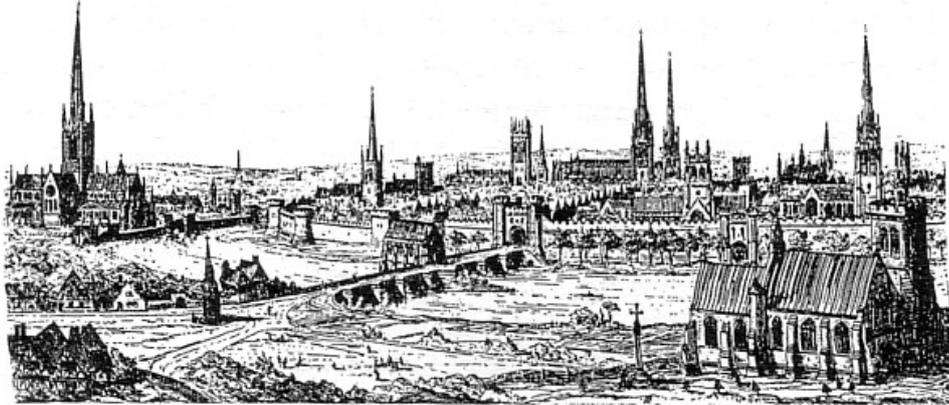
«Soy un efímero y no demasiado descontento ciudadano de una metrópoli que se juzga moderna porque todo gusto conocido se ha evitado en los mobiliarios y en el exterior de las casas tanto como en el plano de la ciudad. Aquí no señalaríais los rastros de ningún monumento de superstición. ¡La moral y el idioma, en fin, están reducidos a su expresión más simple! Estos millones de gentes que no necesitan conocerse conducen tan parejamente la educación, el oficio y la vejez, que el curso de la vida debe ser muchas veces más corta de lo que una loca estadística encuentra para los pueblos del Continente.»

Algunos arquitectos se inquietaron ante esa perspectiva de despersonalización y realidad abstracta. Un sector tendió a inspirarse en el pasado medieval lleno de referentes, decían. En realidad, añoraban el reciente pasado perdido. El Medioevo no era sino un elemento simbólico a través del que se aspiraba a una modernidad diferente⁷. En general,

⁶ Ya no cabía, volviendo a Dickens, hacer una *Historia de dos ciudades* (Londres y París a fines del XVIII). Era la gran urbe, *la ciudad*, y las experiencias intercambiables.

⁷ Ver Carl E. Schorske, «El neomedievalismo y su contenido moderno: Coleridge, Pugin y Disraeli», en *Pensar con la historia*, Madrid 2001.

surgieron, los neos —como epítome nostálgico o regenerador—, especialmente, el neogótico.



Dos ciudades. «Una ciudad cristiana en 1440»; «La misma ciudad en 1840» por A. W. N. Pugin. Sobre el caos real o imaginado por algunos nuevos urbanistas.⁸

En poco tiempo, los aldeanos, campesinos o jornaleros, llegaron en masa a las pujantes ciudades para convertirse en habitantes de barriadas de chabolas en una irregular expansión. Aquellas barriadas de mineros o metalúrgicos parecían más bien «ciudades campesinas» y reproducían rasgos de la primera marea humana llegada a Londres con la industrialización inglesa.

Con el nuevo estado de cosas se generó una distancia —en general, displicente, despectiva— entre la ciudad (los “urbanos”) y el campo (los “aldeanos” y “rústicos”, “*pataudes*” y “*paysan*”, “*grobian*” o “*villager*”; los “Domingos”, los “Txomines”, los “Pellos” o los “Blases” en la literatura española de la época). Era el reverso, la no-ciudad. Los gobernantes y elite de las ciudades, a pesar de depender más que nunca de la producción alimentaria y primaria de su *hiterland* agrícola, abundaron en esa idea.

⁸ Augustus Welby N. Pugin (1812-1852), arquitecto inglés, autor (con Charles Barry) del edificio del Parlamento inglés, que encabezó y teorizó sobre el movimiento del neogótico victoriano e inspiró el prerrafaelismo. La imagen de este radical contraste imaginado por él se encuentra en su libro *Contrasts* (1836). Ver nota anterior.

Habían vuelto la espalda a su entorno campesino. No en la práctica (vivían de él), pero sí en la apreciación de las cosas. Al campo y al mundo del campesino se les mantuvo en ese tiempo siempre bien alejados. Incluso los sectores con menor prestigio de la ciudad, se sentían arrogantemente superiores al “aldeano”, e intrínsecamente diferentes a él⁹.

Esto ocurrió. Pero no en todos los casos. Hubo ciudades que, por uno u otro motivo, realizaron ese tránsito de otro modo. Fueron muchas, más de lo que suele decirse: la propia Ámsterdam o Venecia, por razones obvias. Entre las más modestas, algunas ciudades no se sintieron parte de esa metrópoli universal y conservaron sus signos propios. ¿Razones? Varias. Algunas de orden ideológico incardinadas en cierto neorromanticismo y en el tradicionalismo¹⁰. Otras de respuesta genérica a una modernidad que imponía pautas no deseadas y que se refugiaba antes en la idea de “región”, “patria chica”, “*province*”, “*terroir*” o “*Heimat*”, con una cabeza urbana refractaria a los símbolos más evidentes de aquélla¹¹. También a corrientes nacionalizadoras de corte agrarista y esencialista surgidas en el cambio entre los siglos XIX y XX (ver *infra*)¹². En la mayoría de los casos, a una combinación de todas ellas y otras de orden local.

Pamplona fue una de esas ciudades que mantuvo su carácter y se “resistió” al modelo de modernidad que marcaba la gran metrópoli.

Es de lo que se trata. Revivir aquella idea difusa pero poderosa del *carácter de una ciudad*, Pamplona, que fue tomando forma entre finales del

⁹ Puede encontrarse este punto de vista, con variantes, en Salvador Giner, «Ciudad y politeya en la Europa meridional. Algunas reflexiones históricas y sociológicas», en Alabart, Anna, Soledad García y Salvador Giner (comps.), *Clase, poder y ciudad*, Madrid 1994

¹⁰ F.J. Caspistegui, «“Esa ciudad maldita, cuna del centralismo, la burocracia y el liberalismo”: La ciudad como enemigo en el tradicionalismo español», en J.M. Pozo Mucio (Coord.), *Arquitectura, ciudad e ideología antiurbana*, Pamplona 2002 (Actas del III Congreso de Arquitectura, ciudad e ideología urbana, marzo de 2002, Pamplona. Congreso de arquitectura, ciudad e ideología urbana). Aunque Caspistegui hace referencia al rechazo de “la ciudad”, habla en ese sentido metropolitano al que aquí me estoy refiriendo.

¹¹ C. Applegate, *A Nation of Provincials. The German Idea of Heimat*, Berkeley-Los Angeles-Oxford, 1990. Sobre la idea de “provincia” J. Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid 1998, especialmente en las Conclusiones.

¹² Un trabajo interesante en esa dirección, donde se cita una amplia bibliografía en J.R. Iglesias y J.A. Sánchez «Bases ideológicas para la recuperación del pazo gallego en los años 30», en J.M. Pozo Mucio (Coord.), *Arquitectura,...*

XIX y principios del XX. Aquí, sin embargo, me limitaré a señalar indicios razonables de que eso fue así y algunas razones por las que ocurrió esto, dejando para escritos posteriores un análisis más pleno de los rasgos que lo caracterizaron (sin eludir éstos aquí).

Su perfil especial hizo que la idea urbana predominante en la capital navarra (o, si se prefiere, la ideología dominante del lugar) transmitiera un espíritu de ciudad que afirmaba su *singularidad* antes que su participación en la cosmópolis universal. Pervivió una considerable identidad comunitaria donde ésta prevalecía sobre la persona, manifiesta en el señalado perfil y las relaciones sociales del espacio “intramuros” (toda Pamplona hasta 1920). (Un espacio que, por cierto, nunca hasta hoy ha sido redefinido como «centro histórico» con fines turísticos.) Aquello implicó en la práctica unas relaciones de solidaridad y reciprocidad entre sus habitantes, asimétricas por definición (patronazgo, clientelismo), que ayudaron, quizá, a hacer frente a los cambios económicos en aquella coyuntura, pero que en su momento, debilitaron la intensidad de la corriente modernizadora de la ciudad¹³. Todo aquello iría desdibujándose con el paso de los años (y a ello, paradójicamente, colaboró Ernest Hemingway, universalizando con exotismo y tópicos —hasta el punto que los del lugar no lo aceptaban— algo tan local como era una fiesta de valor y sangre: el “encierro”).

Este fue, como he dicho, un fenómeno bastante habitual (aunque poco estudiado) en la zona mediterránea. Pero también en centro-Europa o zonas de la Gran Bretaña menos industrializada¹⁴. Ciudades que afirmaron su singularidad en ese momento de universalización de los valores de la urbe.



¹³ Salvador Giner, «Ciudad y politeya...»

¹⁴ Véase, por ejemplo, «English local history: Scope and Agenda», en J. Agirreazkuenaga (ed.), *Perspectives on English Local History*, Bilbao 1993.



Vistas de Urbino (Italia) y de Pamplona con sus torres marcando el perfil de la ciudad.

Y como contraste, los temores de A. W. N. Pugin (ver Ilustración II) materializados en una gran parte de las grandes ciudades de Europa y EE.UU. (véase un caso extremo, Yorkshire, Inglaterra). Materializados de un modo más drástico de lo que nunca él pudo imaginar.



Colne Valley Yorkshire (Inglaterra). Principios del XX.

Pero, como norma general, como idea rotunda que se imponía sobre las realidades más variadas, dominaba aquélla que mostraba la universalización del espacio urbano como un continuo abstracto global, *la ciudad* (cuyos modelos podían ser París o Nueva York; pero, a nivel local, Barcelona o Bilbao, e incluso, Madrid), sede de la civilización moderna, una civilización con vocación de generalidad frente a lo local. Frente a él, otro concepto también universal: *el campo*; menospreciado —ya se ha dicho—

como espacio arcaico e inmóvil, lugar de pasiones y valores rústicos-elementales¹⁵.

Pamplona, no. Pamplona perteneció a aquél grupo de ciudades que, alejadas de la corriente mayoritaria de la época, mantuvo un cierto *carácter de ciudad*, en la que los elementos de singularidad prevalecieron sobre el abstracto de *la cosmópolis*. ¿Las razones? Es lo que intentaré exponer como un primer ensayo de una investigación más amplia. También mostrarlo a través de algo tan vinculado a esa cultura difusa de las ciudades como es el urbanismo y la arquitectura (siempre entre el arte y una solución formal y material a una necesidad práctica colectiva o individual, un elemento ajeno a la “belleza”, y, sin embargo, sujeto de ostentación, de proyección pública, cargado siempre de un intenso simbolismo).

En este punto debe uno asentir a lo dicho por E.H. Gombrich sobre el arte cuando habla de combatir la idea de éste como simple expresión y síntoma de un estado social¹⁶. En efecto, lleva razón. También en el caso de la arquitectura. Podemos comprobarlo en el caso del arquitecto pamplonés Víctor Eusa, creador, como veremos, de un *estilo local*. A pesar de su pensamiento y programa arquitectónico, realizó obras en el mejor y más puro estilo del *art déco* (Casino Eslava, 1931) o el racionalismo próximo al estilo internacional de la época (Asilo de Tafalla, chalet de los Erroz, 1933), radicalmente diferentes a su proyecto y acordes con los requerimientos del propietario del edificio o la obra.

Sin embargo, la arquitectura, tomada en su conjunto, está especialmente cargada de simbolismo social y tiende a responder a gustos colectivos generalizados entre los futuros propietarios de los edificios. Tiene su carga artística (aunque hubiera quien lo negara, como el arquitecto vienés Adolf Loos), pero sus soluciones formales y materiales responden

¹⁵ Naturalmente, éstos eran constructos ideales como el recogido aquí de Rimbaud. Walter Benjamin, en su *Infancia en Berlín hacia 1900* (1950; consulto la edición de Barcelona, 1992), una de las grandes ciudades del momento, reconstruye un mundo lleno de referentes concretos: la esquina entre las calles Steglitz con Genthin y el mirador de su tía, el Mercado de Magdeburgo, las cafeterías del zoológico conocidas como “avenida del mentidero”, etc. Claro que su mundo infantil estaba “aprisionado” por el barrio de propietarios del antiguo y nuevo Oeste. Otro tanto puede decirse del Bronx de italianos, polacos y griegos, etc. en Nueva York, referencias identitarias concretas para muchos, pero que nunca se convirtieron en idea dominante de la época. El propio Benjamin escribió el ensayo «París, capital del siglo XIX» en el sentido que sostengo en el texto.

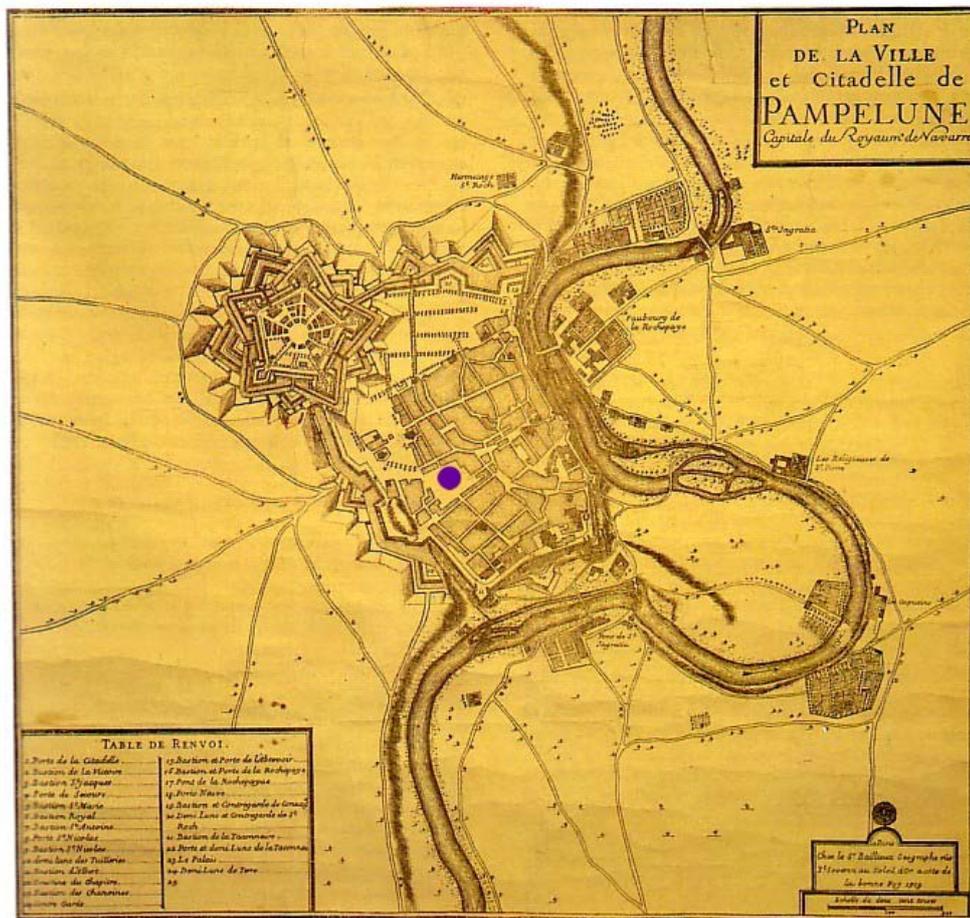
¹⁶ *Ideales e ídolos. Ensayo sobre los valores en la historia del arte*, Barcelona 1979.

también a necesidades prácticas; y, con frecuencia, antes a los gustos del promotor que a los del arquitecto (en este caso, al artista). Una casa no es una pintura. Y, aunque la segunda deba buscar el gusto del comprador para ser objeto de mercado, en él se aspira desde el romanticismo —no antes— a que aflore la genialidad del artista. En la arquitectura, no. Ésta debe satisfacer al promotor y expresar sus ansias de proyección social, utilidad, o comodidad. Siempre, y aún hoy, la arquitectura (obra de arte o mera construcción práctica, más propia de ingenieros) ha interpretado mejor que cualquier otra forma de creación el *Geisteswerke* de una época, de un colectivo o de una corriente cultural. Los propios arquitectos y sus apreciaciones teóricas han estado siempre muy conectadas con las labores prácticas de construcción y las demandas de los patrocinadores.

Las ciudades son quizá las que han venido a dar sentido más completo a las obras de arte. Pero, a su vez, el conjunto articulado de éstas (edificios, murallas, estatuas y monumentos, pinturas y frisos, música, teatro o danza, los propios discursos sobre la ciudad o la poesía), como conjunto articulado acaban construyendo el propio significado de la ciudad en el marco de cierta cultura difusa de ésta.

1.- Pamplona, ciudad singular.

Pamplona, como he dicho, perteneció a aquél grupo de ciudades que, alejadas de la corriente mayoritaria de la época, mantuvo un cierto *carácter de ciudad* en la que los elementos de singularidad prevalecieron sobre el abstracto de *la nueva cosmópolis*. En su caso, pervivió un urbanismo y una arquitectura que quedaron como memoria sólida en la vieja ciudad "intramuros". El peso y la resonancia que para todos sus habitantes tuvieron sus calles, nunca vueltas a trazar (Estafeta, Tejería, Descalzos o Dormitallería; calle Mayor, Zapatería, bajada de Javier o la de la Merced), sus edificaciones, de la Torre de San Cernín, el Palacio de los Guenduláin a la Ciudadela, y la Plaza del Castillo, corazón de la vida pública de la ciudad, y la tuvieron en cada uno de los puntos de referencia cotidianos (pastelerías, sombrererías, peleterías, tiendas varias, conventos, casas blasonadas y palacios, sus cafés y sus jugueterías), elementos, todos ellos, que marcarían una imagen *tout court* de la ciudad; muy especialmente para sus habitantes. La trabazón de todos aquellos elementos de memoria configuró un cierto *Geisteswerke localista* que perduró en el tiempo.



● Plaza del Castillo

Pamplona en 1719. Esqueleto de la Vieja Pamplona.

El hecho cierto es que Pamplona fue en el recuerdo de los del lugar —para bien o para mal— sus murallas con baluarte en el Redín y la ciudadela, sus portales de entrada y salida, y sus burgos, nunca apaciguados pero simbólicamente hermanados dentro de la ciudad (ciudad familiar, ciudad sin conflicto), su catedral de fachada barroca e interior gótico, sus tres torres, el encierro, mantenido a finales del XIX contra las tendencias higienistas de la época, y la fiesta de San Fermín (con su feria), la Plaza del Castillo, alfa y omega de la vida de la ciudad, San Blas, el voto de las Cinco Llagas, la llegada de San Miguel *in excelsis* en julio, la procesión del Viernes Santo y del Corpus, La Virgen del Camino y Santa María la Real, y los glacis de la muralla con los agricultores-urbanos que dejaban secar allá su cereal... amén del ruido de los cascots de la caballería de la guarnición instalada en la ciudad. Rafael García Serrano, escritor tocado por el modernismo de la Falange, recreaba en esos términos de arquetipo de *ciudad antigua y entrañable* el ambiente de la Pamplona de los años treinta del XX: «Las dianas militares despertaban a los dormidos,... La luz era clara y casi caliente y daba gozo ver los gallardetes de la plaza [del



Milán y Pamplona. Transformaciones en la zona del Duomo (1730-1960) y continuidad en el trazado del casco viejo de Pamplona en torno a la Plaza del Castillo (1719-1989)

La ciudad antigua gravitaba sobre las mentes de los pamploneses de los años treinta del XX con el mismo poder simbólico, si no mayor, que entre los habitantes del XIX. Su entramado y sus rincones permanecieron inmutables entre el siglo XVIII y el XX. Ocurrió en otras ciudades. No, desde luego en París, donde Haussmann rehizo toda la ciudad en pocos años. Tampoco en los EE.UU. en los que una planificación *ex novo* permitía la urbanización en parrilla siguiendo el caso de Manhattan. En Europa, la vieja ciudad con sus callejas y rincones, había tenido entidad. Pero, con el inicio del siglo XIX, se dio paso a su demolición y transformación (véase el caso de Milán en la ilustración). Aquel laberinto de calles insalubres, de casas hacinadas o poco funcionales, fue dando paso a calles más rectilíneas y a nuevos edificios de viviendas, centros de comercio, etcétera. Y, en aquellos lugares en que no se dio esta reorganización callejera, la vieja ciudad perdió su rango central en la vida de la urbe. El centro de gravedad en la gran mayoría de ellas se trasladó a los nuevos ensanches construidos a lo largo del XIX según aquellos principios de racionalidad y trazo rectilíneo. Esta fue la pauta general.

No ocurrió otro tanto en Pamplona. ¿Por qué? ¿Qué circunstancias, qué variables se dieron para que aquello fuera posible —o incluso deseable para algunos—, y lo fuera de ese modo? ¿Por qué una ciudad entre tantas “eligió” ese otro camino hacia su inserción en la modernidad? Hablar en este sentido holista de *una ciudad* no es sino un recurso narrativo. La realidad histórica de la ciudad es más compleja (y así la contemplaremos). Sin embargo, nos ayuda a entenderlo. Máxime cuando se trata de apreciar el imaginario colectivo predominante.

Incluso, cuando en 1920 Pamplona inició su crecimiento “extramuros” —la última ciudad española en hacerlo, exceptuando Cádiz—, la vieja ciudad conservó todos sus servicios, los lugares de sociabilidad y centros de poder de todo orden. En el propio Ensanche, como homenaje a la vieja memoria urbana, parte del fasto y proclamación de cierta categoría social en sus elites, y rasgo de un estilo propio de ciudad, se construyeron un buen número de palacetes, hoteles y chalet en los que, más que una quiebra con el poderoso simbolismo de la vieja ciudad, aquélla iba a ser reafirmada. El uso de los nuevos materiales y técnicas de construcción se puso al servicio de una idea de una Pamplona historicista, alimentada ahora de nuevos conocimientos y aspiraciones positivistas. Será, definitivamente, el arquitecto Víctor Eusa en los treinta y cuarenta, especialmente en sus obras de uso colectivo, quien lograra una síntesis entre modernidad, historicismo y espíritu local que quedaría como arquetipo del edificio pamplonés.

Los años veinte eran, por lo demás, tiempos nuevos. La posibilidad de un cambio de orden socialista, revolucionario o no, había despertado múltiples reacciones negativas. Algunas eran puramente defensivas. Otras, se soportaban sobre cambios en el humus cultural del momento. Desde hacía años, Europa era recorrida por un rebrote naturalista y neo-romántico, un movimiento que reivindicaba la espontaneidad local frente al “amaneramiento” de las grandes capitales, la recuperación de un “alma propia y natural”, del mundo agrario, frente al universalismo abstracto de los tiempos y de la civilización urbana. Parafraseando a Marx, buscaba su poesía en el pasado como aspiración de porvenir. Aparecieron fustigadores del desarraigo y defensores de la vuelta a la tierra natal, de la recuperación del “verdadero hombre nacional” asociado a los valores rurales y en la patria chica. Una inclinación, ésta, que derivó en el *nacionalismo integral*, una corriente intelectual y política que antecedió a los ultranacionalismos del siglo XX¹⁹. A partir del Richard Wagner tardío, Houston S. Chamberlain, Julius Langbehn, Paul De Lagarde, Georg von Shoenerer, Karl Lueger, Pasquale Turiello, Giovanni Papini, Enrico Corradini, Alfredo Rocco, Maurice Barrès, Édouard Drumont, León Daudet y, sobre todo, Charles Maurras, fundador de *L'Action Française* y Oswald Spengler con su *La decadencia de Occidente* (1918-1922), las cosas empezaron a remitir para el universalismo progresista, para la abstracta modernidad de la *gran ciudad*. Una nueva cultura política emergía enfrentándose al racionalismo ilustrado, reivindicadora, en el caso de Spengler, de las antiguas culturas “bravías” y “sanas”, ajenas a las “perversiones” de la civilización moderna. En España, desde el católico militante Marcelino Menéndez Pelayo al último Eugenio D'Ors, Víctor Pradera, Ramiro Maeztu o Ramón Bastera²⁰, replicaron y continuaron en términos propios aquella corriente. En conjunto, llegaron a generar un potente movimiento intelectual en toda la Europa que fue tomando diversas formas políticas y sociales.

Más allá de esto, respondía a una corriente de neorromanticismo esencialista que en España, de la literatura con Unamuno y Azorín a la pintura de Zuloaga y Sorolla, de la zarzuela a la corrida de toros (*Lagartijo* y *Frascuelo*), del costumbrismo a las piezas hispanas de Isaac Albéniz y Falla, del neomudéjar al pintoresquismo y al regionalismo en arquitectura, representó una voluntad de vuelta a los “orígenes naturales de la nación”. Es lo que en otro lado he llamado *cultura castiza*²¹. Fue una corriente de

¹⁹ Ver J. Ugarte, «Elites», en J.M. Osés, *10 palabras clave sobre el nacionalismo*, Estella 2001, pp. 196-204, y la bibliografía citada en la nota 67.

²⁰ Sobre esta corriente en España, véase P.C. González Cuevas, «La recepción del pensamiento conservador-radical Europeo en España (1913-1930)», en J. Millán (ed.), *CARLISMO Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA*, Ayer 38, 2000.

²¹ Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente...*, pp. 311-339 y Conclusiones.

nacionalismo genuino y mal representado políticamente en España. (Otros países lo transformaron rápidamente en corriente de adscripción política.)

Fue el contexto en el que se desarrolló y arraigó la idea localista de Pamplona. Por un lado, el peso de la cosmópolis racionalista, a la que Pamplona (o sus sectores más influyentes y poderosos, de la prensa a los consejos de administración) había sido refractaria. Y, de otro, el resurgir de cierto naturalismo localista al que alimentó y del que se nutrió la imagen de pamploneidad. Frente al peso del *Internacional Style* de los Ludwig Mies Van der Rohe, Henry Van de Velde, Adolf Loss, Walter Gropius, Moholy-Nagy, etcétera, que hacía tabla rasa de toda peculiaridad²², resurgían corrientes locales neorrománticas que en arquitectura impulsaron en España el neo-mudéjar, el regionalismo y el castellanismo, que se vio representado en la Exposición Universal de 1929 en Barcelona (frente al Pabellón alemán del arquitecto germano-estadounidense Ludwig Mies van der Rohe, esencia y compendio del Estilo Internacional)²³.

Mi tesis a este respecto contempla elementos de posibilidad, circunstancias históricas y agentes sociales. Los elementos de posibilidad son inherentes al hecho de que Pamplona mantuviera su estatus de ciudad-baluarto español en la línea de los Pirineos occidentales hasta bien entrado el siglo XX. Una suposición militarmente absurda con el armamento desplegado ya desde la guerra civil americana (1861-1865) o la guerra austro-prusiana (1866); constatado, por lo demás, con el bloqueo carlista de la ciudad (1874-1875)²⁴. Aquella condición le obligaba a mantener en pie unas obsoletas murallas y la Ciudadela, pura arqueología militar. Por otro lado, le impedía crecer (sólo en 1901 una ley permitió dos barrios extramuros: la Magdalena y Rochapea). El resultado fue un crecimiento vertical considerable en los edificios de viviendas, motivo de reiteradas protestas higienistas, un urbanismo perdurable, un entorno radicalmente rural —que se adentraba en la propia ciudad—, y la continuidad más absoluta en la trama social tradicional y comunitaria. Todos ellos generaron una urdimbre de elementos simbólicos y el retículo cultural en el que se representaba la ciudad.

Si aquel fue el elemento de posibilidad, las circunstancias históricas vinieron a apoyar las opciones de continuidad en la memoria de la ciudad.

²² J.M. Otxotorena, *Arquitectura y proyecto moderno. La pregunta por la modernidad*, Barcelona 1991.

²³ El arquitecto Fernando Chueca Goitia lo sintetizaría y reivindicaría años después (*La destrucción del legado urbanístico español*, Madrid 1977).

²⁴ Puede verse J. Keegan, *Historia de la guerra*, Barcelona 1995, pp. 428 y ss.

Por un lado, las propias limitaciones físicas de espacio hicieron impensable una razonable renovación demográfica que rompiera con los usos locales. Es cierto que su población creció, y, en parte, se transformó en su estructura²⁵. Era inevitable. Pero, desde 1860 hasta 1920, su número se mantuvo en los veintitantos mil habitantes. Un número reducido de personas que permaneció casi invariable —no necesariamente “inmóvil”— durante sesenta años, con aportes especialmente de la provincia (incluso de su Cuenca), un entorno, la “patria chica” (recuérdese lo que se decía *supra*), radicalmente influido por la cultura de su núcleo urbano de referencia.

Entre las circunstancias históricas debe considerarse un relevo relativo en las elites ciudadanas. Éste se produjo como sustitución natural a mediados del XIX entre una vieja elite de comerciantes, hacendados y propietarios-rentistas por otra formada por empresarios, financieros, constructores y profesiones liberales (sin descartar los anteriores)²⁶. El relevo fue claro y afectó a las familias preeminentes. Sin embargo, en ese momento, en nada afectó a la “imagen de la ciudad”. La nueva elite se instaló y pobló las mismas calles, casas y círculos de sociabilidad que la anterior (Nuevo Casino, Teatro Nuevo). El relevo se produjo “dentro” de la vieja ciudad sin que en ningún momento necesitaran fomentar nuevos valores de modernidad que no fueran los del mérito, la inversión y el beneficio (que no es poco). Apenas nada cambió tampoco en cuanto a las dimensiones económicas de las nuevas fortunas²⁷ ni a la visión que se tenía de la ciudad. Es más, les resultaba de gran utilidad la antigua idea de fraternidad y comunidad con la que enfrentarse a las tenues corrientes de protesta y la llamada “cuestión social” que aparecían por el tiempo en Pamplona.

Por lo demás, la creación del nuevo Ensanche, que pudo propiciar fortunas considerables (son conocidísimas las fortunas hechas en Manhattan por los Vanderbilt y especialmente por John Jacob Astor sobre la base de la especulación del suelo e inmobiliaria; a menor escala, sucedió otro tanto en la mayoría de las ciudades españolas), fortunas interesadas en desplazar el centro de atención hacia la nueva superficie a edificar; un nuevo espacio dinero, modernidad y poder (y la potenciación de una nueva imagen de ciudad), se hizo de tal modo en Pamplona, que imposibilitó las

²⁵ Ver F. Mendiola, *Emigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Bilbao 2002.

²⁶ C. Erro Gasca, *Promoción empresarial y cambio económico en Navarra, 1830-1913*, Pamplona 1997.

²⁷ Salvo quizá la de Serapio Huici, pero que en poco tiempo prolongó su vida empresarial en Madrid. Puede seguirse en M. Cabrera, *La industria, la prensa y la política: Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, Madrid 1994.

formas especulativas habituales en toda Europa y en EE.UU., donde sí propiciaron relevos drásticos en las elites.

Finalmente, una buena parte de la elite de las letras y la cultura local, estrechamente vinculada con la elite de poder económico y político (no necesariamente unitario), trabajó denodadamente por preservar la vieja idea de ciudad, contraponiéndola a las nuevas corrientes por foráneas, ajenas, e incluso agresivas²⁸. Una percepción de lo propio, que en numerosas ocasiones impregnó incluso a corrientes de pensamiento alternativas²⁹.

²⁸ Lo que pudo verse especialmente durante la República. Ver J. Ugarte, «Un episodio de “estilización” de la política antirrepublicana: la fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona», en L. Castells (dir.), *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao 1999. Y más en general, centrado en elementos de literatura, I. Iriarte López, *Tramas de identidad. Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Madrid 2000.

²⁹ Es el caso de Félix Urabayen, novelista, republicano convencido, iconoclasta en muchos aspectos, pero apegado a no pocas fórmulas locales. Otro tanto puede decirse del pintor Javier Ciga. Vid. Ugarte, *La nueva Covadonga...*, pp. 322-323.

2.- La fortaleza.

Pamplona era por entonces, a principios del XX, una ciudad en la que los aires de modernidad, aunque tenuemente, habían arreciado ya³⁰. Sin embargo, debido a la función militar que el gobierno seguía absurdamente asignándole, su espacio urbano se hallaba aprisionado por unas viejas aunque férreas murallas. Por su parte, se sentía, sobre todo, cúpula de un universo que había sido el suyo, Navarra, el “*reyno*”, la “*patria chica*”³¹, un entorno con valores agrarios y al que aspiraba a representar globalmente. Todo ello condicionó intensamente la vida social y material de la ciudad hasta bien entrado este siglo.

El geógrafo Julio Atadill, con vocación de objetividad, describía así Pamplona hacia 1924 ó 1925 vista desde la Estación del Norte. «Se contempla la ciudad... asentada sobre una leve colina o meseta; las murallas de piedra del siglo XVII [que] desempeñan el oficio de muros de contención; la fortificación por esta parte la da la naturaleza con el desnivel y el río Arga... no siendo necesarias de este lado, ni en el Este (pero sí en los restantes), baluartes, revellines, fosos, escarpa, contraescarpa, ni glasis protectores. Descuellan sobre los muros las casas y sobre éstas las torres y campanarios de algunas iglesias (Catedral, San Saturnino o San Cernín, como se prefiere en Pamplona, y San Lorenzo)». Por el sur observaba que descollaban sobre la ciudad «la Merced, los Seminarios, la plaza de toros, el teatro, la Diputación foral y provincial y una serie de modernos edificios militares de muy agradable aspecto, como son: la Comandancia de Ingenieros, el parque de Intendencia los cuarteles del General Moriones y del Marqués del Duero, terminando la línea meridional con la Ciudadela pentagonal estrellada y todo el laberinto poliorcético». Solamente hacia el este, señala el geógrafo, podían verse algunas «modernas construcciones del Ensanche con sus torrecillas, miradores y galerías»³², Ensanche que se

³⁰ Es un caso frecuente entre las ciudades españolas. Así, para Zaragoza, Fernández Clemente y Carlos Forcadell (*Aragón contemporáneo. Estudios*, Zaragoza 1984) hablan de una *sociedad inmóvil* en el siglo XIX que iniciaba en el XX un proceso de transformación del espacio urbano pero *lento* y *escaso*. En el caso de Pamplona, los factores retardatarios iban a ser aún más notables.

³¹ Todavía se conservaba memoria de aquella Pamplona «capital de un reyno [sic] que hace parte de la monarquía española», como decía el viejo pero utilizado *Diccionario* de la Real de la Historia de 1802.

³² J. Atadill, *Navarra* (2 tomos), en F. Carreras y Candi, (dir.), *Geografía General del País Vasco Navarro. Guipúzcoa. Vizcaya. Álava. Navarra*, Madrid (1911-1926), vol. VIII, pp. 930-932.

venía edificando desde 1920. Ésa era la Pamplona del primer tercio del siglo XX. Un plaza fuerte, una ciudad conventual, capital de provincia y cabeza de reino, un lugar en el que descollaban los campaniles y las edificaciones militares, un espacio que apenas si comenzaba a deshacerse del “corsé” que durante años había supuesto su muralla (derruida en 1915) y su condición de baluarte de defensa en los Pirineos occidentales.

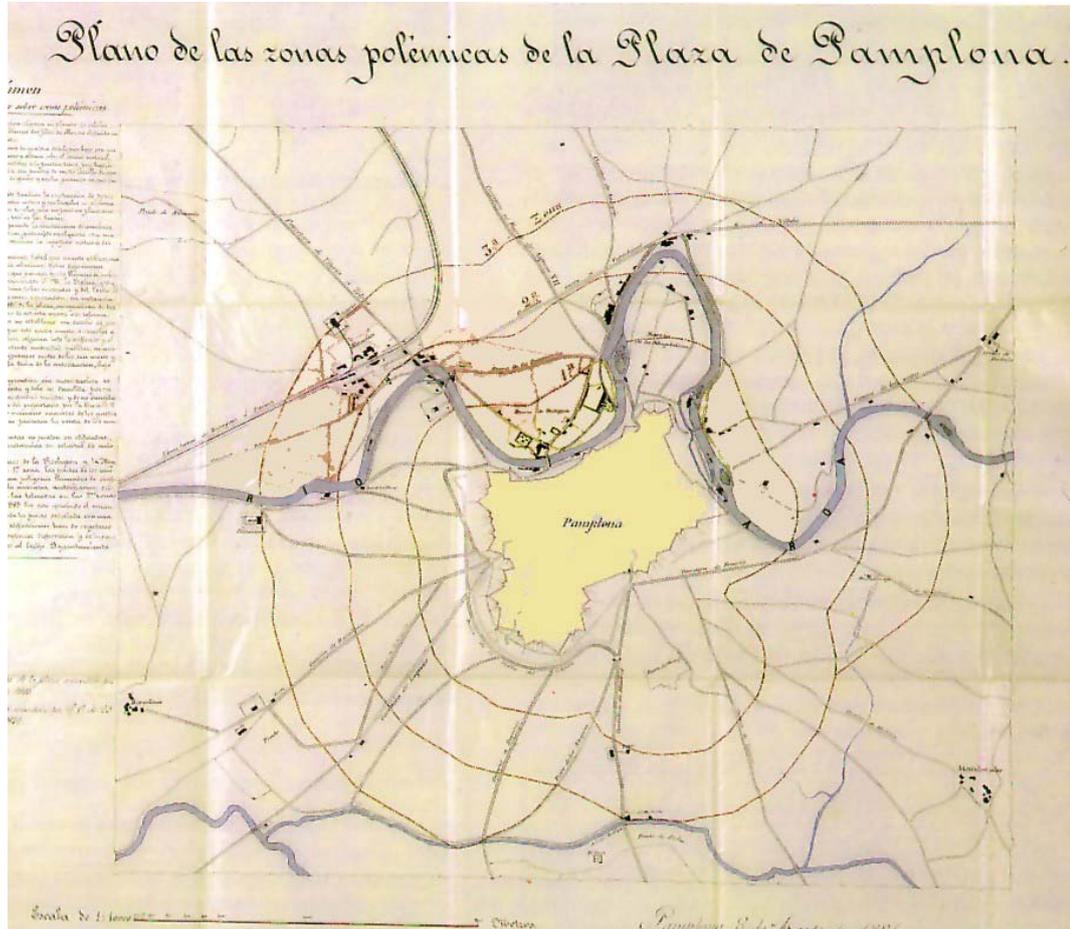


Vista de Pamplona desde el nordeste a principios del XIX (Original, cedido por la Fundación Sancho el Sabio, Vitoria-Gasteiz)³³

Aquel paisaje urbano y humano había comenzado a romperse por elementos de modernidad que ya resultaban imparables. Muy tardíamente, eso sí. Sólo en 1910, con la aparición de los vehículos de motor, los primeros y pesados autobuses —a los que las antiguas puertas de la fortificación dificultaban enormemente el acceso— y el tranvía eléctrico de Irati, se hizo perentorio el derribo de aquel elemento arquitectónico que

³³ Grabado en Alexandre Laborde, *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, Paris, s.d. [1806-1820], encuadernado en 4 Vols., grabado en v. 4. Original en la Fundación Sancho el Sabio, MTE 107.

«oprimía férreamente a Pamplona», según una revista de la época³⁴, y que ya desde el pasado siglo resultaba «un chaleco de fuerza», decía el geógrafo local más eminente de la época, para las posibilidades urbanísticas y demográficas de la ciudad³⁵.



Las llamadas “zonas polémicas” en las que, por razones militares, no podía edificarse en firme (hacia 1900)³⁶

Fue en 1915 cuando se inició definitivamente el derribo de los dos kilómetros y medio de muralla con asistencia del rey Alfonso XIII. Previamente, se habían demolido los baluartes interiores de la Ciudadela

³⁴ Los autobuses de Estella y el Valle del Baztán entraban por la puerta de San Nicolás (una de las seis de que disponía la fortificación). La puerta fue desmontada y reinstalada en los nuevos jardines de la Taconera, coherentemente con la vocación historicista de la clase rectora de la ciudad. Progresivamente se derribaron la Puerta de la Taconera, el Portal Nuevo, el de la Tejería y la Rochapea, permaneciendo únicamente la Puerta de Francia (v. *El Ensanche*, nº 1, 9 agosto 1916, L. Urabayen, *Biografía de Pamplona*, Pamplona 1952, p. 227).

³⁵ Urabayen, *Biografía...* p. 160.

³⁶ Reconstrucción a partir de un plano reproducido en J.M. Ordeig, *Diseño y normativa en la organización urbana de Pamplona (1770-1960)*, Pamplona 1992, p. 66.

(1890) lo que había permitido acometer la realización del Primer Ensanche de la ciudad, pero que resultó del todo punto insuficiente³⁷.

A pesar de que los bombardeos realizados desde el cercano monte de San Cristóbal en la última guerra carlista a una ciudad sitiada, habían convencido a los estrategas de las limitaciones militares de la Ciudadela y la muralla³⁸, hasta 1901 (R.O. de 19 de octubre³⁹) se obtuvo la ley que permitió el desarrollo de dos barrios extramuros (el de la Magdalena y Rochapea) que habían surgido al calor de la Estación del Norte que servía al ramal de la línea férrea que unía Castejón con Alsasua por Pamplona tendido hacia 1870, y en torno al que había surgido un pequeño núcleo fabril y de viviendas⁴⁰. Por lo demás, seguía obstinadamente prohibiendo la ruptura de murallas.

Su condición de plaza fuerte había obligado a un tipo de urbanización muy característico con calles estrechas, altos edificios y sin apenas patios ni cantones. Las casas de vivienda habían añadido pisos hasta el límite técnicamente viable en la época (más del 67% de los edificios eran de cuatro o más pisos⁴¹, hecho inaudito en el XIX), y se había elevado el coste de la vivienda a precios prohibitivos, hacinando a las familias en viviendas insuficientes para alojarles. Todo ello, causa de grandes problemas de salubridad e higiene⁴² que hacían que el índice de mortandad fuera apreciablemente superior respecto al resto de la provincia.

Dada la situación, hubo numerosas iniciativas solicitando el cambio de estatus de la ciudad. Coincidiendo con la solicitud del inicio de las obras del Primer Ensanche, el Ayuntamiento se hacía eco de este estado de cosas en un informe que elevaba a la Casa Real. «La extraordinaria elevación de sus edificios —decía— denuncia a primera vista la existencia de una causa insuperable que obliga a los moradores de Pamplona a hacinarse unos sobre otros añadiéndose pisos a sus antiguas viviendas, por ser imposible construir las nuevas ensanchando la población y prolongando las calles... [Ello hace que la ciudad tenga un aspecto lúgubre dado que las calles] se convierten en poco menos que galerías

³⁷ A. Orbe Sibatte, *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX*, Pamplona 1985, p. 23.

³⁸ Ése fue el motivo de que se comenzara la construcción del Fuerte de San Cristóbal en la vecina cumbre (ver J.J. Arazuri, *Pamplona estrena siglo*, Pamplona 1970, pp. 91-94).

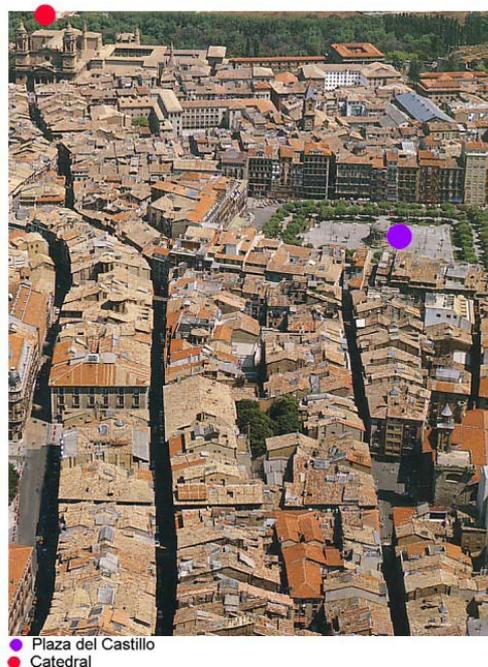
³⁹ *El Ensanche*, número 1, 9 agosto 1916.

⁴⁰ Urabayen, *Biografía...* pp. 221-222. Los barrios extramuros venían fundándose ya desde el siglo XVIII, como es el caso de la Barceloneta promovida por el Marqués de la Mina en 1753.

⁴¹ *Reseña estadística de la provincia de Navarra*, Madrid 1950, p. 72.

⁴² Sobre estos problemas puede verse A. Lazcano, *Higiene y salud pública en Pamplona*, Pamplona 1953.

subterráneas donde no penetra el sol y escasea la luz y el aire, elementos indispensables de la vida»⁴³.



Calle Mercaderes. Al fondo, la torre de San Cernín. Y entramado urbano de la Ciudad Vieja

A partir de la década 1910-1920, las clases acomodadas de la ciudad, buscando un lugar de expansión, crearon un barrio *satélite* en la zona de Burlada —a pocos kilómetros de Pamplona—, con casas de recreo, tratando de evitar la llamada *zona polémica* (que había creado un verdadero cordón rural en torno a la capital)⁴⁴, y aprovechando las facilidades de comunicación que la zona tenía por carretera y vía férrea, recientemente tendida hasta Sangüesa.

⁴³ Borrador del informe presentado a Alfonso XII por el Ayuntamiento de Pamplona en agosto de 1884 solicitando el Primer Ensanche, citado en Orbe, *Arquitectura...* p. 26. En 1916 había manzanas como la de Espoz y Mina, Estafeta y Casa Consistorial en que no llegaban a los 2 metros cuadrados de suelo urbano los que correspondían por habitante. La mayoría de las manzanas tenían entre 6 y 7 metros de suelo por habitante (ver *El Ensanche*, 16 agosto 1916).

⁴⁴ La llamada *zona polémica* era una amplia franja de territorio creada en todo el entorno de Pamplona por Carlos V en 1543 en la que se prohibía edificar o situar «casas, heredades ni plantas en las inmediaciones de las murallas de Pamplona» que dificultara el valor defensivo de aquéllas (Yanguas y Miranda, Yanguas y Miranda, José (1840): *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra*, Pamplona 1840 (3 vols.), *Adiciones* de 1843). Fue ese el motivo por el que las casas y pequeños molinos de esa zona (que incluía zonas de Rochapea, Magdalena, el Portal de Francia, etc.) se edificaron en madera (ver las Figs. 61-63 de Urabayen, *Biografía...*).

Finalmente, en 1915 se demolía, con fasto y memoria, la muralla. En 1920, el ayuntamiento aprobaba la realización del Segundo Ensanche. Hubo de llegar la Gran Guerra —con la nueva modalidad de guerra de frentes en los que la organización y movilización de tropas eran la clave del éxito— para que los estrategas se convencieran del nulo valor estratégico de las plazas fortificadas⁴⁵.



Portal de San Nicolás en su ubicación natural en la Muralla y en su nueva ubicación en el Jardín de la Taconera, como resto arqueológico para la memoria de la ciudad

⁴⁵ Urabayan, *Biografía...*, p. 118. El propio Fuerte de San Cristóbal fue transformado en prisión —de triste recuerdo— con la guerra civil, y como tal se mantuvo durante muchos años.

3.- La demografía.

De este modo, la ciudad y sus gentes había estado fuertemente condicionada por aquel *chaleco de fuerza* que suponía la muralla. Aquel baluarte pétreo había asociado la ciudad en el imaginario colectivo a los valores de solidez y permanencia en todos los órdenes de la vida. La relación próxima y directa, habían hecho resaltar, sobre todo, los valores tradicionales frente a cualquier signo de innovación. Ese contacto directo entre sus habitantes, haría que la comunidad prevaleciera sobre la persona. Los hitos simbólicos se habían multiplicado (del Redín a la Plaza del Castillo; de la chocolatería a la tienda de lejías... incluso los viejos símbolos, como la Puerta de San Nicolás, empezaban a preservarse y recuperarse como símbolos constantes de la ciudad). Aquel *chaleco de fuerza* había hecho que, frente a la idea de ciudad abierta y renovada inaugurada por el modelo haussmanniano en el París de principios del XIX⁴⁶, aquella fuera una ciudad eminentemente cerrada y continuista en su concepción sobre sí misma y su desarrollo. Pamplona era aún la ciudad vieja, antigua, aunque desde 1920 hubiera comenzado a desbordarse ya por el sudeste con nuevos edificios del Segundo Ensanche.

* * *

¿Qué decir de su demografía en una ciudad físicamente tan constreñida? El resultado fue demoledor.

El trabajo más completo hoy sobre el particular es el de Fernando Mendiola, cuyos datos y conclusiones, limando algún exceso interpretativo (algo he dicho al respecto más arriba), resultan del máximo interés⁴⁷.

⁴⁶ L. Benevolo, *La ciudad europea*, Barcelona (Munich, Oxford, Roma, París) 1993, pp 178 y ss.

⁴⁷ *Emigración, familia y empleo...* Los excesos interpretativos pueden proceder de una sana preocupación por apartarse de los viejos tópicos sobre una "sociedad arcaizante", "conservadora", etc. que arrastra ese territorio desde que los románticos la descubrieran. Por mi parte, debo aclarar alguno de mis puntos de vista. Creo que el término "demografía endogámica" es aplicable a Pamplona (ver Mendiola, p. 134n., que no está de acuerdo), familias que van y vienen en un entorno cerrado: Pamplona, la Cuenca, Navarra). Pero no si ello connota inmovilidad *geográfica* del municipio de Pamplona: uno de los más pequeños de Navarra, por cierto. Aunque, ojo, movilidad de muy corto recorrido. En cuanto a los que llegan, sobre el 50% son "sirvientes" (p. 140) y

Pamplona resultó ser, como es obvio, una sociedad de crecimiento muy limitado hasta que “se rompió” físicamente (las murallas) entre 1915 y 1920 («El crecimiento de las ciudades en torno a 1900 —dice la profesora Magnien— se debe más al sobre-poblamiento de su entorno rural que a su propio dinamismo»⁴⁸. Pamplona y su “zona polémica” no permitían semejante crecimiento: tenía que ser *dentro* del casco amurallado, como veremos, y un entorno agrario.).

Población de Pamplona

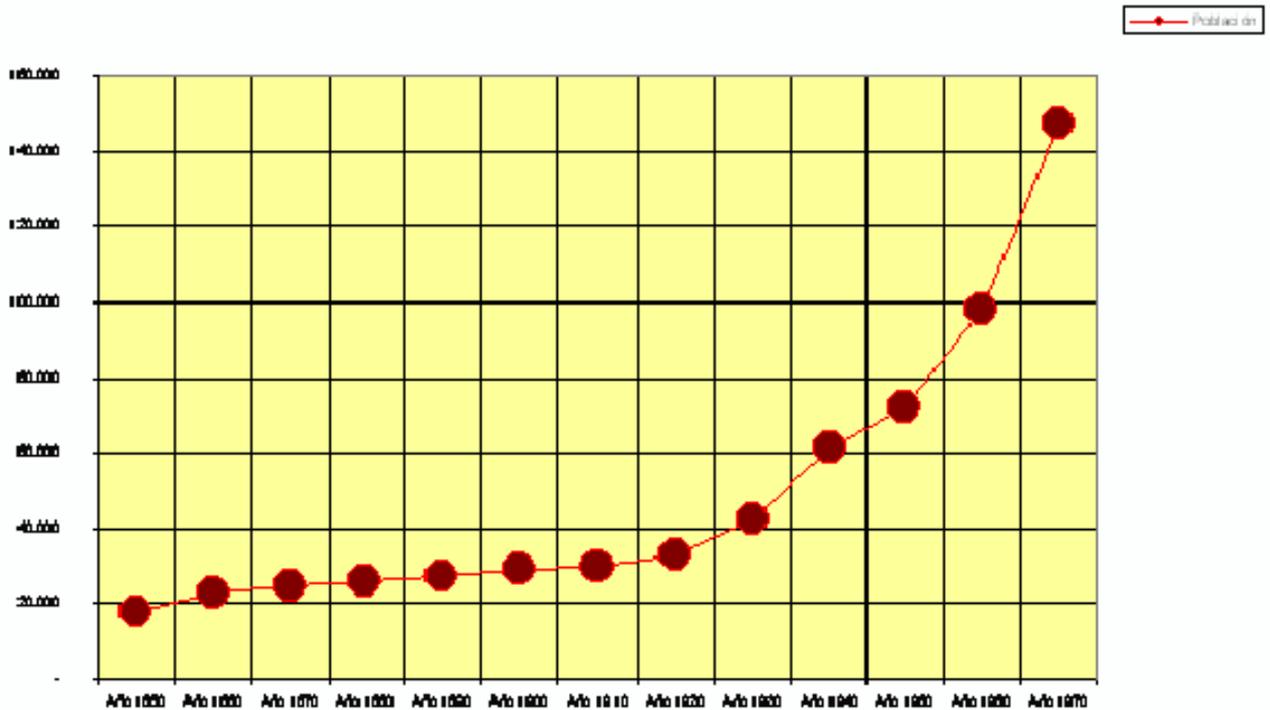
Año	Población Crecimiento		
<i>Año 1850</i>	17.707		100
<i>Año 1860</i>	22.896	5.189	129
<i>Año 1870</i>	24.440	1.544	138
<i>Año 1880</i>	25.724	1.284	145
<i>Año 1890</i>	27.137	1.413	153
<i>Año 1900</i>	28.886	1.749	163
<i>Año 1910</i>	29.472	586	166
<i>Año 1920</i>	32.635	3.163	184
<i>Año 1930</i>	42.259	9.624	239
<i>Año 1940</i>	61.188	10.474	346
<i>Año 1950</i>	72.394	11.206	409
<i>Año 1960</i>	97.880	25.486	553
<i>Año 1970</i>	147.168	49.288	831

Fuente: INE, Mendiola y elaboración propia.

en ese mismo porcentaje son de la Cuenca de Pamplona; y el 80%, mediando, navarros (pp.148-149) . Por lo demás, se constata estadísticamente (p. 349) algo que uno había percibido por otros medios: la excelente relación de la ciudad de Pamplona con el agro navarro; la apertura de la ciudad al campo. Creo que este tipo de diálogo historiográfico es el que necesita la profesión.

⁴⁸ Brigitte Magnien, «Cultura urbana», en Salaün & Serrano (dirs.), *1900 en España*, Madrid 1991.

Población



Origen de la población de Pamplona.

Año	Pamplona	Navarra	Resto Esp. *	Extr.	N/C
1900	47,2	39,9	11,6	1,2	
1920	41,7	41,1	15,9	1,1	0,2
1940	37,4	44,2	18,2	1,1	0,1
1950	41,2	40,6	17,1	1,1	0,04

* Las provincias de origen son Guipúzcoa, Zaragoza, Logroño,... —es decir, provincias vecinas—, y alguna a cierta distancia, Barcelona o Madrid.

Originarios de Pamplona o Navarra

1900	87,1%
1920	82,8%
1940	81,6%
1950	81,8%

Fuente: Elaboración propia a partir de Abascal, «Los orígenes de la población actual de Pamplona», *Geographica* 6-7,1955, pp.121-123; y Á. García-Sanz, «La influencia de la inmigración en el desarrollo demográfico de Pamplona, 1857-1910», *Príncipe de Viana* ,185,1987, p. 539.

Es reseñable que el crecimiento significativo de Pamplona comience en 1920 (ruptura de la Muralla —1915— y Segundo Ensanche —1920—), cuando su transformación industrial, como otras ciudades españolas, hay que situarla en los 40-50, como pronto. Veinte o treinta años después (lo que, realmente, transformó a esa ciudad.) Otro pico de crecimiento demográfico se produce entre 1950 y 1960, acorde con lo que ocurre en otras provincias españolas.

Lo que hubiera contado en nuestro caso, en un *problema de identidad*, es el trasiego de gente ajena a los elementos de concordia establecidos en el lugar. Esto no ocurrió.

Una inmigración “ajena” sí produjo históricamente un verdadero cambio en la apreciación de las cosas en otras ciudades. Ocurrió, como caso evidente, en el Bilbao del cambio de siglo⁴⁹. Sin embargo, en Pamplona, ese trasiego de puntos de vista no se dio. Cierto que se “movía gente” (*vid.* Mendiola), pero todos ellos participaban de unos lugares de memoria similares (la churrería de Mañueta o la Plaza del Castillo, por señalar algo), y participaba de los mismos valores, muy apegados a los valores campesinos de aprendizaje transmitido, apego al “orden natural” y conservación de las ideas de, austeridad, abnegación y severidad, en las que cuenta la familia y el grupo, nunca el individuo. Incluso, buena parte de los sectores de la elite, lectoras entusiastas de Oskar Spengler y su *Decadencia de Occidente*, esperaban encontrar en “el hombre agrario” la respuesta enérgica al “infecundo y fatigado hombre civilizado”. Eran las nuevas corrientes agraristas del momento⁵⁰.

Era, por tanto, una “demografía endógama” —por utilizar un término ilustrativo— que posibilitó la transferencia de la anterior imagen de la ciudad generación tras generación. El hecho de que Pamplona mantuviera su estatus de ciudad-baluarto español en la línea de los Pirineos occidentales hasta bien entrado el siglo XX, le impidió crecer, hizo que mantuviera un urbanismo perdurable y permitió la continuidad más absoluta en la trama social tradicional y comunitaria, origen de una urdimbre de elementos simbólicos y un retículo cultural en el que se representaba la ciudad mucho tiempo.

⁴⁹ Muy bien descrito en J. Juaristi, *El chimbo expiatorio. La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939*, Bilbao 1994, pp. 40 y ss.

⁵⁰ He a hablado de ello en *La nueva Covadonga insurgente...*, pp. 239-249.

4.- Ciudad antigua; sociedad tradicional.

Todo aquello no era una entelequia, se vivía así. Aún en los treinta del siglo XX, cuando todo el país vivía tiempos de transformación (también en parte la propia Pamplona), la gran mayoría se sentía aferrada a aquella «Pamplona agrícola, oficial y militar, tranquila, reposada, casi dormida» (un comentario de los cincuenta hecho por una personalidad crítica)⁵¹.

Era aquella una ciudad en la que abundaban las casas de cuadra con uno o varios pisos ocupados por una sola familia, donde se alojaban aún los animales de trabajo empleados en las tareas del campo. Casas con portales en que, junto a la cuadra, podía improvisarse una tienda o una taberna de circunstancias en que tomar una copa de *pacharra* (especie de aguardiente) o de vino, bien temprano, antes de salir a las eras⁵². Una ciudad en la que podían verse bestias de labranza y tiro acercarse a los abrevaderos de la plaza del Vínculo o al de Santo Domingo, en pleno centro de la ciudad⁵³. Donde en la época de la recolección, las eras de trillar invadían los taludes de la fortificación, los glasis —previamente entregados simbólicamente por los militares—, creando un dorado cinturón que envolvía a la ciudad⁵⁴. Una ciudad, en definitiva, inserta en pleno campo y que palpitaba aún al ritmo de las faenas agrícolas. Donde aún los olores a verdura aplastada y fruta podrida del mercado, la humedad huertana⁵⁵ y el polvo de la mies daban aroma a sus calles, libres de vehículos de motor y humos fabriles que ahogaran el perfume peculiar de aquel espacio⁵⁶. Ni ese ruido homogéneo de los motores que caracteriza a

⁵¹ Para todo esto, Leoncio Urabayen, *Biografía...*, pp. 130-132. Para la fisonomía de la ciudad en sus distintas épocas puede verse la rica colección de fotos de J.J. Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios*, Pamplona 1979-1980, 3 volúmenes.

⁵² J.M. Lecea, *La Vieja Navarra y la Nueva Navarra*, Pamplona 1973 p. 26n.

⁵³ En 1890 había censados en la ciudad 54 terneras, 4 bueyes, 337 vacas suizas, 56 mulas de labor, 136 caballos de labor, 36 asnos y 530 ovejas, buena parte de ellos estabulados en el interior de las murallas (ADFPN. Libro del Catastro, 127. Pamplona).

⁵⁴ En junio un comandante de Ingenieros hacía entrega simbólica de los glasis a la ciudad en la persona de un concejal. El último día de agosto, la Hermandad de Labradores devolvía aquellas nuevamente al ejército (J.J. Arazuri, *Pamplona, belle époque*, Pamplona 1974, p. 83).

⁵⁵ Lo del aroma en R. García Serrano, *Plaza del Castillo*, Barcelona (edición original de 1951), pp. 137 y 170.

⁵⁶ Eugene Weber dice que «la sensibilidad olfativa surgió de la nada y llegó a convertirse en una predisposición característica del siglo XIX» asociándolo a la progresiva limpieza de las gentes (y cita a la *peste proletaria* que incomodaba a Flaubert). Sitúa, por

todas las ciudades modernas hubiera ahogado los sonidos propios e identificables de aquella ciudad —y no de otras—⁵⁷.



Pamploneses trabajando en su “dorado cinturón”

Un lugar en el que las mujeres bajaban a lavar al río, al lavadero de Errotazar, junto al puente de Rochapea, donde se organizaba una gran

lo demás esa sensibilidad *que surge de la nada* en los albores del siglo XX. Aparte de la higiene personal, que progresa muy lentamente, parece más ajustada la diferenciación que José Antonio Fernández de Rota («Betanzos, siglos XVI-XX. Suciedad aldeana y limpieza urbana», *Historia y Fuente Oral* 9) hace entre suciedad-limpieza ambiental aldeana (asociada en el XIX-XX a restos animales) y urbana (originada en restos de transformados). De hecho, viajeros que visitan Pamplona a principios del siglo XIX se asombraban de la cantidad de desperdicios orgánicos en las calles de la ciudad (Iribarren, J.M. *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Pamplona 1957). La idea de limpieza urbana (frente a la suciedad rústica) se desarrolla en Europa más bien con la amplitud y organización de la ciudad ilustrada entre el XVIII-XIX. E imprime un propio carácter a lo urbano frente a lo rústico (como señala Fernández de Rota). La nueva suciedad urbana tiene que ver con procesos de industrialización. También es pertinente la observación de Miguel Unamuno (*Paisajes del alma*, Madrid 1979 (edición original de 1944 hecha por M. García Blanco con artículos periodísticos que van de 1892 a 1934), p. 100) sobre el *campesino natural*, con todos sus sentidos (tacto, olfato, oído) prestos a percibir los sonidos, etc. de la naturaleza, frente al urbano, distraído por el ruido del coche, el avión o la radio.

⁵⁷ A Ignacio Hidalgo Cisneros (*Cambio de rumbo*, Barcelona, 1977 2 vols., vol. I, p. 38) al llegar a Madrid en 1905 (él procedía de Vitoria) le llamaron la atención «los ruidos que animaban la calle, tan distintos a los de Vitoria»: los del trapero —en Madrid—, las esquilas de las burras de leche, los pregoneros, organillos, etc., que se le quedaron muy grabadas.

lavandería, y se podía uno informar sobre los últimos acontecimientos de la población y sus familias⁵⁸. Unos comentarios que circulaban en otros puntos de reunión, como el balcón de la Taconera o el Mentidero, entre la calle Estafeta y Mercaderes. Donde la vida privada era menos privada porque ésta se hacía en las plazas y porque nada pasaba desapercibido para sus vecinos. Como la llegada excepcional de algún automóvil al Hotel Perla⁵⁹ que inmediatamente congregaba a los curiosos para observarlo.

Nada de la vida privada o de la pública (que, como digo, tendían a confundirse). Cada mañana se barría la casa y el tramo de calle correspondiente para atender, a continuación, los candiles públicos de las hornacinas santeras. Un lugar donde se charlaba a la salida de las misas gremiales para luego *paniquearse* en casa del nuevo Prior⁶⁰. Donde la gente transitaba con parsimonia y aún podía distinguirse a los del lugar (la gente sencilla) por su boina, su blusón y su faja frente a los foráneos con vestimentas variadas según la región de la que procediera⁶¹.

Una ciudad en la que la industria apenas si existía. Algún taller y dos o tres carrerías. Donde los cordeleros trabajaban en plena calle en el Portal de San Nicolás, a las puertas de la ciudad. Donde sólo hubo una chimenea: la de la fábrica del Gas, derruida a fines del XIX. Sin apenas comercio y con tres o cuatro farmacias y un par de droguerías. Donde abundaban las tiendas de cuadra en las que alojar a los animales de carga para aldeanos de la Cuenca de Pamplona —los que se acercaban fundamentalmente a la ciudad, pues el resto de la provincia quedaba lejos—. Un lugar en el que los visitantes se sorprendían de no ver un solo escaparate⁶² y en el que los productos se amontonaban en barriles y cajas sobre el suelo. Donde el pregonero anunciaba la llegada de sardinas

⁵⁸ Ver fotos en Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios*, Pamplona, 3 volúmenes, Pamplona 1979-1980: II, 42, 43 y 46. En los treinta fue cayendo ya en desuso.

⁵⁹ Ver la foto reproducida en Arazuri, *Pamplona estrena...* pp. 115-116.

⁶⁰ A. Ayestarán, *El Iruña del 88*, Pamplona 1971: 12.

⁶¹ Ver la misma foto en Arazuri, *Pamplona estrena...* En ella puede distinguirse a un botones del hotel con uniforme. Todos entre los curiosos que se aproximan a ver el automóvil, desde niños a mayores, llevan boina. La gran mayoría blusón, alguna chaqueta. Pantalón oscuro y zapatos o alpargatas. En la cintura la faja. Se ve también a dos mozos ribereños. Se les distingue por su indumentaria. Llevan también boina pero muy torcida, camisa blanca, pantalón claro, faja y alpargatas claras. La blusa atada sobre el hombro. Puede observarse, además, un grupo de tratantes valencianos, con su particular indumentaria también. En lugar de la boina llevan una gorra de tela con visera (a lo *chulo* madrileño). También algunos sombreros con ala grande y caída de paño. Algún pañuelo al cuello, paraguas y bastón. Las mujeres todas con faldas por debajo del tobillo, costumbre que no se perdería en España hasta después de la Primera Guerra (esto último en Alfaro, T. (1987): *Una ciudad desencantada. Vitoria y el mundo que la circunda en el siglo XX* (Edición, introducción y notas, Antonio Rivera), Vitoria, p. 283).

⁶² Tal ocurrió a C.B. Luffman, que visitaba Pamplona a fines del XIX (Iribarren, J.M. (1957): *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Pamplona).

frescas (en tren a Alsasua y en “machos” desde allí a la capital)⁶³. Cuyas calles eran recorridas por carros de labranza, trajineros con su mercancía para el mercado, algún “ómnibus” de servicio en la estación del Norte y diligencias-correo que comunicaban la capital con la provincia⁶⁴. Calles llenas de ruidos como las retahílas del componedor ambulante de paraguas y cacharros, del pregonero o del vendedor de barbos y madrillas.

Estructura de la industria de Pamplona

Año	1888	1905	1913	1927
Electricidad	19,9	11,3	0,0 (sic)	0,7
alimentación	36,4	30,3	30,5	19,8
Textil	3,8	3,9	4,0	2,8
Metalurgia	12,9	15,7	20,0	21,5
Químicas	5,8	8,2	12,6	0,3
Papel	0,0	10,9	8,9	10,5
Cerámica, cal y yeso	14,3	13,2	13,4	6,1
Madera	3,0	4,1	5,5	15,3
Cuero	3,7	2,3	5,2	22,9

Fuente, Grupo Industrial del Instituto Gerónimo Ustáriz, *Las aportaciones navarras al proceso de industrialización español (1876-1926)*, Pamplona 1990-1992 (inédito), 3 tomos, tomo I.

Un lugar con calles, como se ha dicho, especialmente estrechas y desordenadas que, como hemos dicho, podían resultar pintorescas al visitante pero que para los del lugar resultaban llenas de vida, colorido y agitación. Pues a ellas acudían los aldeanos de la Cuenca, el pregonero comunicaba los bandos de la alcaldía o la lista de objetos perdidos. Donde cada verano se anunciaba la apertura y el cierre de la Casa de Baños. Una calle en la que los transeúntes, se detenían y charlaban, transitaban sin prisa o se entretenían escuchando el organillo arrastrado por un burro reproduciendo aires zarzueleros. Unas calles por las que circulaba la “información” y en las que cada cual era *alguien* (de ahí los apodosos vinculados a la casa o al oficio). Un espacio en que podía verse aún a ciegos recitando sus romanzas⁶⁵, a los chavales practicando sus juegos y a los adultos deteniéndose para jugar con ellos⁶⁶.

⁶³ Ayestarán, *El Iruña del 88*, p. 21.

⁶⁴ S. Blasco Salas, *Recuerdos de un médico navarro*, Pamplona 1958; y F. de Paula y Mellado, *España geográfica, histórica y pintoresca*, Madrid 1845, pp. 33-34.

⁶⁵ Ayestarán, *El Iruña del 88*, Pamplona, 1971: *passim*.

⁶⁶ Puede verse la serie de juegos callejeros (escenario de las relaciones sociales) que se practicaban en Pamplona al principio de siglo en Arazuri, *Pamplona estrena...*: 17-35.

Una capital de provincia en la que las oficinas de la administración del Estado o las escuelas⁶⁷ estaban mal instaladas y en casas particulares (el gobierno civil en un entresuelo del paseo Sarasate, en régimen de alquiler, lo mismo que la Delegación de Hacienda, por razones obvias, o la administración de Correos y Telégrafos)⁶⁸. Una administración civil débil de un Estado que llegaba con dificultad a la ciudad (y a la provincia). Sólo el ejército tenía una presencia notable tanto por su número como por la preeminencia sobre las instancias locales. Una tropa que se alojaba en cuarteles instalados, en su mayoría, en los terrenos de antiguos conventos desamortizados. Cuarteles e instalaciones (el del General Moriones y Marqués del Duero, Capitanía, parque de intendencia militar, Ciudadela) que, junto a las provinciales, eran las mejor acondicionadas y más notables de la ciudad. Un ejército que se hacía notar desde las garitas cada noche cuando los centinelas contestaban al *¡Alerta!* del cuerpo de guardia. Un cuerpo con sus bandas de música (las tres bandas de los Regimientos de Infantería) que amenizaban los domingos en el paseo central de los Jardines de la Taconera. Sus pasos regulares por el empedrado de la ciudad atravesando las calles en formación a la vuelta de los ejercicios de orden abierto. Unos militares presentes en las grandes solemnidades (como el Corpus o la Semana Santa) y a quienes la sociedad civil cuidaba (era una cuestión de prestigio y economía) reservando a jefes y oficiales un palco en el Teatro, concediendo precios especiales en las cinematógrafos para la tropa o cierta reserva de entradas en la plaza de toros.

Una ciudad que, como se ha dicho, vivía como cabeza de Navarra, una Navarra que se resistía a dejar de ser reino y que era Provincia antes de que Javier de Burgos convirtiera la provincia en división administrativa⁶⁹. Allí se asentaba la Diputación Foral y Provincial, etc. Allí se asentaba el Crédito Navarro⁷⁰, institución privada que, a través de la contratación del papel del Estado y la Diputación, gestionaba buena parte del dinero público en la provincia (en la que tenía una extensa red), superando al Banco de España en volumen y extensión. De modo que, como decía Leoncio Urabayen, a pesar de aquel cambio en su estatus político-administrativo «Pamplona siguió conservando el prestigio y el lustre que le comunicaba el

⁶⁷ F. Alvarado, *Guía del viajero en Pamplona*, Madrid 1904, p. 69.

⁶⁸ J. Atadill, *Navarra...*, p. 975-976.

⁶⁹ R. Rodríguez Garraza, «Actitudes políticas en Navarra durante la guerra de la Convención (1793-1795)», *Príncipe de Viana* 189, 1990. Una discusión de estos conceptos según la categoría de *modelo provincial* (que no comentamos aquí pues sería prolijo) en J.M. Portillo, *Monarquía y gobierno provincial. Poder o constitución en las provincias vascas*, Madrid 1991.

⁷⁰ J. Atadill, *Navarra...*, p. 574.

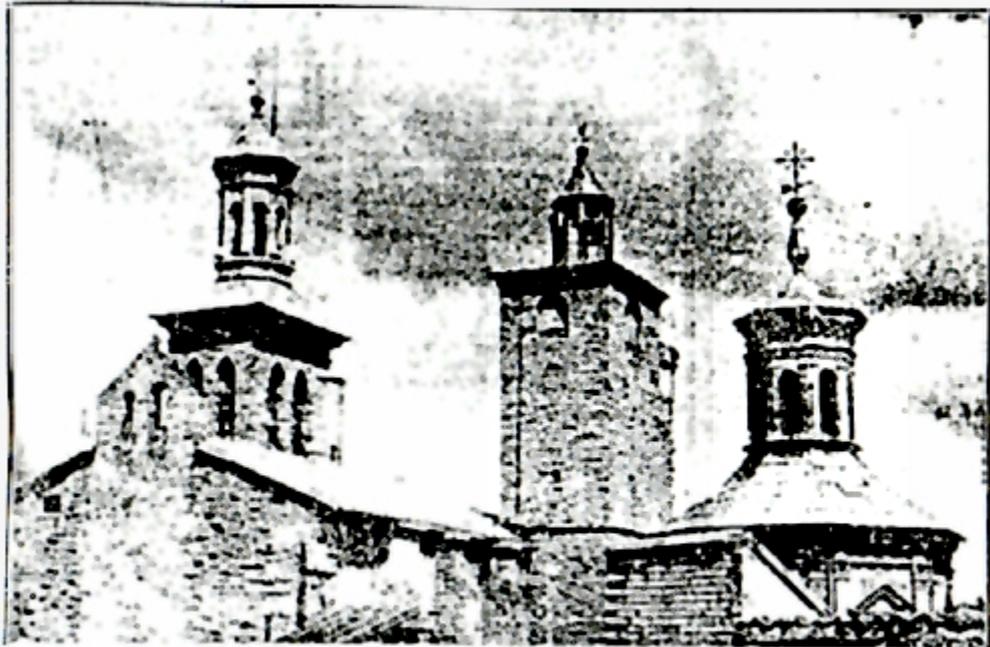
hecho de ser todavía la sede de importantes servicios forales dejados en manos de los navarros»⁷¹.

Era aquella una capital de provincia donde sus cinco parroquias (San Cernín —Saturnino—, San Nicolás, San Lorenzo, San Juan Bautista y San Agustín) eran, además de importantes lugares de culto, memoria de los antiguos burgos y poblados de Pamplona (San Cernín, San Nicolás y la Navarrería). En donde lo *levítico* era parte constitutiva de la ciudad o valiosa adquisición producto del renacimiento católico que vivió España —y especialmente ciudades como Pamplona— en el apogeo de la Restauración⁷². Las Agustinas Recoletas que ocupaban convento desde 1664, las Carmelitas Descalzas (1593), Salesas, Adoratrices, Siervas de María, las monjas canónicas (extramuros, 1247), las franciscanas (1902), las Hermanitas de los Pobres (1878) y las Josefinas (1895) instaladas, las dos últimas, gracias a donativos particulares; los Padres Misioneros, los Redentoristas, los Carmelitas Descalzos, los Capuchinos (extramuros, 1634) o los dedicados a la enseñanza, de fuerte incidencia social: las Dominicas, las Ursulinas (1889), las de San José de Cluny, los Escolapios (1892) y los Maristas (1893). Amén de la Catedral, la sede episcopal y sus tres seminarios (Conciliar, Episcopal y el colegio de San Juan), con las innumerables asociaciones laico-religiosas y los servicios en cárcel, hospital, asilo, etc.⁷³.

⁷¹ Urabayen, *Biografía...*, p. 124.

⁷² F. Lannon, *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España 1875-1975*, Madrid 1990, pp. 81 y ss.

⁷³ J. Atadill, *Navarra...*, p. 968 y ss.



Pamplona en fiestas. Canta campanita blanca de San Cernín : canta con tu voz de plata que hace latir aprisa los corazones mozos.
 Cuando cese tu cantar, un ruido cohete quebrará el azul... y se pondrá en marcha la torada Hospital... Caraleñas... Estafeta...
 Arrión, en los balcones, florecerá el arito de las hermosas mujeres de Navarra. Anajo, los mozos jugueteen con la muerte, y mientras, los viejos sorben el amargo lagrimón de la nostalgia. Y así un año y otro año, tú campanita... la que nunca cambias, harás latir aprisa los corazones mozos. N. Ayestarán. El... to del mundo.

Las tres torres de Pamplona y memoria del sonido de sus campanas (*Diario de Navarra*, 9.07. 1936)

Un ciudad en la que cada tarde, sobre todo durante los meses del otoño, se congregaba la feligresía en la Catedral para seguir el Rosario de los Esclavos en que, rodeados de faroles y estandartes, se rezaba en procesión las letanías y se oraba por la Iglesia Católica, el Santo Padre y el Arzobispo; por la salud de los enfermos de la ciudad, por la feligresía, los caminantes y los navegantes; y también por los frutos del campo, para que «no viniera alto el trigo, no se helaran las viñas y se murieran los gorriones». Por la «extirpación de las herejías y paz y concordia de los príncipes cristianos» (de entre los que, por aquellas fechas, ya sólo debían quedar el español y el austro-húngaro). Un rosario que acostumbraba a terminar con el «Firme la voz/ serena la mirada/ del mundo en faz/ cantemos nuestra fe;/ De Cristo Dios/ la Iglesia es nuestra madre/ de Roma el Rey/ cautivo es nuestro Padre/ antes morir/ que separarnos de él...», compuesto en 1876 con motivo de la peregrinación a Roma de ese año⁷⁴, cuando la llamada *cuestión romana* (la anexión por Italia de los Estados Pontificios, 1870) estaba reciente, y su impacto en el mundo católico resultaba extremadamente poderoso. Un acto que, naturalmente, no era aislado. Se sucedían rosarios, como el “de la tos” en San Cernín (sólo para personas

⁷⁴ Ayestarán, *El Iruña del 88*, p. 50-51.

mayores), las novenas (entre las que era singular la de la Virgen del Camino, a la que los asistentes acudían con jilgueros y canarios), actos festivo-religiosos como la traída de San Miguel Excelsis de Aralar cada año el lunes de Pascua, o los rezos por la salud como la función del “patrón del mal de los humores”, Santo Domingo, a la que acudían los labriegos para sanar del reuma. Podía proclamarse un día la Santa Bula por los pregoneros en las esquinas como anunciarse la bendición papal con las campanas de la Catedral. Cada casa tenía su cabo de vela para encenderla al Santísimo en día de jueves Santo o en caso de tormenta (mientras se rezaba el *trisagio*). Las campanas parroquiales marcaban la jornada y anunciaban los acontecimientos: el Ángelus al mediodía o la “campana de párvulos”, el toque de agonía (diferente en cada parroquia) que hacía detener la labor de los pamploneses para rezar por el alma del difunto (y preparar el traje negro para acudir al entierro al día siguiente si era del barrio)⁷⁵. Un sitio en el que la llevada del viático era un acto social, con los familiares y amigos tras el Santísimo con los cirios encendidos, el municipal descubierta y el monaguillo tocando la campanilla cerrando el cortejo⁷⁶. No era *santurronería* o una especial devoción. Era simplemente que la vida era así, que los usos sociales se imponían como hechos naturales (el *habitus*, del que ha hablado Pierre Bourdieu). Que hasta los actos de rebeldía se hacían desde la aceptación de aquellos usos. (Como la del zapatero que rezaba un padrenuestro si el toque era de una familia modesta, pero «iba a la tasca a echar medio» trago de vino si el difunto era de alta alcurnia). La religión no era por entonces sino un fondo general que daba sentido al conjunto de acontecimientos de orden diverso —tanto emocionales, como culturales, como de pugna y coyuntura política— y en el que el pamplonés medio se hallaba inmerso.

⁷⁵ Ayestarán, *El Iruña del 88*, pp. 44-45.

⁷⁶ Ayestarán, *El Iruña del 88*, p. 47.



Pamplona, calle Barquilleros, 1952

Era Pamplona, en definitiva, lo que Jiménez Jurío describía como ciudad levítica en que «las campanas ponían incesante tintineo en el ambiente. Muchas mañanas recorrían las calles desfiles penitenciales, rogativas procesiones de santos. Pamplona era muralla y campanario», dice Jurío asociando ambos fenómenos: el recinto que encorsetaba la ciudad y la religiosidad⁷⁷.

⁷⁷ J.M. Jimeno Jurío, *Historia de Pamplona*, Pamplona 1974, p. 233. Recientemente se ha utilizado esta expresión para referirse a la ciudades de provincia en el tránsito del XIX al XX (ver A. Langa, «Literatura y sociedad: la ciudad levítica, modelo sociológico en evolución», en S. Castillo (coord.), *La historia social en España. Actualidad*

Una ciudad con pocas diversiones como no fuera la del Teatro Principal (Gayarre, desde 1903, en honor al conocido tenor muerto en 1890) concurrido por las buenas familias de la ciudad —y donde se representaban principalmente obras de zarzuela—. Donde el teatro-circo (Labarta, luego Belloch) se permitía, estrenar alguna obra del género chico tan sólo en ocasiones especiales (fiestas, Pascua de Pentecostés y Resurrección). Con algún cinematógrafo suelto, algún *salón exprés*, varios frontones y dos trinquetes, mientras, en la calle grupos de hombres jugaban a la *calva* o paseaban por el mirador de la Taconera⁷⁸. En los alrededores alguna venta donde ir a merendar (como la de Mendillorri, la del Mochuelo, el Ventorrillo o la de Cholo en la que se jugaba a las bochas y a la que acudía la clerecía)⁷⁹. Nada de los nuevos deportes que hacían furor por Europa; salvo quizá el pequeño Veloz Club Pamplonés. Ya entre 1910 y 1916 aparecen los primeros equipos de fútbol: el Racing, el Sportiva, el New Club, el Amaya o el Lagun Artea, con un tirón aún muy escaso en la ciudad⁸⁰.

Una plaza de toros construida en 1852 con diez mil localidades era el centro más importante de espectáculo, y escenario incipiente de nuevos actos para la buena sociedad pamplonesa (como el *desencajonamiento* en los corrales de la antigua fábrica de Gas inaugurado en 1899)⁸¹.

Un escenario donde todo el mundo se conocía y trataba y en el que las fiestas, los conocidos Sanfermines, no pasaban de tener un carácter de fiesta pueblerina y familiar. Desde luego un acto de integración y en absoluto de trasgresión (según la idea batailliana). Ni siquiera un acontecimiento que trascendiera más allá de la comunidad pamplonesa (tal como ha ocurrido después). Con encierro (entonces “entrada”) y corrida para los del lugar. Con su feria de “la mujer sin cuerpo”, los “monstruos marinos”, o el “salvaje capturado en los Andes”⁸² que se presentaban a un público no suficientemente informado más allá del ámbito local y ávido de espectáculos excepcionales y extravagantes.

Una ciudad que, como decía Leoncio Urabayen, «vivía... para dentro, encerrada entre sus murallas» y de la que apenas se salía si no era, en el caso de los niños, de excursión campestre durante las vacaciones hasta las fuentes del Hierro o la Teja (toponímicos locales, como se ve, y hoy dentro

y perspectivas, Madrid 1991, y A. Rivera, *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria 1992).

⁷⁸ Corella, J.M. (s.d.a): *Teatro en Pamplona*, Pamplona; Arazuri, *Pamplona estrena...*: 73-82; Blasco Salas, *Recuerdos de un médico...*p. 35.

⁷⁹ Ayestarán, *El Iruña del 88*, p. 33.

⁸⁰ J.M Echániz, y J.M. Ferrer, *Historia del C.A. Osasuna y del deporte navarro*, San Sebastián 1981, pp. 12-15.

⁸¹ Arazuri, *Pamplona estrena...*: 88.

⁸² Corella, *Teatro en...*, pp. 26-30.

del casco urbano)⁸³. En la que aún era la diligencia el principal medio de transporte, y en donde el ferrocarril —a pesar de tener estación desde 1869-1870— y el tranvía —el eléctrico de Irati, desde 1911— no habían penetrado en la cotidianeidad.

Era Pamplona una ciudad donde el conflicto, claro está, estaba presente y que disponía de sus mecanismos de recomposición o cohesión más o menos eficaces⁸⁴. Donde comenzaban a aparecer sociedades de resistencia y se hablaba de socialismo (en 1900 aparecen las primeras sociedades de resistencia y en 1902 se constituye la UGT). Donde el propio clero integrista impulsaba corrientes de asociación en sindicatos y cooperativas católicas (como “La Conciliación”, dirigida por el Padre Eleta). También aquí eran los asalariados (políticamente aún con los republicanos y carlistas) los que más conflictividad pública generaban⁸⁵. Y donde se producían también no pocos incidentes resultado de la agitación fuerista y católica que se dio en Pamplona hacia el cambio de siglo (lanzamiento de piedras y monedas al escenario del Teatro en obras consideradas irreverentes con la iglesia⁸⁶, incidentes callejeros y manifestaciones, etc.). Donde se daba, por otro lado, un cierto nivel de conflictividad latente que se manifestaba a través de riñas y altercados callejeros muy frecuentes en la época tanto en Pamplona como en Navarra —altercados que tendían a concentrarse en los días festivos e iban unidos frecuentemente al consumo de alcohol—. También la huelga era una forma de conflicto que comenzaban a introducirse entre los trabajadores. En 1901 se había constituido sociedad de la de la madera que planteaba conflicto por una subida salarial —que obtuvo—. El verano de ese mismo año la Sociedad de Trabajadores en Hierro y Demás Metales de Pamplona realizaba una huelga por la jornada laboral de diez horas —con éxito también—⁸⁷.

⁸³ Urabayen, *Biografía...*, p. 131; Blasco Salas, *Recuerdos de un médico...* p. 34.

⁸⁴ Muy frecuentemente los historiadores, al asociar modernidad con niveles de conflictividad, hemos tendido a caer en la fantasía de dar por bueno que en la sociedad tradicional no existía conflicto (o éste no era explícito y público). Tal vez se deba al espejismo creado a partir de la abundante lectura de los textos nostálgicos de principios de siglo.

⁸⁵ J. Andrés-Gallego, «Sobre el inicio de la política obrera contemporánea en Navarra, 1855-1916», Príncipe de Viana 150-151, 1978; A. García-Sanz, «El Ayuntamiento de Pamplona ante la "crisis obrera"», *Boletín del Instituto Gerónimo Ustáriz* 3, 1989.

⁸⁶ Como en la representación de la zarzuela en un acto *Ruido de Campanas*, de Antonio Martínez Viergol, en que se estimó que se hacía mofa del clero en el contexto de las leyes anticlericales de los gobiernos liberales (Corella, *Teatro en...*, pp. 26; Arazuri, *Pamplona estrena...*, p. 74). O el incidente del Jubileo de 1901, y las manifestaciones católicas de 1906 y 1910 sobre las que volveremos.

⁸⁷ Estimaban que «si digno de respeto es el capital, tan digno de respeto debe ser el trabajo» y aspiraban a que sus hijos tuvieran tiempo suficiente para poder instruirse (*La Tradición Navarra*, 12, 19, 22 y 27 junio 1901). Sobre el éxito de aquellas reivindicaciones ver lo que la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* VII, 1901 dice (citado por Andrés-

Así fue mientras tuvo sobre los treinta mil habitantes⁸⁸. Una ciudad antigua inserta en el campo, regida por una clase de propietarios y rentistas, sin industria y con apenas comercio, con una presencia notabilísima del estamento militar y eclesiástico, vieja cabeza del reino, ciudad alejada de las instancias estatales, y en la que los modos de vida, los conflictos y su resolución, el ocio, etc. eran los propios de la sociedad tradicional (en su acepción más plena). Un espacio vital y culturalmente mal diferenciado de su entorno rural. Una sociedad aparentemente integrada y pacífica, igualitaria y jerárquica al tiempo, en la que todavía lo privado no había terminado de consolidarse y en el que *la calle* seguía representando el principal ámbito de sociabilidad⁸⁹, el lugar en que se desarrollaba la mayor parte de la vida del lugareño sin que se apreciaran los espacios privados, como la propia casa, sino como lugares de cobijo —muchas veces prolongación de la propia calle—. Pues, en la calle se podía establecer aquella competencia por el prestigio y el estatus que generaba las jerarquías, y no a través del control de la propiedad y la defensa de la privacidad tal como se produce en las sociedades desagregadas regidas por valores de mercado⁹⁰.

Gallego, «Sobre el inicio de la política obrera...», p. 359).

⁸⁸ Urabayen, *Biografía...*, p. 130-132.

⁸⁹ Puede verse la serie de juegos callejeros (escenario de las relaciones sociales) que se practicaban en Pamplona al principio de siglo en Arazuri, *Pamplona estrena...*: 17-35. La vida en las plazas, las reuniones de mujeres «para tomar la fresca», los trabajos de los yugueros, cuchareros, silleros, etc. en la vía pública, el paso de las galeras por la Cuesta de la Estación, entretenimiento de desocupados, las largas charlas de los contertulios en la esquina de la plazuela tras salir del casino, el espectáculo que con frecuencia se producía con la matanza de ratas, etc. Todo lo más reseñable en la biografía de cada habitante se producía en la calle. «Las calles eran entonces el cuarto de estar de la mayoría», dice con acierto José Joaquín Arazuri (*Pamplona estrena...*, pp. 95-102). Es Philippe Arès (*El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid 1987, pp. 536-538) quien observa cómo la vida privada va sustituyendo progresivamente a la plaza y la calle como ámbito de sociabilidad en la época barroca. En lo que a Pamplona se refiere, si tal se produjo, la calle había vuelto a ser prevalente. Sólo avanzado el siglo XX se produciría ese retraimiento hacia lo privado.

⁹⁰ Ver en ese sentido J. Casey, *Historia de la familia*, Madrid, 1990, pp. 74-75.

5.- La oportunidad (perdida) del Ensanche. Primacía de la *ciudad antigua*.

Pero Pamplona progresaba. Lo hacía físicamente con dificultad, claro, dada su impuesta chaqueta de piedra. Pero, lentamente, se había ido ampliando hacia su área suburbana con asentamientos, construcción de barriadas obreras y *ciudades jardín* (siempre limitadas).

El primer núcleo obrero (en torno a la Estación del Norte) se fue transformando en la barriada de La Rochapea. Allí “La Actividad” (sociedad de crédito y seguro) proyectó una ciudad jardín para trabajadores (1902)⁹¹. También surgieron nuevos barrios más allá de la Vuelta del Castillo: el Mochuelo o Milagrosa e Iturrama, con viviendas aisladas, casi campestres, con su huerta y su zona de labranza. Se fue edificando en San Juan, Echavacoiz y Beloso alto (aquí con otras pretensiones, chalet de clase media y alta). En realidad fue configurándose un entorno caótico, cuyas calles (camino, en realidad) no se alquitranaron hasta después de 1915⁹². Dominaba el desorden urbanístico, más allá del que marcaran las carreteras y caminos que salían o entraban en la ciudad⁹³. Comenzó a edificarse a 3 ó 4 Kms. de ésta el barrio satélite de veraneo, próximo al pueblo de Burlada. Fue organizada como ciudad jardín, con casas unifamiliares de jardín o huerta.

Pero todas aquellas actuaciones, espontáneas y anárquicas, muy puntuales, no cambiaron sustancialmente ni la fisonomía ni la configuración de los poderes o la economía de la ciudad.

No ocurrió otro tanto con lo que llegó a ser el ansiado Segundo Ensanche de la ciudad. Una vez rotas las murallas, una vez superado aquél corsé pétreo y legal que la constreñía, rotas definitivamente las murallas, al fin se proyectó un verdadero “ensanche”: la ciudad se abría al fin a los tiempos y situaba su mira más en las expectativas que en la experiencia; en el futuro antes que en el pasado. (Claro que la primera solicitud de obra en Pamplona es de septiembre de 1921, mientras que los ensanches de

⁹¹ Andrés-Gallego, «Sobre el inicio de la política obrera...», p. 357.

⁹² AMP. Negociado de Obras. Subasta de Propios. 2 (1905-1920).

⁹³ Urabayen, *Biografía...*, pp. 222-226.

Barcelona o Madrid son de los 1860, los de San Sebastián de 1865 y 1882, el de Vitoria de 1868 o los de Bilbao de 1866 y 1876. Mucho retraso.)

Aquél sí fue un acontecimiento realmente nuevo en la vida de la ciudad: por fin Pamplona se disponía a modernizar sus estructuras urbanas. Con ello dejaría atrás sus viejas y extremas dificultades, y se abrirían expectativas de crecimiento y negocio desconocidas hasta entonces. Su primer y más entusiasta impulsor, el que fuera alcalde liberal de la ciudad (1902-1904, 1905-1907, 1909-1913), Joaquín Viñas y Larrondo, lo concibió como la gran empresa modernizadora de Pamplona: «hora es ya que este pueblo dé señales de vida, y sacuda esa apatía que lo domina y que no le deja avanzar en su lánguida vida, en el progreso de los tiempos» decía al dar cuenta de sus gestiones en pro del Ensanche a sus conciudadanos⁹⁴. También el alcalde conservador Alfonso Gaztelu (1913-1916)⁹⁵, que le sucedía, en la ceremonia del derribo de las murallas en 1915 había dado la bienvenida a la *nueva Pamplona* y anunciaba «una nueva era de progreso»⁹⁶ para la ciudad. Unos y otros, la elite local se mostraba sin fisuras ilusionada con la perspectiva de la “nueva Pamplona” que surgiría a partir de aquella decisión.

Podía ser ese momento liminal en que una ciudad se transforma profundamente, adquiere otro aspecto, renueva su estilo de vida, y se hace con sus elites (o las perpetúa transformándolas). En Pamplona se daban las circunstancias: una presión demográfica de años, expectativas de negocio, nuevos aires (propios y llegados de fuera: eran los “felices veinte”). Todo apuntaba a que iba a transformarse la vieja “idea de ciudad”. Otra percepción, otro estilo, otra manera de estar en concierto de ciudades

En tantas ciudades del XIX español, el Ensanche significó una verdadera convulsión social. El caso de Barcelona es paradigmático. Pero ese modelo se siguió en todas las ciudades de España⁹⁷. En buena parte de ellas significó el enriquecimiento de un nuevo colectivo de propietarios de fincas urbanas —las recién urbanizadas— surgido al calor de la especulación⁹⁸. Un colectivo que en las pequeñas ciudades en que las

⁹⁴ *El Ensanche*, 9 agosto 1916.

⁹⁵ A. García-Sanz Marcotegui, *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración*, Pamplona, 1990; apéndice «Apuntes biográficos de los alcaldes».

⁹⁶ *La Avalancha* 488, 24 agosto 1915.

⁹⁷ J. Hernando, *Arquitectura en España, 1770-1900*, Madrid, 1989, pp. 458-472.

⁹⁸ Que en el caso de Barcelona significó multiplicar por 30 e incluso por 60 el valor inicial de las fincas (Ildefonso Cerdá, citado en H. Capel, *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona 1990 (edición original de 1975), p. 41). En Bilbao se llegaba a pagar a 170 pts. el metro cuadrado en 1914, una cantidad exorbitante en el tiempo (L.V. García Merino, *La formación de un ciudad industrial*, Oñati, 1987 p. 701). La obra definitiva a este respecto es M. González Portilla (ed.), *Los orígenes de una metrópoli industrial: la Ría de Bilbao*, Bilbao 2001, 2 vols. En concreto, los capítulos VIII y X, [J.M. Beascochea].

rentas eran el origen de buena parte de los capitales locales, compitió en lo sucesivo con el viejo grupo de propietarios y pequeños inversionistas por el poder en la ciudad⁹⁹. Activó, asimismo, sectores de la industria de la construcción y derivados, así como el comercio de bienes de consumo reforzando la reconversión de viejas tiendas en nuevos negocios especializados¹⁰⁰. Significó la creación de un espacio en que los grupos de estatus en sentido weberiano tenían un espacio propio de desarrollo, un lugar en que, aunque concebido según una idea igualitaria del urbanismo (Cerdá), significaban en realidad una diferenciación residencial de los estratos sociales¹⁰¹ —con todo lo que ello implicaba de ruptura de la relación *face-to-face* de la ciudad tradicional, como Pamplona, donde las clases poseedoras ocupaban las plantas principales de los edificios en cuyos últimos pisos vivían sus empleados y las clases subalternas—¹⁰². En fin, suponía el desarrollo de un espacio concebido según una racionalidad y geometría acorde con las necesidades de los nuevos tiempos (simplificación y circulación) que permitía el desarrollo de las nuevas funciones de la ciudad como centro comercial y de servicios, un nuevo centro de negocios y administrativo que connotaba (aquí habría que referirse a la arquitectura, el nuevo mobiliario y escenografía urbana de paseos, monumentos, teatros, alamedas, etc.) toda una simbología del poder de la nueva elite. El Ensanche vino a ser un signo de modernidad y de progreso en toda España¹⁰³, un punto de inflexión con respecto a la antigua ciudad.

¿Supuso el ensanche aquella renovación y ruptura en el caso de Pamplona? No. Intereses, presiones extemporáneas y la propia idea de ciudad frustraron aquella posibilidad.

Tras laboriosas gestiones y desechar distintos programas de ensanche, con el acuerdo de 1911 entre el ayuntamiento y el Ministerio de

⁹⁹ Es el caso de Vitoria. Puede verse Rivera, *La ciudad levítica...*, pp. 24-29.

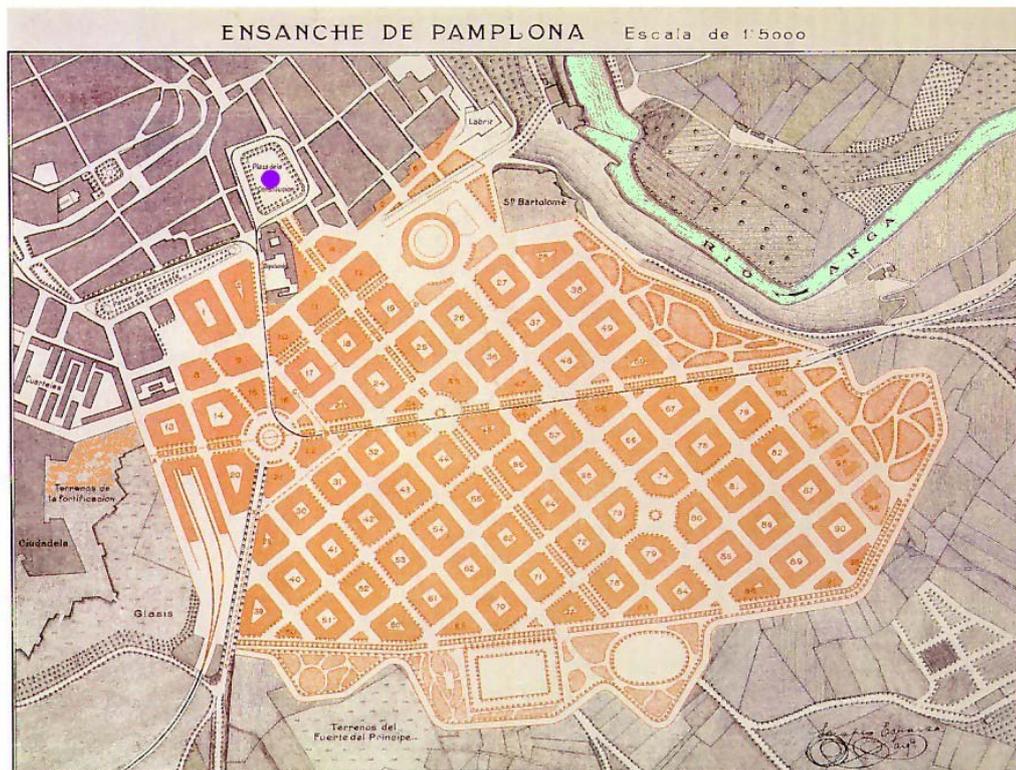
¹⁰⁰ Para Bilbao García Merino, *La formación...*, p. 699-703.

¹⁰¹ Lo de la *diferenciación residencial* en D. Timms, *El mosaico urbano. Hacia una teoría de la diferenciación residencial*, Madrid, 1976.

¹⁰² En Vitoria, por ejemplo, los trabajadores siguieron viviendo en la *vieja ciudad* frente a los *sectores de la alta burguesía* que tendieron a instalarse en el Ensanche (*La ciudad levítica...*, pp. 29-32). Si aquella idea igualitaria estaba en la mente de Cerdá al concebir el ensanche barcelonés, en realidad su desarrollo efectivo (estrechamiento de las calles secundarias) y la arquitectura marcaron la diferencia (Hernando, *Arquitectura...*, p. 462).

¹⁰³ Hernando, *Arquitectura...*, p. 458.

Defensa¹⁰⁴, el derribo de 1915 y la autorización de ampliación urbana de 1916, Pamplona tuvo un programa de ensanche aprobado por R.O. de 15 de mayo de 1920 según proyecto del arquitecto municipal Serapio Esparza (ganador frente a los proyectos de Julián Arteaga y Angel Galé): amplias avenidas y manzanas, según el modelo clásico de Ildelfonso Cerdá¹⁰⁵. Para entonces los pamploneses se referían al ensanche como el *ansiado*.¹⁰⁶



Proyecto de Ensanche aprobado (Serapio Esparza)¹⁰⁷

Ya el proyecto urbanístico de Serapio Esparza se encontró con limitaciones impuestas por los militares (que aún estimaban absurdamente el valor estratégico de las plazas fuertes¹⁰⁸). Aquella función militar exigía no edificar junto a la ciudadela, crecer solamente por uno de los flancos de la

¹⁰⁴ Que aún fueron rebajados por acuerdo entre ambas partes del 31 de enero de 1930, por el que hubo un nuevo intercambio de terrenos (AMP. Sección del Ensanche. Expropiación II).

¹⁰⁵ Ver la Memoria en AMP. II Ensanche. Sección obras 1920-1940.

¹⁰⁶ Ordeig, *Diseño y normativa...*, pp. 65 y 94.

¹⁰⁷ Reproducido en Ordeig, *Diseño y normativa...*, p. 105.

¹⁰⁸ Todavía en las guerras centroeuropeas de mediados del XIX (incluida la guerra austro-alemana de Sadowa) la ciudad fortaleza jugó algún papel, pero desde la llamada *revolución de Molke*, con los estados mayores y los ejércitos móviles aquella perdió toda función (puede verse sobre el particular J.M. Roberts, *Europa desde 1880 hasta 1945*, Madrid 1980, pp. 82-85)

ciudad —el lado sur—, e imponer limitaciones espaciales al ensanche que debía rematarse con un paseo de ronda con función defensiva (como aquel que se impuso a Madrid en el plan de Castro de 1860, ya entonces conservador frente al modelo Cerdá). Aparte el anacronismo, aquella imposición —unida a unas previsiones demográficas asombrosamente conservadoras¹⁰⁹— hicieron que el proyecto aprobado se cerrara con un paseo que interrumpía abruptamente el juego de la retícula urbana¹¹⁰. Pero, sobre todo, llevó a concebir la ciudad como un núcleo cerrado, *desarrollado a partir de la ciudad vieja*, y no como una trama abierta e ilimitada (en la línea de Cerdá) que hubiera resuelto el problema urbanístico hacia el futuro y hubiera supuesto un real desplazamiento del centro de poder de la ciudad.

Como espacio adosado a la vieja ciudad que fue ideado, al ensanche no le fue conferida otra función que la residencial. Aquello supuso serios problemas de orden urbanístico pues ni se contempló un equipamiento adecuado¹¹¹ que le diera autonomía respecto a la ciudad vieja, ni se previó la asignación de espacios para suelo industrial (como la de calzados de los Hermanos López, que en 1924 adquirieron la manzana 25), almacenes, comercios, etc. que estaban igualmente necesitados de nuevos asentamientos¹¹². Todo aquello produjo una cierta confusión entre edificios residenciales y mansiones de negocio con almacenes en sus bajas como el que construyó Felipe Lorca¹¹³. O la fábrica con viviendas incorporadas en la harinera de los Bayona (1924)¹¹⁴. Todas en el Nuevo Ensanche.

Si la desagregación funcional de la industria no se contempló, sí se consideraron otras funciones para el ensanche desagregación residencial por grupos de estatus. Así, las casas baratas construidas por el promotor Gorriño (manzanas 36 y 37) en 1926 y 1927, y las construidas en 1934 y los chalet de las manzanas 66, 74, 75 y 81, se alejaban de la *zona noble*

¹⁰⁹ En un estudio hecho por el alcalde Alfonso Gaztelu y el concejal Lorenzo Martincorena en 1915 se preveía un plazo de 113 años para edificar el espacio del ensanche (AMP, Sección Ensanche. Expropiaciones II). El mismo autor del proyecto participaba de esa idea. En realidad el proyecto se completó en los años cincuenta, treinta años después —y no puede decirse que la progresión fuera inusualmente acelerada—.

¹¹⁰ Con indulgencia, sin duda, José M^a Ordeig (*Diseño y normativa...*, pp. 172) opina que el encuentro entre retícula y ronda «es poco afortunado». En realidad, sólo se resolvió sobre el papel, sin idea de que fuera en verdad a ejecutarse. Hoy aún es una de las zonas urbanísticamente conflictivas de Pamplona.

¹¹¹ Lo que ya fue observado por Leoncio Urabayen (*Biografía...*, pp. 226-245).

¹¹² Hasta el punto de que ni siquiera fue regulada su instalación en las iniciales ordenanzas del ensanche (Ordeig, *Diseño y normativa...*, p. 108).

¹¹³ AMP. Sección Ensanche, 1921-1924.

¹¹⁴ AMP. Sección Ensanche, 1924-1926.

situada entre las calles San Ignacio y Carlos III. En éstas manzanas edificaron sus chalet gentes de la elite local (como el médico y republicano Serafín Huder en la manzana 17; Rafael Aizpún, abogado y futuro ministro con la CEDA, en la inmediata manzana 18; o el agente de seguros José M^a Díaz y Díaz de Rada¹¹⁵). También en este punto se elegía programáticamente el modelo conservador de Castro para Madrid¹¹⁶, frente al de manzanas igualitarias de Cerdá.

Coherente con aquella idea de ampliación de *la Pamplona de siempre*, todo el centro político-administrativo (Diputación y Ayuntamiento), el centro emblemático (el Monumento a los Fueros, etc.), el religioso (la Catedral y las cinco parroquias), el económico (Crédito Navarro), e incluso el centro comercial quedaron en el recinto de la *antigua ciudad*¹¹⁷. Ciertamente que algunos edificios simbólicos (como la Aseguradora Vasco-Navarra, el teatro Gayarre, el nuevo seminario diocesano o el colegio de los escolapios, con su esbelta torre) se asentaron en el Nuevo Ensanche. Pero eran los menos y lo fueron haciendo con tardanza (los Escolapios no habían terminado su edificio en 1936, las obras para la recolocación del Gayarre no se iniciaron en Carlos III hasta 1935). De modo que buena parte del centro simbólico y el centro de poder de la ciudad permanecía en la ciudad antigua: la catedral, sede del Cabildo y el obispado con sus imponentes torres y su amplia corte de canónigos y beneficiarios y las cofradías más prestigiosas de la ciudad, dominaba la Navarrería, el Ayuntamiento continuaba en el viejo edificio reformado en el XVIII, y, finalmente, la Diputación, verdadero centro del poder provincial, heredero de la antigua Corte navarra y depositaria con su Archivo de todos los elementos simbólicos del viejo reino, aún ubicándose en el arranque del nuevo ensanche, miraba al Paseo de Sarasate y a la perenne plaza del Castillo. El centro político-administrativo cargado de un riquísimo valor semántico permanecía vinculado a la antigua Pamplona¹¹⁸.

¹¹⁵ AMP. Ensanche de Pamplona 1921-1924; *idem*. 1924-1926; Catastro. Reclamaciones del Ensanche y Varios. 1933.

¹¹⁶ Hernando, *Arquitectura...*, p. 463.

¹¹⁷ Los otros dos proyectos de ensanche que se presentaron, especialmente el de Angel Galé (con un gran centro en el propio ensanche del que irradiaba el resto de la ciudad), pero también el de Julián Arteaga (con un gran *boulevard* y tres plazas que habían de competir con la del Castillo), concebían el Ensanche como una ciudad nueva, con sus propio equipamiento y su propio centro simbólico (ver los planos de los proyectos en Ordeig, *Diseño y normativa...*, pp. 99 y 104).

¹¹⁸ Puede verse la descripción que de Pamplona se hace en 1925 («Pamplona», en García E. Enciso, (ed.) *Navarra MCMXXV*, Pamplona 1925), cuando el ensanche se encuentra en pleno apogeo constructivo (hay 32 edificios de vivienda en construcción, muchos de ellos ya terminados). No hay una sola referencia al ensanche (y sí de ese entorno simbólico de la ciudad vieja), aunque unas páginas más adelante pueda verse una foto del estado avanzado en que aquél se encuentra.

Si algún elemento urbano simbolizaba esa continuidad de la ciudad antigua, era la Plaza del Castillo. Su vida y funciones no fueron disminuidas lo más mínimo tras la construcción del Segundo Ensanche. Al contrario: siguió siendo «el corazón de Pamplona, y a él afluye —decía Leoncio Urabayen— todo el movimiento no sólo del casco viejo y del Segundo Ensanche, sino del de los suburbios y los barrios de la ciudad»¹¹⁹. Los autobuses de “La Villavesa” marcaban esa relación más allá de la propia Pamplona, cogiendo y dejando a los viajeros en la Plaza del Castillo. Toda la Cuenca y Navarra seguiría teniendo como referencia a la antiquísima Plaza del Castillo, espacio de corridas y paradas militares.

Todos los acontecimientos festivos y solemnes continuaron realizándose en él. Toda la historia de la ciudad tenía allí su plasmación. En ella formaron las tropas en época de guerra, allí tocaba la banda del ejército, en ella se siguieron dando las paradas militares de las fuerzas de la guarnición el día del Corpus. En ella tenían su culminación las visitas de Pablo Sarasate o Alfonso XIII. En ella se exhibieron los globos aerostáticos a fines del XIX, en ella se hicieron las juras de bandera, se continuaron celebrando los Sanfermines. Por ella seguían corriendo los gigantes y cabezudos, allí se asentaba el conocido hotel La Perla, parada obligada de toreros y visitantes ilustres. De ella partieron los primeros tranvías en 1912; y si había sido estación de diligencias, lo fue también de los primeros autobuses en 1912. En ella se celebró la solemne misa de campaña en 1915, fue sede de la flota de taxis desde 1932; en ella se ubicaban el Ateneo sobre la sede de Acción Republicana, el Círculo Carlista, el café Kutz, el Iruña, y el Café Suizo durante la República¹²⁰. Siguió siendo el corazón de la ciudad.

La plaza del Castillo era síntesis y expresión de la ciudad, y *parte de la vieja ciudad*, con la que nunca hubo ruptura. La plaza del Castillo era un espacio íntimo, no sólo para los pamploneses, sino para toda Navarra, como asegura Arazuri¹²¹.

Por lo demás, el modelo Cerdá (progresista y técnicamente muy competente en el XIX, según la idea racionalista haussmanniana y norteamericana) había quedado superado por las críticas y nuevas propuestas de Camillo Sitte (1889), Stübben o Hénard que propugnaban soluciones más higiénicas, con manzanas abiertas, menos monótonas, más habitables y en realidad más rápidas para la circulación (a pesar de las apariencias). Arturo Soria había propuesto su solución de “ciudad lineal” en 1892 y en el continente se venían desarrollando “ciudades jardín” según el modelo social propuesto por Ebenezer Howard en Inglaterra. Tony Garnier

¹¹⁹ Urabayen, *Biografía...* pp. 193-196.

¹²⁰ J.J. Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios*, Pamplona, 3 volúmenes 1979-1980: I, 152-195.

¹²¹ Arazuri, *Pamplona. Calles y barrios*, Pamplona, 3 volúmenes 1979-1980: I, 152.

había publicado su “*cit  industrielle*” (1917) al hilo de las propuestas de Sitte en el que intenta combinar el racionalismo con soluciones más humanizadas (ajardinamientos y caminos peatonales informales)¹²².

Pamplona no fue ajena a toda aquella circulación de ideas. Las expusieron ante el Consistorio en sus alegaciones a favor de otro modelo de ensanche el empresario Ramón Arteaga apoyado por el arquitecto Teodoro de Anasagasti¹²³. Aquel punto de vista, más acorde con los tiempos y que cabía esperar que una ciudad que pretendía asomarse hacia el futuro debía preferir —o, cuanto menos, apreciar—, fue rotundamente desestimado. A Serapio Esparza, autor del proyecto practicado, le bastó con alegar que el suyo daba solución a las modestas aspiraciones residenciales de la Pamplona del momento. El modelo Arteaga-Anasagasti era una utopía fantasiosa y como tal se desech . Con ello se perdió la oportunidad de aplicar soluciones innovadoras —que ya venían practicándose en otros lugares¹²⁴— y que hubieran puesto al día a Pamplona en materia urbanística.

En fin, en pleno siglo XX, aún se miraba con el rabillo del ojo al XIX, y dentro de él al modelo más conservador¹²⁵: la nueva ciudad, a pesar de su nueva contextura y de ser una respuesta a las necesidades de los tiempos, no dejó de estar concebida urbanísticamente como *prolongación de la vieja*¹²⁶. El proyecto innovador, el tan esperado momento que iba a abrir Pamplona al futuro se hacía con la mirada puesta en el pasado. No fue aqu el previsible momento de *ruptura* con lo viejo como ocurrió en tantas

¹²² S. Kostof, *Historia de la arquitectura*, Madrid 1988, 3 vols., vol. III, pp. 1179-1187.

¹²³ J.M. Ordeig, J.M. (1993): «Tradicón y modernidad en la gestación del Ensanche pamplonés», *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía* 21, 1993; Ordeig, *Diseño y normativa...*, pp. 108-111.

¹²⁴ De hecho también en Pamplona se aplicó la solución de la ciudad jardín en la llamada Colonia Argaray, hecho en el extremo este del ensanche, fuera de las previsiones de Searpio Esparza, y ya a partir de 1933 (ver Ordeig, *Diseño y normativa...*, pp. 125-126).

¹²⁵ Incluso en el plano del higienismo —tan aducido en todos los opúsculos que sobre el tema se editaron en la época—, el proyecto se quedó corto. Las calles tuvieron un ancho, según las bases del concurso (Ordeig, *Diseño y normativa...*, pp. 94), entre 15 y 21 metros frente a los 30 metros recomendados por Cerdá —y que en el caso de Barcelona sólo la especulación logr  estrechar hasta 20 y 15 metros en las vías secundarias— (Hernando, *Arquitectura...*, p. 462). No todo fue “negativo”, resulta evidente. La realización del propio ensanche dio nuevos vuelos a la ciudad, como luego veremos. Entre las buenas soluciones técnicas cabe referirse a la ágil solución a los problemas de la circulación con el cruce de dos grandes avenidas (Carlos III y carretera de Francia) y las plazas circulares y la incorporación de las estaciones del ferrocarril y el tranvía al interior del recinto urbano, con lo que ponía en buena comunicación a Pamplona con su *hinterland*.

¹²⁶ De hecho el plan resolvió con gran acierto la transición entre el casco viejo y el Ensanche tanto en las vías de tránsito como porque, tal como afirma Leoncio Urabayen (*Biografía...*, p. 243) el primer ensanche hacía de tránsito natural entre ambas zonas.

ciudades del XIX europeo. En el urbanismo de Pamplona prevalecieron las continuidades¹²⁷. De ahí que el arquitecto Fernando Chueca Goitia, empeñado en los cuarenta en un programa arquitectónico “castizo” para España —a pesar de su adscripción republicana—, dijera de Pamplona que «es una hermosa ciudad que ha sabido mantener su historia y el noble ambiente de sus monumentos sin mezclar, cosa tan infrecuente en nuestras ciudades, lo que hicieron nuestros mayores con lo que nos ha tocado hacer a nosotros»¹²⁸. Una Pamplona que mantenía indeleble su cordón umbilical con sus antepasados y ese mundo de valores antiguo.

Pero cabía otra vía de renovación, cabía la posibilidad de que aunque la ciudad inicialmente representada —después de todo, qué es el urbanismo sino la autorrepresentación de la ciudad— se mantuviera vinculada al pasado, subterráneamente se estuviera produciendo una renovación y dinamización intensa de su economía¹²⁹ que condujera, en última instancia, a la modernización social de aquella. Era posible que aquella gran operación inmobiliaria que se anunciaba sentara las bases para la emergencia de una nueva elite social más dinámica y necesitada de un nueva *idea de ciudad* que posibilitara su nuevo poder recién adquirido. La alternativa a ofertar era la nueva cultura de la gran megalópolis mundial¹³⁰. Algo de aquello hubo —y más adelante nos detendremos en ello— pero, en esencia, las tendencias continuistas también prevalecieron en ese terreno.

¹²⁷ Tal vez, como en el alemán (otro país de *continuidades*, tema de arduos debates relacionados con su *Sonderweg*) que fue en este sentido mucho más conservador que el modelo parisino del barón Haussmann (cf. Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1178).

¹²⁸ Chueca Goitia, *La destrucción...*, p. 369. Su programa castizo de 1947 en F. Chueca Goitia, *Invariantes castizos de la arquitectura española. Invariantes en la arquitectura hispanoamericana. Manifiesto de la Alhambra*, Madrid 1981 («Invariantes castizos...» apareció primeramente en 1947).

¹²⁹ Aparte las connotaciones peyorativas que términos como *especulación* tienen en la cultura actual, en su momento ayudó a modernizar las economías de gran parte de las ciudades españolas del momento por la vía de la venta de terreno y negocios de la construcción y derivados, la venta inmobiliaria y el comercio de bienes de consumo (así lo ha probado para Bilbao García García Merino, *La formación...*, pp. 699-701). La «ciudad se convirtió en objeto de negocio» dice Horacio Capel (*Capitalismo y morfología urbana...*, p. 26) y no le falta razón. Aquello trajo consigo el enriquecimiento de nuevos grupos de elite más dinámicos en competencia con los antiguos como es el caso de Vitoria (ya citado) y tantos otros.

¹³⁰ Benevolo, *La ciudad...*, pp. 181-184.

Varios elementos —en los que intervinieron, junto a factores del *ethos* local, de cierta idea de ciudad, intereses bien diseccionables— se combinaron en una solución que quitó todo el mordiente a aquel gran programa de especulación del suelo que se anunciaba. Un programa de ensanche que urbanizaba 890.600 metros cuadrados de suelo, de los que 329.522,5 eran de inmediata construcción¹³¹.

Pamplona fue la primera ciudad de España en expropiar todo el suelo a urbanizar empleando para ello la ley del 18 de marzo de 1895 (frente a la de 1892 que dejaba la iniciativa en manos de los propietarios del terreno)¹³². Esta decisión frustró una posible operación de especulación y enriquecimiento de nuevos colectivos y el consiguiente relevo en las instancias de poder de la ciudad (si ello hubiera sido posible) establecidas tras el relevo al que ha hecho referencia Erro Gasca y que culminó en los primeros años de la Restauración¹³³.



Terrenos adquiridos por el Ayuntamiento. Al ministerio de Guerra (VERDE) y expropiados (AZUL). Sobre él puede verse proyectado el plan del Nuevo Ensanche.¹³⁴

¹³¹ AMP. Sección Ensanche. Expropiaciones II.

¹³² *El Ensanche*, 16 agosto 1916. Hasta 1919 con la Ley de Burgos y Mazo no se reguló de manera explícita dentro de la legislación de régimen local los aspectos de carácter urbanístico (M. Bassols, *Génesis y evolución del derecho urbanístico español*, Madrid [1973], pp. 446-449), por lo que se recurrió a la legislación especial sobre el particular.

¹³³ Gasca Erro, *Promoción empresarial...*

¹³⁴ Archivo Municipal de Pamplona, Sección Ensanche: Expropiaciones II.

Fue el alcalde liberal Joaquín Viñas y Larrondo quien impulsó aquella solución. Tuvo previamente que negociar arduamente con el “ramo de guerra” la cesión en condiciones aceptables para la hacienda municipal de los terrenos ocupados por las fortificaciones y las instalaciones militares, 212.769 metros cuadrados en total (R.O. de 1º de mayo de 1911)¹³⁵ que dejaban en manos del ayuntamiento la parte de suelo más apetecido por su proximidad al anterior recinto. Una vez superado aquel obstáculo, el alcalde promovió la solución expropiatoria poniendo por delante los intereses de la ciudad (situando la iniciativa en el municipio) frente a los particulares que, como en otros lugares, pretendían obtener una notable plusvalía de la recalificación.

Adujo para ello el interés superior del «mejoramiento de las condiciones de esta Ciudad», así, con mayúscula, frente a los «mezquinos» intereses privados. Para ello esperaba contar con el «patriotismo de los propietarios» de las tierras urbanizadas. Pretendía además hacerlo sin molestar a nadie y en buena armonía con los «amantes de esta población». En esa línea, aunque estuvo en desacuerdo con algunos puntos de la gestión realizada por el alcalde que le sucedió, Daniel Irujo (maurista, fundador del Diario de Navarra y miembro de varios consejos de administración)¹³⁶, le enviaba su «modesto aplauso porque demostró a su paso por la Alcaldía, su amor al pueblo donde nació»¹³⁷. La comunidad —y en su nombre el alcalde— establecía sus reglas sobre el particular. La norma social imperante, los valores morales de la comunidad compartidos por aquella colectividad, emocionalmente aceptados y no necesariamente racionalmente establecidos, prevalecían sobre la ley del mercado (valores que venían reforzados por los nuevos planteamientos sociales de un ayuntamiento en el que había 7 republicanos y estaba presidido por un liberal-demócrata¹³⁸; a los viejos valores comunitarios venían a sumarse los nuevos valores societarios de principios del XX). Aquella política iniciada

¹³⁵ *El Ensanche*, 9 agosto 1916; AMP, Sección Ensanche. Expropiaciones II.

¹³⁶ En realidad, aparte de representar políticamente la opción opuesta, defendió una solución del ensanche radicalmente más costosa para el erario municipal y favorable a los propietarios.

¹³⁷ Las citas son de *El Ensanche*, 9 y 16 agosto 1916.

¹³⁸ A. García-Sanz, *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración*, Pamplona 1990, p. 89. Había, además, un programa de atención para con «las clases humildes y modestas» de la ciudad, proponiendo la realización de 300 casas baratas en el plazo de quince años (las que hemos visto construir a Gorricho y Santiago Llorens). Aquí, subrayaba el señor Viñas y Larrondo, se encontraba lo sustancial del pensamiento político de la alcaldía. Y, en efecto, así era. El programa de expropiaciones le parecía obvio para que no «desapareciese Pamplona». Era algo que estimaba debía aceptarse ante un valor infinitamente superior. Su impronta ideológica como liberal-demócrata se hallaba en otro punto: la defensa dentro de la ciudad y sus proyectos de las clases humildes.

por un ayuntamiento liberal fue continuada en su esencia —a pesar de alguna discrepancia— por los posteriores ayuntamientos presididos por conservadores.

Naturalmente, si la generación empresarial establecida hubiera tenido intereses en la zona, es probable que aquella ley no escrita hubiera saltado hecha añicos. Pero, como he dicho, el terreno interesante pertenecía al Ejército y fue transferida al Ayuntamiento. El resto, era un conjunto de huertanos, labradores y propietarios sin capacidad de influencia en el Ayuntamiento. En todo caso, no deben menospreciarse esos usos arraigados en los colectivos en el momento de la toma de decisiones.

Tan seguro estaba el alcalde Viñas en las fechas en que se planteó la cuestión (1911) de la superioridad moral de sus planteamientos que hizo un sondeo entre los propietarios en la confianza de que establecieran precios *razonables* a sus tierras. Lógicamente la respuesta fue negativa¹³⁹ ante la sorpresa de Joaquín Viñas que estimó que ese modo de «*mirar por los propios intereses más que por los generales imposibilitaba toda reforma y progreso*». Sólo dos propietarios, Julián Felipe (ex-secretario de la Diputación y conservador) y Eugenio Lizarraga (ex-concejal jaimista) se avinieron a vender sus fincas al precio que estableciera el perito del ayuntamiento (obsérvese la adscripción política de ambos, ajena por completo a la del alcalde)¹⁴⁰.

Naturalmente, los propietarios de las fincas urbanizables quisieron hacer valer sus derechos y así lo manifestaron en dos reuniones de “fuerzas vivas” de la ciudad (mayores contribuyentes y entidades de la ciudad, de nuevo reunida *corporadamente*¹⁴¹) que el Ayuntamiento convocó en el Teatro Gayarre y en el salón de actos de San Francisco a lo largo de 1911¹⁴². Sin embargo, aquel grupo —que se constituyó como

¹³⁹ Tampoco se fijaron altos precios, sino que se pusieron *excusas* diversas.

¹⁴⁰ *El Ensanche*, 9 agosto 1916. Del mismo modo, cuando el 23 de junio de 1911 se reunió el ayuntamiento en sesión extraordinaria para tratar el tema del ensanche, fueron republicanos como Berrio y Utray quienes reprocharon al alcalde Viñas Larrondo (de su propia candidatura) por su informe «cuajado de ultrajes» para con los pamploneses por referirse a los propietarios de casas como el grupo de los «intereses creados» (ver *DN*, 24 junio 1911).

¹⁴¹ En efecto, de nuevo la *ciudad* se constituía corporadamente, como si de una ciudad renacentista se tratara (gremios, cuerpos, barrios): en la presidencia el Ayuntamiento, junto a él las mesas de la prensa, en el patio de butacas los representantes de las corporaciones, y en los pisos superiores el público. La primera cuestión que se debatió fue si las personas convocadas tenían un voto (postura defendida por el alcalde Viñas, un liberal) o tantos votos como entidades representaran (defendida por el representante de la juventud republicana), lo que no hubo necesidad de resolver dado que la asamblea era simplemente consultiva.

¹⁴² Puede seguirse el desarrollo de la asamblea de mayo en *DN*, 27.mayo.1911. En ella, a propuesta de Raimundo García (el “inevitable” *Garcilaso* o *Amezitia*, director del

grupo de presión¹⁴³—, con ser importante (estaban entre ellos algunos de los máximos contribuyentes de rústica como Arturo Campión, Crisóstomo Beunza, Manuel Izu, José Goicoechea o Eugenio Arraiza¹⁴⁴), no dispuso ni del argumento legitimador¹⁴⁵ ni contó entre sus filas con el verdadero grupo de poder de la ciudad que se reclutaba entre los propietarios de fincas urbanas (los Baleztena, los Garbalena, Colmenares, Conde de Guenduláin, González Tablas, Gortari, Conde de Espoz y Mina) y el sector que tenía sus rentas en la provincia o se dedicaba a las profesiones liberales y pertenecía a los consejos de administración de las entidades financieras y la incipiente industria provincial (los Uranga, Sagües, Serapio Huici, Aizpún, Sánchez Marco, Nagore, Mayo, los hermanos López, etc.), el núcleo de poder instalado a fines del XIX. La elite de la ciudad, alojada en casas de escaso aboengo dadas las aperturas de la ciudad vieja¹⁴⁶, se hallaba necesitada de nuevos espacios en los que edificar palacetes que subrayaran su estatus. Por lo demás, confiaban en mantener y aún mejorar las rentas obtenidas de las anteriores fincas urbanas con la subida de precios que la renovada actividad económica iba a generar.

Ninguna posibilidad de especulación para capitales medianos como los que en otras ciudades habían hecho grandes fortunas a partir de la compraventa de tierras y el negocio inmobiliario. Ningún nuevo grupo de

Diario de Navarra, y quizá el hombre más influyente de Navarra en todo el primer tercio del siglo XX; puede verse su papel en la conspiración de 1936 en J. Ugarte, «En *l'esprit des années 30 europeo*: la actitud del *Diario de Navarra* y *Garcilaso* en la primavera de 1936», *Príncipe de Viana* 209, 1996), a propuesta de Raimundo García, se constituyó una comisión para el estudio del proyecto integrada por partidarios y contrarios del proyecto del alcalde Viñas (entre los patrocinadores de la oposición estaban Manuel Izu y José Goicoechea y entre los partidarios del proyecto Eustaquio Echave-Sustaeta y Eugenio Lizarraga, todos ellos carlistas).

¹⁴³ Puede verse la actitud y planteamientos de este grupo en J. Viscor, *El ensanche y los propietarios del terreno*, Pamplona 1916. También los defendió el arquitecto José Martínez Ubago «El Ensanche. Algunas consideraciones», *DN*, 19, 20 y 21 junio 1917.

¹⁴⁴ Quienes no entraron verdaderamente en la guerra por el reconocimiento de sus derechos como propietarios.

¹⁴⁵ Uno de los propietarios, el carlista Eugenio Lizarraga (ver su *Catecismo del Ensanche*, Pamplona 1911, p. 18), formulaba así el argumento de la *ciudad*: si Pamplona estando interesada en el ensanche produce una plusvalía al recalificar ciertos terrenos, «ese exceso de valor se lo daría el sacrificio que la población hacía para el proyecto, y no estaría bien que el sacrificio de todos fuera a beneficiar a unos pocos propietarios». Proponía o bien el acuerdo o la expropiación forzosa. Claro que Lizarraga no esperaba enriquecerse de la venta de aquellos terrenos, ya pertenecía a numerosos consejos de administración de empresas navarras (ver E. Majuelo, *Lucha de clases en Navarra, 1931-1936*, Pamplona 1989, pp. 327-331).

¹⁴⁶ Algunas familias acomodadas habían llegado a desplazar su lugar de residencia a San Sebastián y Zaragoza por ese motivo (Lizarraga *Catecismo del Ensanche*, p. 16).

poder que necesitara de una nueva idea de ciudad y nuevos valores para afianzar su poder. El viejo *ethos* local, los valores de la comunidad, se combinaron con ciertos poderosos intereses para continuar por la vía iniciada por el alcalde Viñas Larrondo al elegir la ley de 1895 (frente a la de 1892¹⁴⁷) que dejaba la iniciativa en manos municipales y apartaba el proceso de una posible escalada especulativa¹⁴⁸.

Aunque para hacerlo hubiera que forzar un tanto la propia ley. Como en una premonición (recuérdese que el ensanche fue ejecutado como espacio anejo a la vieja ciudad), se adujo que aquella no era sino una obra de «mejora interior de la población»¹⁴⁹, lo que les permitía expropiar (aquí estuvo la diferencia) hasta 50 metros de terreno contiguo a la vía pública que no sería sino «la prolongación de la calle Yanguas y Miranda, Vínculo, San Agustín y Merced»¹⁵⁰.

El Ayuntamiento expropió todos los terrenos urbanizables para el Nuevo Ensanche en 1918 según el R.D. de 5 de julio de 1916 (confirmado en R.D. de 11 de mayo de 1920). Pagó por ellos una media de 1,04 pesetas por metro cuadrado (valoración de las fincas realizada de acuerdo con una Memoria en la que se basó el Jurado de Tasación constituido al efecto¹⁵¹). A los que añadiendo los terrenos de las fortificaciones, con los trabajos de explanación, materiales y acondicionamiento de calles, alcantarillado, tendido eléctrico, etc. calculaban una media de 29,37 pesetas por metro cuadrado (44,34 la 1ª zona y 20,15 la segunda)¹⁵².

Aquellas tierras expropiadas fueron debidamente organizadas en manzanas según el Plan aprobado y vendidas en pública subasta por lotes

¹⁴⁷ Con esa ley, decía Viñas Larrondo con escándalo, «los propietarios de los terrenos podían ... disponer libremente de sus propiedades... [con lo que] elevaban su valor de una manera pasmosa» (*El Ensanche*, 16 agosto 1916).

¹⁴⁸ No completamente, claro está. Así Vicente Udobro tras comprar una parcela al ayuntamiento, se la “cedía” al constructor Rufino Martincorena para que edificara un chalet. Supuestamente lo había comprado en su nombre lo que no había hecho constar «por olvido y una larga ausencia». Todo hace sospechar una reventa (no documentada, pero aquí no ejercemos de jueces; véase lo que en este sentido dice C. Ginzburg, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*, Madrid 1993, pp. 111-112). Las bases obligaban a edificar al propio comprador de las tierras.

¹⁴⁹ Artículo 4º de la Ley del 18 de marzo de 1895.

¹⁵⁰ «Petición de ampliación de la Ley de 18 de Marzo de 1895», realizado por el ayuntamiento de Pamplona y presentada el 3 de agosto de 1911 ante el rey (*El Ensanche*, 16 agosto 1916).

¹⁵¹ Componían el Jurado: Julio Pascual, Fulgencio Aldaz y Javier Arraiza (que ejercieron sucesivamente de presidentes); como vocales Leandro Nagore, Lorenzo Oroz, Manuel Rodríguez de la Torre, Santiago Lacunza, Pío Espluga, Máximo Biardeau, Felipe Lorca, Mariano Arteaga y Francisco Mendivil; figuraban como suplentes Alfonso Galbete y Fernando Romero (véase la *Memoria* en AMP. Sección Ensanche Expropiaciones. I y el Jurado en II).

¹⁵² AMP. Sección del Ensanche. Expropiaciones II.

de parcelas de manzana o manzanas completas según lo establecido en las Bases aprobadas por el ayuntamiento el 28 de febrero de 1921¹⁵³. Según aquellas «*los peticionarios se comprometían a construir edificios de carácter permanente en todos los solares de que resulten rematantes*» (& 2ª) dando comienzo a los trabajos de cimentación en el plazo máximo de un año (& 6ª) y quedaba «*prohibida en absoluto la reventa de solares*» (& 9ª). Con ello se cortaba definitivamente la posibilidad de un segundo proceso especulativo por reventa o retención del solar. De este modo, los solares vinieron a costar entre 15 pesetas y 65 los más caros el año 1936.

Bien, si tenemos en cuenta que en Barcelona la especulación hizo que el valor del suelo en el ensanche se multiplicara por 30 y por 60 (beneficio que fue a manos privadas)¹⁵⁴, que ni tan siquiera se exigiera la edificación por lo que los propietarios retuvieron tierra a la espera de obtener mayores plusvalías¹⁵⁵; que en Bilbao los precios del terreno hacia 1914 iban de las 50-90 pesetas por metro cuadrado en Indauchu subían a las 170 en las zonas más densas¹⁵⁶ (en Pamplona andaban entre 15 y 35 pts.), y que en buena parte de las ciudades del XIX incluso el trazado de las calles se hizo condicionado por el «*sagrado derecho de la propiedad privada*»¹⁵⁷, puede verse que el Ensanche de Pamplona resultara modélico en ese sentido de evitar la especulación. Lo fue: los valores de la comunidad hicieron un servicio a la generalidad (de modo que si en 1914 un piso en Bilbao costaba entre 100.000 y 200.000 pesetas, en la Pamplona de 1941, siempre en el Ensanche, podía costar en torno a las 46.000 pesetas¹⁵⁸). Era el modelo más liberal. En Alemania se siguió un modelo de urbanismo más ordenancista¹⁵⁹.

¹⁵³ Subastas en el que se practicó según el viejo sistema del *remate de candela* que se usaba en Navarra para la venta de arbolado ya en el s. XVII (F. Idoate, *Rincones de la historia de Navarra*, Pamplona 1954-1966, 3 tomos, tomo I, p. 206).

¹⁵⁴ Ildelfonso Cerdá citado en Capel, *Capitalismo y morfología urbana...*, p. 41.

¹⁵⁵ Hernando, *Arquitectura...*, pp. 459 y 495n.55.

¹⁵⁶ García Merino, *La formación...*, p. 701.

¹⁵⁷ Hernando, *Arquitectura...*, p. 459.

¹⁵⁸ García Merino, *La formación...*, p. 701; Urabayen, *Biografía...*, pp. 228-229.

¹⁵⁹ Tal vez, de modo mucho más elemental y sin que aquél sirviera de modelo pues no parece que se conociera, se siguió la pauta alemana (otro país en que la tradición jugó un gran papel, pero en el que la planificación se hizo notar mucho más expresamente que en España. «La clave era —dice Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1178— un justo equilibrio entre los derechos privados, sobre todo la propiedad y su disposición, y el bien público... Los ayuntamientos alemanes eran propietarios de los tranvías y de los sistemas de agua y energía, de los diques y los puertos. Regían los mataderos y las casas de empeño y ejercían el derecho tradicional del poder local: la dirección de los mercados públicos. A ello se unía generalmente una ordenación por zonas. La propiedad no estaba restringida solamente en términos de altura, y ocupación máxima de terreno; también había que pagar impuestos sobre el incremento de su valor cada vez que cambiara de manos: el llamado “impuesto de plusvalía”. Por supuesto, esto amortiguaba el ardor

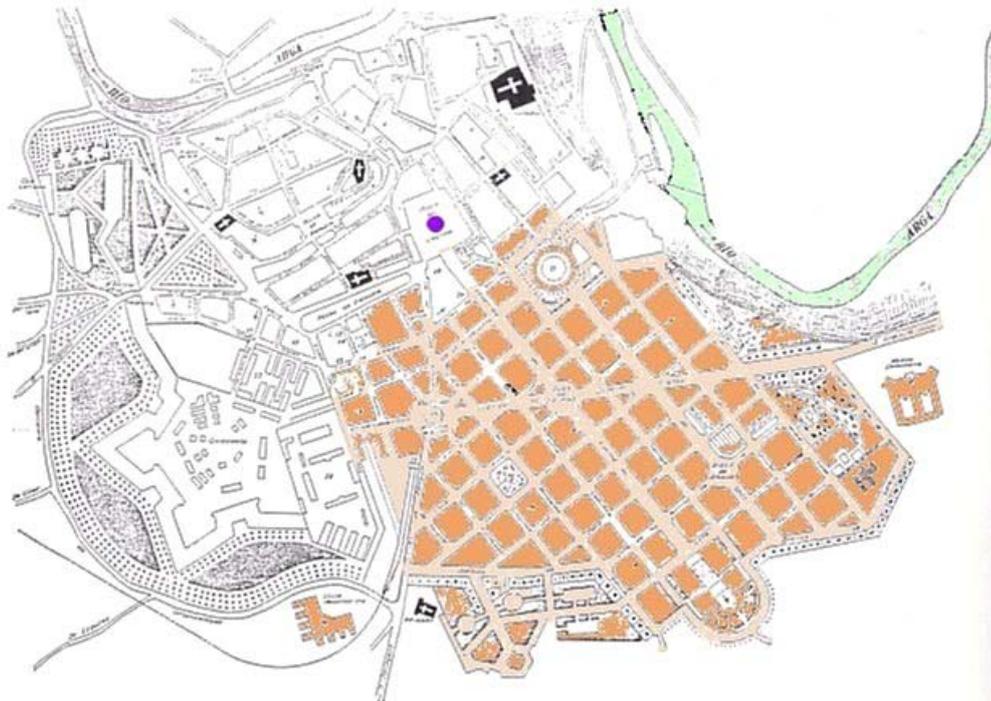
Pero aquello también implicó —y es lo que nos interesa subrayar para el objeto del trabajo— que aquel gran proyecto renovador, que en tantas ciudades españolas implicó un cierto relevo y renovación de la elite local (con lo que ello suponía de dinamismo en los comportamientos y los negocios y la necesidad de ofrecer una “nueva idea de ciudad”, espacialmente nueva), en Pamplona se saldó con la más estricta de las continuidades: la elite urbana de la renta y los negocios del XIX se prolongó en esta ocasión en el tiempo sin solución de continuidad¹⁶⁰. Aquél que pudo ser elemento importante de renovación, dejó intacto el núcleo de la elite urbana anterior. Las familias se reprodujeron sin que surgieran otras que debieran su fortuna —y por tanto asociaran sus valores y su cultura— a la nueva Pamplona. La ciudad antigua, con su espacio, sus hombres y su cultura inmóvil, se prolongaba en el nuevo tiempo.

Si la *ciudad haussmanniana* había comenzado por diseccionar los intereses públicos y privados para lograr, posteriormente, un pacto entre ambos, origen de la modernización de aquella¹⁶¹, en Pamplona se producía ésta sin que ambos mundos (el público y el privado) llegaran a segregarse. *Lo público* —confundido con la comunidad— seguía, como en el mundo antiguo, ejerciendo su primacía sobre el individuo sin que ello evitara, naturalmente, su utilización para el interés particular. El ámbito de lo reconocible como *privado* aún no era nítido ni utilizable por nuevos grupos para su propio beneficio. La vieja elite se perpetuaba junto con la hegemonía de lo público.

especulativo». Esto y cosas de este tono justificaron un tiempo la teoría del *Sonderweg* alemán. En Pamplona, ya lo hemos visto, no existía aquel nivel de planificación y control municipal, pero sí se puso límite a la disponibilidad de la propiedad (ver lo dicho y Ordeig, *Diseño y normativa...*).

¹⁶⁰ Tenemos en cuenta, claro, aquel relevo empresarial en la segunda mitad del XIX, heredera de la vieja idea de ciudad, a la que hace referencia Erro Gasca.

¹⁶¹ Benevolo, *La ciudad...*, pp. 178-198.



Pamplona, 1940. Obsérvese que el Plan de Esparza se aplicó casi milimétricamente.

Naturalmente, no puede reducirse a esto el impacto del Ensanche: también hubo elementos de renovación que comenzaron a actuar durante la República (pero que aún eran incipientes y sólo se desarrollaron plenamente en los años cincuenta).

Ciertamente para un sector de la población el ensanche significaba el despertar de la ciudad, su necesaria modernización. No eran pocos los que creían que el «*vetusto pueblo de seculares costumbres... se desbordaba por el campo [gracias al Nuevo Ensanche] en supremo afán de progreso*»¹⁶². El gran proyecto alentaba la gran idea del siglo: la idea del progreso. En general la realización del ensanche generó también un cierto entusiasmo renovador y alimentó no pocas esperanzas sobre el dinamismo futuro de la ciudad.

Lo cierto es que, además de habilitar un espacio mucho más apto para las nuevas necesidades residenciales y para la circulación, donde se instalaron algunos lugares de ocio (plaza de toros, teatro Gayarre y cine Olimpia) y de servicios (colegio de los Escolapios y nueva estación de

¹⁶² García Enciso, *Navarra...*

autobuses), el Ensanche significó una importante estímulo para la economía de la ciudad.

Principalmente para el ramo de la construcción y derivados. Así la pavimentación de las calles y los desmontes de manzanas, el derribo de la muralla y edificación de nuevos muros en la carretera a Francia o el alcantarillado, todas adjudicadas a sectores de la elite establecida.

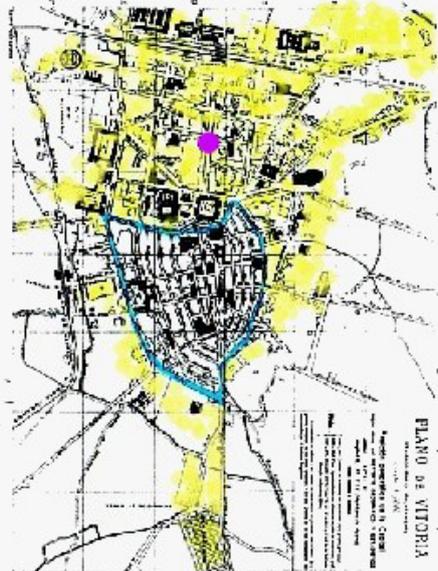
También permitió a pequeñas empresas de la construcción un nuevo crecimiento y expansión (Erroz y San Martín, Rufino Martincorena, Pedro Zamarbide o Huarte y Cía). Ese fue el origen de alguna fortuna que se desarrolló plenamente en los años cincuenta (tal es el caso de Félix Huarte) pero que en los años de la República no llegaban a formar un núcleo capaz de desbancar a la vieja elite social del Crédito.

Si animó el mundo económico de la capital —sin excesos, como digo— también lo hizo con el social atrayendo hacia ella a la numerosa población que en la provincia se veía forzada a emigrar (o simplemente aspiraba a mejorar su situación). Muchos navarros llegaron a la vieja ciudad esos años en busca de un empleo en la construcción¹⁶³. Aquello iba a tener su efecto durante los años de la República.

Pero, para lo que aquí interesa, fueron impulsos aún marginales (aunque tendrían sus efectos; incluso inmediatos). Todo el capital simbólico de la vieja Pamplona, sus “lugares de memoria” (por emplear a Pierre Nora), la imagen de la ciudad permanecieron intocadas. Los centros de poder y socialización, continuaron en el Casco Viejo. Éste mantuvo su primacía simbólica y física. Incluso, los nuevos edificios de ocio y estatus (Plaza de Toros o Teatro) o los nuevos negocios (Vasco-Navarra) buscaron la proximidad más inmediata con la vieja ciudad para asentarse. Mientras en otros lugares (léase Vitoria) los viejos cascos se vaciaban, en Pamplona no ocurría nada similar. Nadie propagó en la ciudad la idea de la gran urbe cosmopolita. No hay sino repasar la abundantísima publicística de la época. Pamplona mantenía sus referentes.

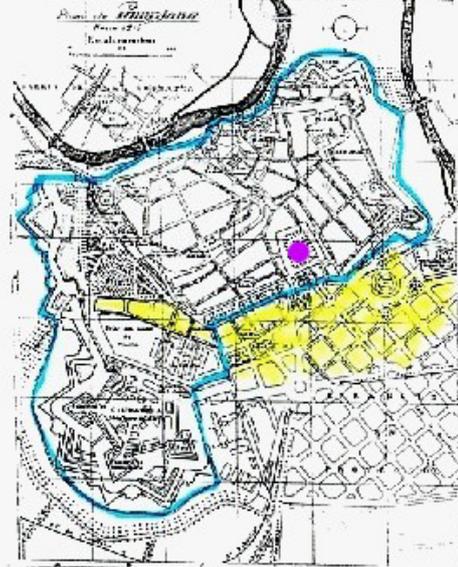
¹⁶³ Véase lo dicho más arriba sobre la evolución de la población de Pamplona y el gran volumen del sector de la construcción entre la población activa de 1930.

Vitoria, 1930-1940



● Centro de la ciudad

Pamplona, 1930-1940



Ciudad Vieja —
Nueva ciudad (XIX-XX) ■

Dos ciudades. Vitoria, el casco viejo queda marginado. Pamplona, el ensanche prolonga el casco viejo.

6.- La arquitectura como *Geistesbildung* local.

El ensanche fue el último acto de un largo proceso por el que Pamplona fue incorporando los nuevos elementos materiales y simbólicos que venían a definir el ámbito de lo *urbano* como vivencia, como categoría cultural o trama de significación (frente a lo rural) a principios de este siglo. Incluso llegó a representar el espíritu optimista del siglo y la idea del progreso asociada al crecimiento de las ciudades y a proyectar su mirada hacia el futuro (la ruptura de la muralla y la renovada actividad en el ensanche estaba cargada de significados asociados a la revitalización de la vida urbana). Pero, como he venido diciendo, lo hizo en el marco de un *ethos*, de un carácter, de un tono de vida, una moral, una cultura, una estética, en el marco de una actitud ante sí mismos y ante el mundo, de un *Geistesbildung*, una imagen de su propio *espíritu* en definitiva —si puede hablarse en estos términos—, que encontraba su identidad en el pasado. En un pasado idealizado y arquetípico. Un pasado que se representaba como “lo propio”, lo particular, y que aparecía, para un amplio colectivo, como identidad local, como un *continuum* temporal que identificaba a los lugareños de todos los tiempos y los distinguía o singularizaba frente al otro.

Aquella disposición de ánimo entre lo viejo y lo nuevo tuvo su plasmación —entre otras muchas manifestaciones— en los modos arquitectónicos que fueron poblando el segundo ensanche, en los nuevos chalet y palacetes, y, también, en las instituciones públicas o semipúblicas que representaban a la ciudad en su conjunto. Una expresión de una arquitectura que fue entendida entre la clase media que la promovió como una *Geisteswerke* (obra del espíritu) *local* antes que como expresión del espíritu de los tiempos (el famoso *Zeitgeist* tan debatido en la historia del arte)¹⁶⁴. Más como representación de las profundas raíces históricas de lo

¹⁶⁴ Hace esta distinción, refiriéndose a temas de orden ideológico, Jean Touchard («L'esprit des années 1930: une tentative de renouvellement de la pensée politique française», en *Tendances politiques de la vie française depuis 1789*, París 1960, p. 89) que subraya la existencia en la historia de periodos de sincretismo en los que predomina el *espíritu de la época* frente a las distinciones tradicionales entre corrientes de pensamiento (los años treinta sería uno de esos periodos); por el contrario, habría otros tiempos en los que predomina la atemporalidad y se hace hincapié en los rasgos diferenciales de cada tradición. En la Pamplona de principios del siglo XX predominaba una cierta voluntad de identidad local frente al espíritu de época (cosmopolita y deslocalizado). Una identidad local que se identificaba en aquellos rasgos supuestamente permanentes de la propia ciudad, en la continuidad con un pasado remoto propio y

propio —que apelaba a sus padres y los padres de sus padres— que como radical crítica del pasado y compromiso con el futuro —actitud, esta última, tan característica en el gusto estético de principios de siglo, el siglo de las vanguardias—.

Si siempre la arquitectura ha tendido a ser más manifestación de emociones o acontecimientos colectivos (aparte su valor funcional, prioritario en gran parte de las edificaciones)¹⁶⁵ antes que expresión de estéticas o estados de ánimo individuales, ha habido épocas en que eso ha sido especialmente cierto. Una de esas épocas fue la de los años del cambio de siglo en que, llevados por un neohegelianismo historicista en que todo debía ser interpretado en términos holistas, desde las vanguardias a las corrientes neorrománticas, vieron en la arquitectura una imagen del espíritu de la época (*Zeitgeist*), expresión del espíritu de los pueblos (*Volkgeist*), etc. Si para Le Corbusier «la casa es una máquina para vivir»¹⁶⁶ (tal como para Paul Valéry el libro es «una máquina para leer», etc.) haciendo del maquinismo y de la sociedad tecnológica la esencia de los nuevos tiempos, para Oswald Spengler «la casa es la expresión más pura que existe de la raza», parte del «mundo de la expresión anímica» de esa nación —que era raza—, expresando de ese modo su visión neorromántica de la existencia¹⁶⁷. La arquitectura tomaba, para las distintas corrientes de pensamiento de la época —y en ello coincidían—, el valor de representar los valores globales de una época, de una civilización, de una raza, etc. Eran las servidumbres de la profesión y a ellas se atenían los profesionales de la época.

Si eso puede decirse del ambiente en el que se movía el círculo creativo en arquitectura, debe añadirse que con la aparición de la sociedad

específico —a diferencia del espíritu de época, el *Zeitgeist* vanguardista, que miraba al futuro y al progreso, en el que el término *revolución* era el usual en cualquiera de las tradiciones que se considerara—.

¹⁶⁵ Resulta ocioso recordar el valor simbólico que las sociedades en todas las épocas han dado a la arquitectura (de la pirámide al arco romano). La filósofa Hanna Arendt (*La condición humana*, Barcelona 1974, p. 385) habló de los arquitectos como «portavoces que expresaban con conceptual claridad el talante general de la época». Y el historiador alemán Thomas Nipperdey habló de los monumentos nacionales como autorrepresentación de la propia nación, de sus valores e ideal (citado en G. Mosse, *La nazionalizzazione delle masse. Simbolismo politico e movimenti di massa in Germania dalla guerra napoleoniche al Terzo Reich*, Bolonia 1975 —original en Nueva York 1974—, p. 55). El mismo George Mosse (pp. 55-83; y 1990) ha utilizado los monumentos nacionales y los monumentos funerarios para dar cuenta de la cultura alemana y la surgida tras la Gran Guerra respectivamente.

¹⁶⁶ Citado en C. Montes, *Creatividad y estilo. El concepto de estilo en E.H. Gombrich*, Pamplona, 1985, p. 58.

¹⁶⁷ O. Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal*, Madrid 1943 (1ª edición en castellano de 1927; original de 1918), 4 vols., Vol. III, pp. 171-176.

abierta en que la jerarquía no se establecía jurídicamente, los grupos de la elite tendieron a establecer los criterios de segregación/identidad en un conjunto de manifestaciones externas¹⁶⁸, entre las que la propia residencia jugó un importante papel como signo de diferenciación frente a los otros. Como signo del gusto distinguido del grupo¹⁶⁹. No era siempre, en lo que al gusto se refiere, un acto intencional sino producto por un lado de aquella necesidad de identidad grupal y, por otro, de la propia situación de inmersión en cierta cultura estética concreta, producto de coyuntura histórico-cultural concreta¹⁷⁰.

He dicho ya (ver *supra*)¹⁷¹ que los veinte fueron tiempos especiales. Europa era recorrida por un rebrote naturalista y neo-romántico, un movimiento que reivindicaba la espontaneidad local frente al “amaneramiento” de las grandes capitales, la recuperación de un “alma propia y natural”, del mundo agrario. Una inclinación, ésta, que derivó en el *nacionalismo integral*. Las cosas habían empezado a remitir para el universalismo progresista. Una nueva cultura política emergía enfrentándose al racionalismo ilustrado, reivindicadora, en el caso de Spengler, de las antiguas culturas “bravías” y “sanas”, ajenas a las “perversiones” de la civilización moderna. En España, ocurrió otro tanto. En conjunto, llegaron a generar un potente movimiento intelectual en toda la Europa que fue tomando diversas formas políticas y sociales. Más allá de esto, respondía a una corriente de neorromanticismo esencialista que en España se concretó en lo que he llamado *cultura castiza*¹⁷². Fue una corriente de nacionalismo genuino, radical, antimoderno y localista.

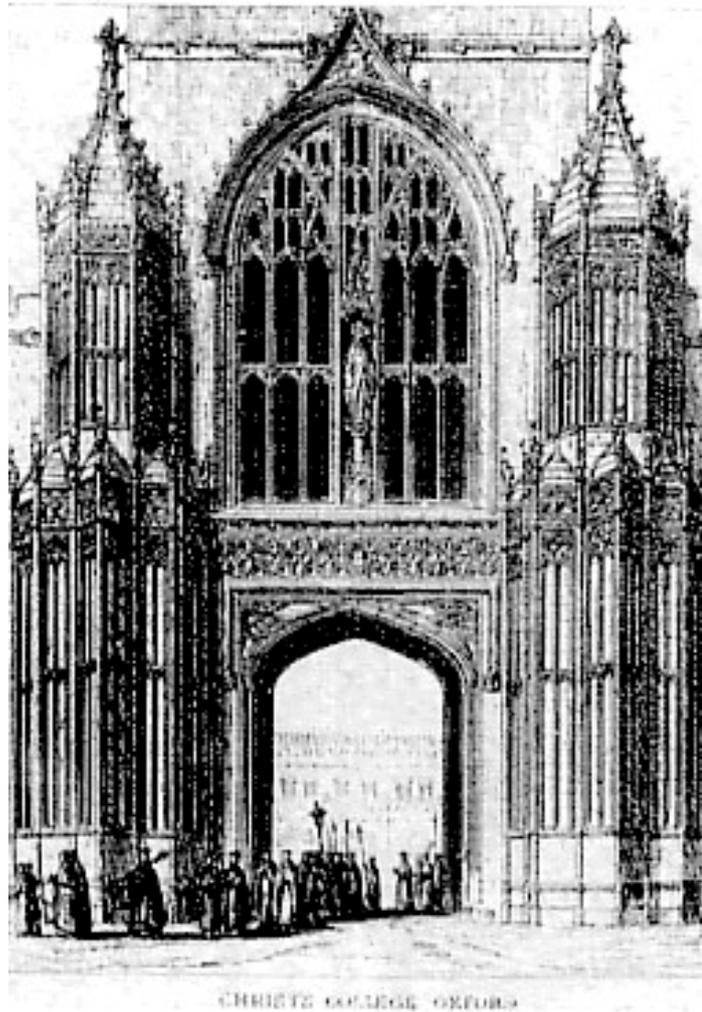
¹⁶⁸ Véase el interesante estudio en ese sentido realizado por Pierre Bourdieu (*La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid 1988 —París, 1979—). Bourdieu resalta los aspectos de la *distinción* en el comportamiento de esos colectivos.

¹⁶⁹ Hago una lectura de la arquitectura en este caso, por tanto, más como expresión de un espíritu colectivo (*Geisteswerke*) que como *representación*, más apropiado para monumentos o edificios públicos (ver notas anteriores).

¹⁷⁰ De modo que, si en la época se pecó de un holismo hegeliano y de una creencia firme en la existencia del *Zeitgeist*, no por ello se hace eco este escrito, asumiendo la óptica de la crítica arquitectónica, de corrientes que, desde distintos puntos de partida, han tendido a hacer una hermenéutica estrecha del quehacer arquitectónico en los últimos años (desde la teoría del Gestalt al estructuralismo o el enfoque semiótico), que coinciden con la *estética idealista* en cuanto que pretende estudiar la historia de la arquitectura como *actividad del espíritu* (llámese a éste psicología, estructura de pensamiento o lenguaje artístico). Algo he dicho antes. Me parecen pertinentes las serias reservas que en su día opusieron E.H. Gombrich, como he dicho, o David Watkin (1981) a un historicismo abusivo del que hicieron gala la modernidad y las lecturas imanentistas que fueron su epílogo. Recientemente, la crítica arquitectónica tiende a situar a las obras en su contexto *histórico-cultural*, que es lo que aquí se pretende. Pueden consultarse en este sentido Montes, *Creatividad y estilo...*, pp. 31-80; J.M. Otxotorena, *Arquitectura y proyecto moderno. La pregunta por la modernidad*, Barcelona, 1991 pp. 71-83.

¹⁷¹ Ver capítulo 1, Segunda Sección.

¹⁷² Ugarte, *La nueva Covadonga insurgente...*, pp. 311-339 y Conclusiones.



Christ's College Oxford; de Augustus Welby Pugin. Buscando el “estilo inglés” en el neogótico.

Frente al peso del *Internacional Style*, se estimaba, debían resurgir corrientes locales en arquitectura. En España, desde que el conocido erudito y poeta romántico José Amador de los Ríos pronunciara su discurso de entrada en la Academia de San Fernando («*El estilo mudéjar en arquitectura*», 1859)¹⁷³, se venía recurrentemente intentando una definición de *estilo español* en arquitectura. La casa era, por tanto, signo de estatus de un lado, y venía a expresar un cierto *ethos* grupal o territorial de otro. Fue el contexto en el que se desarrolló y arraigó la idea de una arquitectura localista de Pamplona.

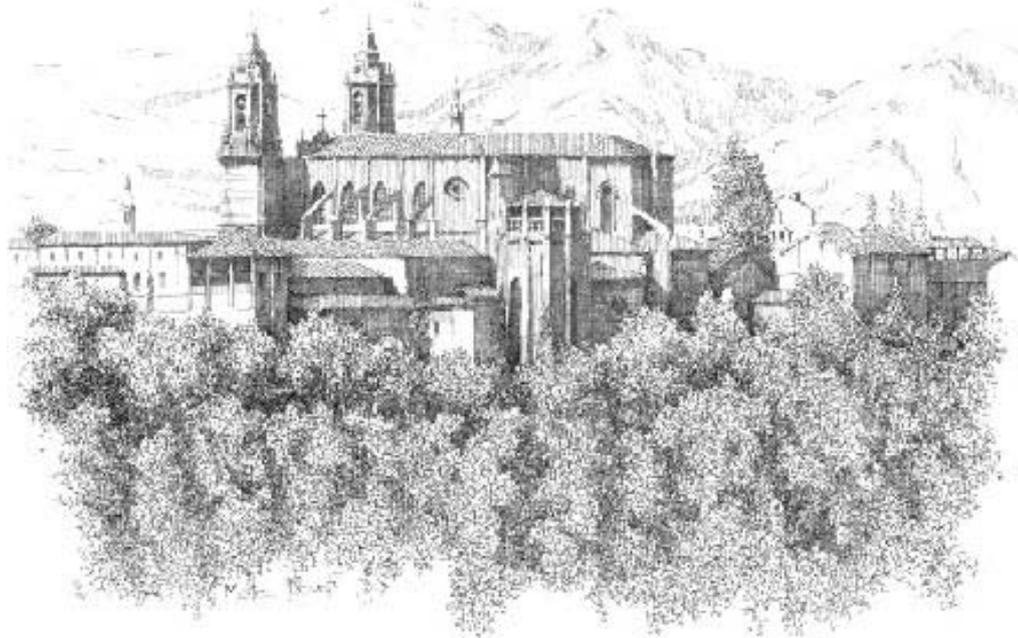
¹⁷³ Hernando, *La Arquitectura...*, pp. 249 y 484.

Pamplona, sin haber desarrollado una vida propiamente cortesana en torno a un Virrey en precario, había sido hasta la ruptura de la muralla esa ciudad-convento de la que ha hablado Fernando Chueca Goitia refiriéndose a la vieja ciudad española. Resultaba Pamplona de una «composición trabada y asimétrica de directriz quebrada... resultado de encerrar, dentro de altas tapias, casas, palacios y calles, formando así enormes e irregulares manzanas que amenazaban con absorber todo el recinto murado... [un recinto dominado] por los conventos [e iglesias], que imponían servidumbres que a veces asfixiaban el desarrollo natural de la ciudad»¹⁷⁴. La realidad chocaba al visitante circunstancial: «a primera vista yo creí que la mayoría de las casas eran conventos o prisiones», llegó a decir un francés a principios del pasado siglo¹⁷⁵. Aquello no era simplemente una realidad urbanística o arquitectónica: la vida eclesial (algo más que la vida eclesiástica strictu sensu) anegaba la ciudad¹⁷⁶. De hecho, el tópico romántico sobre Pamplona como una ciudad de conventos, palacios y casas blasonadas había calado en sus propios habitantes.

¹⁷⁴ Chueca Goitia, *La destrucción...*, pp. 94 y 152. Chueca, en expresión afortunada, desarrolla este argumento en su intento de definir las que serían *invariantes* de la arquitectura castiza producto del “temperamento español”, y lo contrapone a la “ciudad-palacio” propia del barroco europeo. La obra, escrita en 1947, intenta crear las bases de lo que pudiera ser una arquitectura nacional en base a la historia del arte en España (que lo entiende como producto del encuentro entre Oriente y Occidente, entre Europa y África). La obra de Chueca es resultado del mundo intelectual que en España se dio antes de la guerra y de la obsesión nacionalista de esos años. Es por tanto más una propuesta ideológica que un estudio. Sin embargo, como gran conocedor de nuestro pasado arquitectónico, la obra no carece de análisis sugerentes. Desde la perspectiva analítica del historiador del arte, Wolfgang Braunfels (*Urbanismo occidental*, Madrid 1983, pp. 19-39 y 88-122) hace una diferenciación convergente (aunque no idéntica) entre “ciudad episcopal” (o “clerical”) y “ciudad barroca imperial”.

¹⁷⁵ Iribarren, J.M. (1957): *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Pamplona: 112.

¹⁷⁶ Lo que no significa, en la mentalidad actual, vida lánguida o falta de animación. Como ponen de manifiesto por ejemplo las impresiones sobre Pamplona de un Víctor Hugo en el pasado siglo en que tras una sensación que «entristece la vista en el primer momento», intuye el colorido de una ciudad volcada en la calle —lo que le daba viveza—, propio de una ciudad que a duras penas abandonaba su condición de gran pueblo (Iribarren, J.M. (1957): *Pamplona y los viajeros de otros siglos*, Pamplona: 137).



La Catedral de Pamplona en un grabado de la época.

Aires de innovación surgieron hacia finales del XIX. Tal vez por la aparición aún núbil de una generación empresarial (Erro Gasca). Coincidió con la realización del Primer Ensanche (ejecutado como “ensanche interior” a partir de 1887: entre la ciudadela y la ciudad. Se hizo aquél, básicamente, de acuerdo con «el ambiente ecléctico general» en los ambientes arquitectónicos de España¹⁷⁷. Un ambiente en el que predominaron los *neos*, como se sabe, de corte historicista emanados desde la Corte, desde Madrid (frente al otro gran centro, limitado en su influencia, que fue Barcelona)¹⁷⁸. Un clima arquitectónico que, como se ha dicho con reiteración, fue expresión en España (pero también en tantos lugares de Europa¹⁷⁹, no debemos engañarnos) de la propia inseguridad de una burguesía cargada de reminiscencias estamentales, y que se desarrolló plenamente en el marco del régimen de la Restauración.

¹⁷⁷ Ver el detallado estudio de Orbe, *Arquitectura....* Citas en la p. 217.

¹⁷⁸ Puede consultarse la obra clásica de Pedro Navascués Palacio (1973) y la más reciente de Javier Hernando (*Arquitectura...*).

¹⁷⁹ Puede verse, por ejemplo, Kostof, *Historia de...*, vol. III.



Fachada de la Diputación de Navarra (hoy Gobierno de Navarra)

En este sentido, su historicismo sería signo de debilidad y criterio retrospectivo. Eso mismo ocurría en la capital navarra. Sin embargo, en Pamplona¹⁸⁰, dada su quietud general, aquel momento supuso una cierta renovación y cierto tono proyectivo en la elite local. Iniciada en 1887 hasta adentrarnos en el siglo XX, es la época de la construcción de la infraestructura ferroviaria y las inversiones de la elite pamplonesa en la incipiente industria de la provincia. Así esa seguridad presente y una cierta confianza en el futuro venían a expresarse en los edificios neoclásicos del Palacio de Justicia (1892) o las Escuelas Municipales de San Francisco (1902), ambos de Julián Arteaga, y el Archivo de Navarra (1896), obra de Florencio de Ansoleaga, que venían a reforzar el conjunto arquitectónico oficial que con el edificio de la Diputación (de José Nagusia, 1847) correspondía a la cabeza de la provincia. Por lo demás, el eclecticismo en Pamplona, con incorporar los modos de la escuela de Madrid, reproducía en no pocos casos (el propio Ansoleaga) las formas de gusto francés, con basamento de piedra, cuerpos de ladrillo caravista y tejados de pizarra¹⁸¹.

Si aquello representó ese tono de confianza, se dio, incluso, algún caso singular como el chalet realización de Martínez Ubago en la calle José Alonso (1897), que reproducía un *cottage* inglés (neogótico rural), o la obra del donostiarra Francisco Urcola (director de obras del Hotel M^a

¹⁸⁰ Puede seguirse en Orbe, *Arquitectura...*, *passim*.

¹⁸¹ De hecho, a pesar de que eclecticismo e historicismo sean dos conceptos indisolubles para el estudioso del arte (Hernando, *Arquitectura...*, p. 174-178), no es menos cierto que el eclecticismo surgió con el ánimo especialmente de dar respuesta a los retos de la «vida moderna», como respuesta a las necesidades de «nuestra época» — aunque para ello utilizara materiales arqueológicos— mientras que el historicismo, no menos sincrónico, busca claramente la justificación del presente en el pasado, en el “espacio de experiencia” (ver lo que dice el arquitecto Juan de Dios de la Rada Delgado en el escrito que P. Navascués —*Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid 1973, pp. 236-238— llama “manifiesto del eclecticismo”).

Cristina de San Sebastián) en la plaza de San Francisco para el Gran Hotel (conocido posteriormente por la Agrícola; 1910), con toques modernistas que apuntaban cierta singularidad local (sin llegar, claro, a lo ocurrido en Cataluña en que éste se identificó con sentimientos de nacionalidad¹⁸². Otro tanto puede decirse de la casa para viviendas hecha por el logroñés Máximo Hijón (1885) en la cara norte de la Plaza del Castillo. Ambos edificios dieron un tono renovado a las dos mayores plazas de Pamplona. Hubo, además, una apreciable corriente de construcción de corte modernista encabezada por el arquitecto Martínez Ubago que, aunque no llegó a afectar a la estructura de los edificios, dejó realizaciones notables en la ciudad¹⁸³.



Gran Hotel (“La Agrícola”) de Francisco Urcola

Naturalmente, todo ello sin romper con un remarcado historicismo general —simbolizado muy señaladamente por el Monumento a los Fueros (1893) erigido tras la Gamazada por el arquitecto Martínez Ubago, cargado de iconografía localista e histórica—. Pero, a la vez, un momento en la vida de Pamplona en el que su elite buscó sobre todo estar con el espíritu de los tiempos antes que resaltar la impronta local. Un momento proyectivo de la vida de la ciudad hecho desde la continuidad.

¹⁸² M. Freixa, *El modernismo en España*, Madrid 1986.

¹⁸³ En formación de los vanos, la decoración y en obras menores como escaparates (como el realizado por el maestro de obra José M^a Arámburu, en la calle Chapitela).

Y llegó la gran realización del Nuevo Ensanche, aquélla que iba a situar a Pamplona en la retícula de las modernas ciudades de la España del siglo XX. Para entonces las formas arquitectónicas en Europa iban acentuando su componente ideológico: por un lado el nuevo estilo internacional del racionalismo cosmopolita, como ha quedado dicho, y, de otro, la búsqueda de elementos identitarios en la tierra natal o en el *Heimat*, cuando no abiertamente nacionalistas. Aquella generación de arquitectos —como dice J. Carvajal— soñaba «en la arquitectura como reformadora de la estructura social ... Era la generación que afirmaba la arquitectura como factor esencial de la cultura y los arquitectos como debeladores y maestros de un orden nuevo»¹⁸⁴.

También se dio en España aquella pugna entre racionalismo y soluciones arquitectónicas supuestamente basadas en la tradición propia, en el llamado *temperamento español*, y que fueron por primera vez formuladas de ese modo (contraponiéndolo a lo exterior, a lo novedoso) en el IV Congreso Internacional de Arquitectos celebrado en Madrid en 1904¹⁸⁵. Ya antes (1859), los románticos habían defendido el neomudéjar como lo propio y genuino (recuérdese el discurso de José Amador de los Ríos en la Academia de San Fernando, 1859), y los arquitectos Rodríguez Ayuso, Capra, etc., desarrollaron aquel programa a partir de la nueva Plaza de Toros de Madrid, 1874, como arquitectura *castiza*¹⁸⁶. Pero aún no había adquirido las connotaciones arcaizantes y antimodernas posteriores (era de hecho una confluencia entre el historicismo nacionalista y el constructivismo racionalista)¹⁸⁷. Esas tendencias emergieron decididamente cuando aquello derivó, a principios del presente siglo, hacia propuestas que propugnaban la

¹⁸⁴ Citado en C. Montes, *Teoría crítica e historiografía de la arquitectura*, Pamplona 1985: 53.

¹⁸⁵ B. Magnien, «Cultura urbana», en S. Salaün y C. Serrano, *1900 en España*, Madrid 1991, p. 128.

¹⁸⁶ Navascués, *Arquitectura y arquitectos...*, pp. 227-236. También se les dio ese sesgo nacionalista a fines de siglo al neoplateresco y el neobarroco (el mismo pp. 312-319).

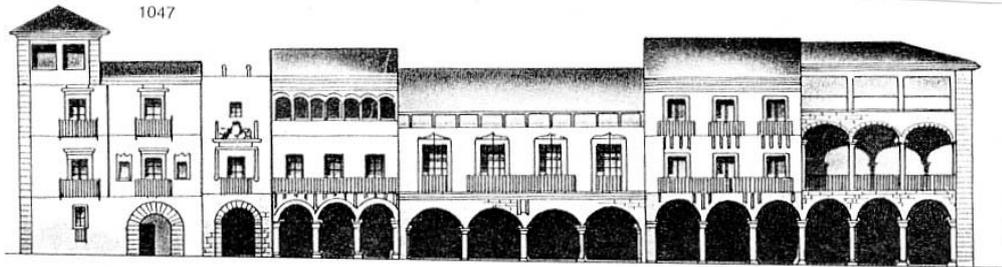
¹⁸⁷ Ver el trabajo clásico de A. González Amézqueta, «Arquitectura neomudéjar madrileña de los siglos XIX y XX», *Arquitectura* 125, 1969. De hecho, los trabajos de Rodríguez Ayuso participaron de las ideas de simplificación y racionalización de las formas y rebajaron, hasta reducirlo a las características formas geométricas, la ornamentación de las fachadas. El propio uso del ladrillo combinado con el hierro anunciaba las formas más modernas (ver también Hernando, *Arquitectura...*, p. 247-270, 439-441). Aquellos modos tuvieron su continuidad en el siglo XX con Antonio Flórez, 1877-1941 (ver C. Flores, *Arquitectura española contemporánea*, Bilbao 1961, pp. 85-91).

resurrección de los estilos históricos y en la proliferación de modelos regionalistas como forma de *reacción* nacionalista ante el *Internacional Style*. «Durante largo tiempo la arquitectura española iba a vivir encerrada en su propio ser, ajena al mundo exterior, buscando sus soluciones por el camino de una tradición mal entendida», dirá Carlos Flores, radical fustigador de aquel estilo¹⁸⁸. Los caseríos vascos, las masías catalanas o los cortijos andaluces pasaron a ser modelos *genuinos* para reconstruir una *arquitectura española* que sirviendo a las nuevas necesidades del siglo, fueran reflejo del *espíritu* patrio. Infinidad de elementos anecdóticos del pasado se retomaron para recuperar estilos tan variopintos como el isabelino o el barroco, el plateresco andaluz o el herreriano que fueran testimonio de la grandeza de España. Porque se consideraba que «el arte popular tiene siempre alma; es el archivo, el almacén de documentos, donde todo artista que pretenda hacer arte regional debe buscar; es el templo, panteón del tesoro de las tradiciones, donde debe ir a reconfortar su alma, a templar su espíritu, a ponerse en situación, cuando trate de engendrar arte regional»¹⁸⁹. Tanto aquella reacción como el modelo exterior frente al que se reaccionaba quedaron mostrados simbólicamente en la Exposición Universal de Barcelona de 1929. Frente al pabellón alemán obra de Luwing Mies van der Rohe (nombrado en 1930 director de la Bauhaus) obra emblemática del racionalismo, España construyó el Pueblo Español suma de las diferentes arquitecturas consideradas como castizas, imagen del *genio español*¹⁹⁰. La divergencia no puede ser mayor. (Y quien tenga en la memoria la Plaza del Castillo, las similitudes, evidentes.)

¹⁸⁸ Flores, *Arquitectura española...*, pp. 65-81. Con aquel estilo se hicieron verdaderos pastiches como la sede del Credit Lyonnais en Madrid (1914-1918) de Leonardo Rucabado. Flores distingue dentro de esta tendencia entre la corriente regionalista (representada por Vicente Lampérez, Rucabado o Manuel M^a Smith, autores de varias mansiones en Madrid o Bilbao) y el pseudomonumentalismo de Antonio Palacios.

¹⁸⁹ Texto de la revista *Arquitectura* de Madrid recogido en Flores, 1961: 68.

¹⁹⁰ Sobre el significado de la Exposición Universal de Barcelona puede verse J. Bassegoda, «Arquitectura del modernismo», en José Luis Morales (dir.) *Historia de la arquitectura española*, tomo V, Barcelona-Zaragoza 1987, pp. 1782-1787.



Exposición Universal, Barcelona 1929. Muestras de Alemania (pabellón) y España (plaza).

Fue el tiempo en que Pamplona, embarcada en el proyecto del Nuevo Ensanche, 1920, hija de tantas continuidades y recuerdos, se sumó con fervor a esa reacción particularista. Inicialmente, sin que fuera formulada como teoría arquitectónica propia, sino porque el *ethos* arcaizante de la elite local conectaba perfectamente con aquella corriente arquitectónica impulsada desde la escuela de Madrid. Cuando el mundo de la arquitectura en Europa avanzaba resuelto por la vía de la creación de un estilo eminentemente *nuevo*, Pamplona se convirtió —cuando al fin tomaba aire su vida urbana tras sacudirse al fin la vieja muralla, en una auténtica ciudad *plaza-de-toros*, *ciudad-baluarte*, en un conjunto de palacetes *blasonados*, y *más que ciudad, en ciudadela* (por volver a Pascual).

Para entonces había arraigado plenamente en la ciudad una cultura localista, mezcla de historicismo y positivismo a la que posteriormente haré referencia.

Entiéndase que los nuevos hoteles, chalet y casas de viviendas que la elite pamplonesa erigió en el Nuevo Ensanche (recuérdese que para Oswald Spengler, de quien eran lectores los más cultos, «la casa es la expresión más pura que existe de la raza»), cuando la nueva generación de arquitectos «afirmaba la arquitectura como factor esencial de la cultura y los arquitectos [se sintieron] como debeladores y maestros de un orden nuevo» (J. Carvajal), los edificios se erigieran según aquella idea local y castiza.

Era nacional, ciertamente, pero era sobre todo local y enfatizaba lo propio, lo que distinguía (o así se estimaba) los rasgos de una estirpe de larga tradición. Era una arquitectura navarra (y “por ello” española). No era propiamente un *revival* ni tenía que ver con una idea de reconstrucción arqueológica: lo de menos era el estilo de origen. Como en la arquitectura del *Inglés antiguo*¹⁹¹, «cuanto más pintoresco y antiguo pareciera mejor». Todo valía para resaltar la distinción de estatus y el abolengo de las familias. Como en la conocida mansión Eureka (del llamado Stick Style) del magnate americano de la madera¹⁹², empeñado en mostrar su poderío y sus vínculos con la vieja aristocracia, prevalecía el alarde ornamental¹⁹³, prevalecía el colorido alegre y las siluetas irregulares que recordaban en ocasiones el gusto regional navarro (más propiamente el de la montaña navarra¹⁹⁴) y, en otras, pintorescamente el estilo neomedieval¹⁹⁵. Otras se combinaba un peculiar regionalismo con

¹⁹¹ Desarrollada en Londres a fines del XIX (Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1116-1118).

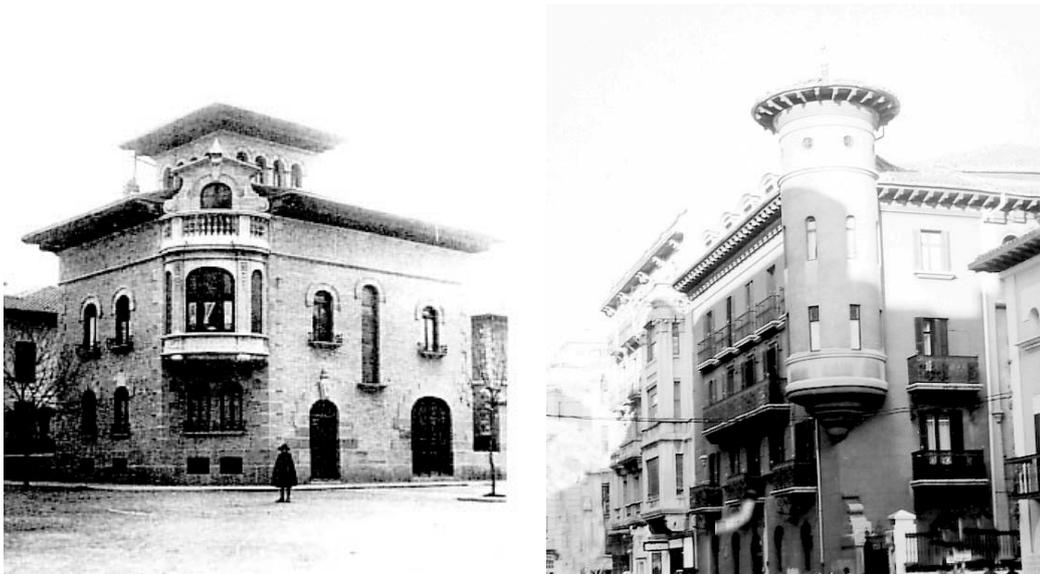
¹⁹² Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1134-1136.

¹⁹³ Desechado como *aristocratizante* por las nuevas corrientes funcionalistas.

¹⁹⁴ Después de todo el modelo que los Smith, Rucabado, etc., representantes de la corriente regionalista, seguían en Bilbao o Vitoria era el de la zona holohúmeda.

¹⁹⁵ El *pintoresquismo* fue una corriente arquitectónica recurrente y que adoptó formas variadas entre el XIX y el XX. Inicialmente (primeros años del XIX) se trató de una actitud prerromántica derivación subjetivista del racionalismo ilustrado y se plasmó en especialmente en el jardín pintoresco (sentimiento y naturaleza, cuevas, arroyos, cerros arroyos), muy extendido desde fines del XVIII en París (Versalles) e importado desde allí a la Corte madrileña. Posteriormente, con el gusto romántico por lo exótico y medievalizante hay una doble vuelta al pintoresquismo: una más historicista (cuya representación en arquitectura podría ser el castillo de Butrón, 1888, de Francisco de Cubas) y otra de tono cosmopolita que dará un aire de ciudad abierta a capitales —en España— como San Sebastián o Santander (cf. Hernando, *Arquitectura...*, p. 85-98). En Pamplona los jardines de la Taconera (1905-1906) se hicieron según ese gusto neopintoresco (edificaciones de aspecto rústico, como el palomar, estanques, respeto por el bosque natural, etc.) y tal vez quepa inscribir al chalet de Martínez Ubago en la calle José Alonso (1899), dentro de esa corriente cosmopolita. El pintoresquismo en la segunda década del XX tiene que ver más

un neoclasicismo a la *manera eduardina*¹⁹⁶. Entre los hoteles y palacetes predominaba un gusto específico por las formas de las torres y castillos medievales como recuerdo de la gloria del reino de Pamplona y Navarra¹⁹⁷.



Palacetes del Nuevo Ensanche Pamplonés

En las viviendas de clase media prevaleció, por el contrario, el estilo regionalista de inspiración rural o exótico. Era otro modo de subrayar los diferentes estatus de la población. Pero, en todo caso, se elegían formas que dieran a la nueva arquitectura ese efecto buscado de lo propio, de lo genuinamente navarro. Así lo hicieron arquitectos como el adaptable Serapio Esparza, autor del proyecto urbanístico del segundo ensanche y de una gran cantidad de hoteles y viviendas de éste, Víctor Eusa (con quien nos detendremos más adelante), el más prestigiado entre ellos cuyo primer proyecto en el Ensanche fue el chalet para Rafael Aizpún en 1924, Marcelo Guibert, José Alzugaray, tal vez el más radical en sus planteamientos, o el maestro de obra José Arámburu —también versátil: tres años antes de construir su chalet en el ensanche de estilo

bien con esa fuerte reacción localista e historicista del gusto por todo lo antiguo y propio antes que por lo exótico, más por una voluntad de vuelta a lo que se estima *genuino de la raza* (la casa de la tierra, el castillo del reino) que por una vuelta a lo natural.

¹⁹⁶ Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1190. Tal era el caso del palacete de los Goicoechea de Víctor Eusa (1924).

¹⁹⁷ «Observa lector, esa Navarra poblada de magníficos palacios —decía Pedro Madrazo—, de hermosas iglesias románicas y ojivales y erizada de castillos. Como pregonan los alcázares el fausto y riqueza de los reyes, príncipes y ricos-hombres, etc. ... Los vestigios de aquella grandeza subsisten en Olite y Tafalla,...». Que luego Julio Altadill, «Navarra», p. 780).

marcadamente ruralista, realizaba un escaparate de estilo modernista, un tanto pasado ya, pero distinguido, en la calle Chapitela—. En cuanto al material se combinó la piedra (más presente en los palacetes) con el ladrillo caravista de larga tradición local ¹⁹⁸.



Colegio de Notarios. Estilo neomudéjar.

En cuanto a los edificios de servicio público se prefirió el neomonumentalismo a lo Antonio Palacios (con cierto tono racionalista)¹⁹⁹, o se edificó según el más castizo y exagerado neomudejarismo (totalmente ajeno al constructivismo racionalista de un Rodríguez Ayuso). Entre los primeros cabe destacar la sede social de la aseguradora Vasco-Navarra (1926), de Víctor Eusa, en el que pugnan las tendencias racionalistas con el neomonumentalismo (que definitivamente se impuso en 1943 con su remate neoherreriano hecho por el mismo Eusa²⁰⁰). En el edificio, rematado inicialmente por una estatua de

¹⁹⁸ AMP. Sección Ensanche de Pamplona 1ª Zona y Dirección de obras. Varios Legajos.

¹⁹⁹ Ver Flores, *Arquitectura española...*, pp. 76-81.

²⁰⁰ La modificación del remate en 1943 al modo neoherreriano —de la que hay varios ejemplos en el Gobierno Civil de Navarra o el convento de las Oblatas de esa época—, fue ya practicado por José Alzugaray en una casa de viviendas de la plaza del Príncipe de Viana en 1929, en la que se anunciaba el posterior gusto por lo herreriano en

Minerva²⁰¹ (patrona del artesanado y el comercio —aunque también de la guerra—) con vanos de gusto árabe simplificado y grandes pilastras adosadas abarcando todos los pisos, predominaban, sin embargo los huecos sobre los muros. Además en 1931 el edificio de la Caja de Ahorros de Navarra de los hermanos Yarnoz Larrosa (José y Javier) en la avenida Carlos III, masiva y sólida edificación; la reconstrucción del Teatro Gayarre (1935) en la misma avenida hecha por Javier Yarnoz aprovechando la fachada neoclásica del viejo teatro y combinándolo con una estructura masiva al estilo de la Caja de Ahorros; y el Seminario Diocesano (1931-1936) de Víctor Eusa²⁰² con su monumental cruz en la fachada principal (que en parte reproduce en el colegio de los Escolapios, 1926, caracterizado éste por su vértice ojival que da a aquel ese aire de verticalidad espiritual, tan del gusto de la arquitectura religiosa²⁰³). Pero, donde más acentuadamente se descubre ese gusto por lo castizo es en el edificio de la Plaza de Toros de Francisco Urcola (1922)²⁰⁴, y en la sede del Colegio Notarial, obra de José Alzugaray (1925) en la avenida Carlos III, con un neomudéjar tardío, de un gran abigarramiento ornamental.

Si el gusto era arcaizante, no así la funcionalidad de los edificios del ensanche. Los nuevos hoteles y viviendas, como en el resto de Europa, venían a cubrir una demanda de las clases acomodadas por edificar viviendas vueltas hacia la vida privada²⁰⁵. Frente al viejo palacio urbano de función semipública, desde donde se llevaba la gestión de la economía, se ubicaba el negocio o se hacía vida social, un edificio en el que se prolongaba la calle a través de un amplio portal y unas majestuosas escaleras, las viviendas del ensanche se organizaban, más bien, como espacio en el que desarrollar la vida privada —

la época franquista, cuyo edificio simbólico fue el Ministerio del Aire en Madrid.

²⁰¹ Razón por la que la *Pamplona. Guía arquitectónica*, 1994, p. 89 lo emparentara con Otto Wagner, impulsor del *secesionismo* que remató su Casa Postal de Viena con dos Minervas. Pero mientras el secesionismo evolucionó hacia la simplificación, Eusa progresó por la vía del monumentalismo (si bien Víctor Eusa es también autor de los primeros edificios de viviendas de corte racionalista (manzana 15, solar 1, año 1928).

²⁰² En estas obras de Víctor Eusa, en cualquier caso, se adivina una cierta influencia racionalista, por la simplificación de las formas y la carencia de ornamentación en los paños de la fachada. Fue autor junto a José Yarnoz del Monumento a los Caídos, ya en la posguerra, que vino a rematar la avenida de Carlos III, realizado según un estilo neobarroco de formas pesadas y monumentales.

²⁰³ Y que solo remotamente puede semejar el programa del holandés Willem Marinus Dudock (*Pamplona. Guía arquitectónica*, Pamplona, 1994: 92), autor de una obra audaz y moderna, aunque también local. Pero sobre estos temas volveré.

²⁰⁴ Tal vez no podía ser de otro modo. El neomudéjar ha predominado en estos edificios en que se celebra la fiesta nacional desde que lo empleara Rodríguez Ayuso en la Plaza de Madrid.

²⁰⁵ Benevolo, *La ciudad...*, pp. 184-187.

progresivamente apreciada—, ajenos a la calle y volcados hacia la vida familiar y a las relaciones amistosas en la intimidad del hogar.

Por lo demás, *la calle* (como espacio de socialización), que se ubicaba mayoritariamente en la ciudad antigua, el callejeo como práctica cotidiana, tenía una gran presencia en la vida social de Pamplona. La gente se encontraba en la calle y todo el mundo se conocía. La gente de todos los niveles acudía a la Plaza del Castillo. Allí se encontraban el Kutz, el café Iruña o el Casino. Todavía las tertulias de la *gente bien* de Pamplona se organizaban en el Kutz, donde se concretaban algunas de sus *excentricidades*²⁰⁶. Los domingos acudía el gentío a la Taconera o a la propia Plaza del Castillo a escuchar a la banda del regimiento de Caballería interpretando marchas militares o piezas de moda. O se iba a pasear a la Vuelta del Castillo —dando la *vuelta chica* o la *grande*, según fuera la tarde— donde podían encontrarse con hileras de seminaristas con sus becas de colores, o soldados en formación volviendo hacia los cuarteles tras los ejercicios²⁰⁷. La calle aún no era un lugar indiferenciado, abandonado a favor del espacio privado.

Claro que aquello implicaba que en el trato y en los modos cortesés se estableciera la posición de cada cual, que el viejo trato deferente (aunque aparentemente igualitario) entre categorías diversas — que ritualizaba y reforzaba el orden social— predominara aún sobre el moderno trato franco e igual entre individuos (sin llegar a los extremos de quitarse el sombrero salvo en el caso de los sacerdotes, pero cediendo el paso, trato de respeto, etc.)²⁰⁸. De modo que, aunque el segundo ensanche fuera cumpliendo en parte aquella función de separar espacialmente a los distintos estratos, y aunque se instalaran en él confortables chalets en los que aislarse de la vida exterior, todavía prevalecía la *calle* por la que todos circulaban en la ciudad antigua. Todavía el ámbito de lo privado como espacio de la socialización primaria no había llegado a prevalecer completamente entre las elites de la ciudad. Tanto menos entre las clases más humildes cuyas casas en el casco antiguo invitaban a estar en la calle²⁰⁹.

²⁰⁶ Como el conocido como *riau-riau*, ideado por Ignacio Baleztena, carlista, para boicotear los actos del ayuntamiento liberal en fiestas.

²⁰⁷ R. García Serrano, *Cantatas de mi mochilla*, Madrid, p. 169.

²⁰⁸ No tan extremo, desde luego, como el que podía verse en otras regiones, o en la propia Rioja, sin alejarse demasiado, que describe Ignacio Hidalgo de Cisneros (1977: I, 30-36), poblado de aristócratas, y en el que la distancia era nítida con los estratos bajos de la sociedad o el servicio. O en Labastida, donde José M^º Pobes acudía aún en carruaje a la misa de los domingos (mientras la gente se apartaba a su paso). Sin embargo, el servicio era tratado como parte de la casa, los niños jugaban juntos (hasta que uno marchaba a estudiar y volvía como *señorito*, y otro se ponía a trabajar), y se daba ese trato de confianza a *todos* los de la casa: del *señor*, al administrador o la doncella.

²⁰⁹ Ciertamente las casas baratas, cuya edificación comenzó en 1925, vinieron a

De todos modos, los tiempos alcanzaban también a Pamplona (no podía ser de otro modo). Fue en los años de la República cuando comenzaron a edificarse, especialmente en las llamadas casas baratas de Víctor Oteiza, edificios de concepción más racional, línea simple y organización funcional (Víctor Eusa ya había ensayado en los veinte alguna solución simplificadora, y en 1932 construía la solución más audaz en estilo Art Déco, en cuanto a los interiores de la Pamplona del momento: el Casino Eslava). Quizá el símbolo de aquella corriente cosmopolita y modernizadora dentro de la arquitectura fue en Pamplona el que iba a ser nuevo centro de ocio de la elite más joven de la ciudad: el Campo de Deportes Larraina. El club en el que practicar los nuevos deportes en boga: el tenis, el atletismo la natación, etc.; allí donde se establecía la distinción, los nuevos centros de socialización de la elite (los mayores, sus padres seguían acudiendo al Casino Principal o al Nuevo Círculo); donde la calle, que era de todos, dejaba paso al recinto privado para la gente distinguida. Ese lugar en que, rotos para los más jóvenes los criterios claros de diferenciación social, se restablecieran aquellos a través del ocio y un estilo de vida imposible para las clases bajas y medias. Un lugar más sofisticado y exquisito que el viejo casino (aunque no más exclusivo). Un club social de acceso restringido que se inauguró en 1933 cerca de los jardines de la Taconera. Fue aquel un complejo de ocio y deporte proyectado por el estimable arquitecto Joaquín Zarranz, con canchas de tenis, piscina, frontones, gimnasio, pistas de atletismo²¹⁰; un club deportivo como los que por aquellas fechas (y antes) venían erigiéndose en otras ciudades europeas.

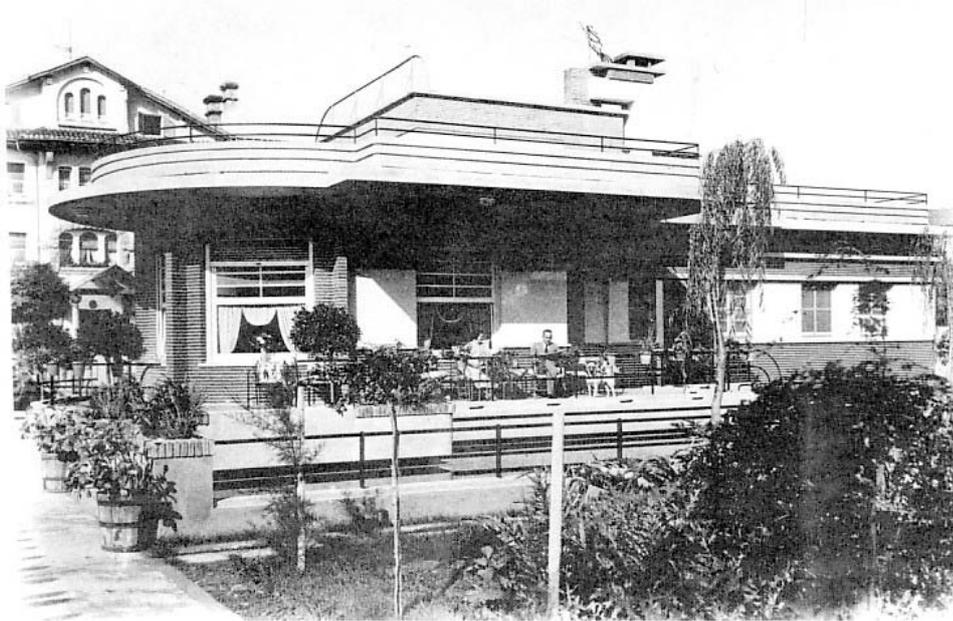
Aquel complejo rompía claramente con la vieja *Geistesbildung* local y se vinculaba con los nuevos modos del racionalismo arquitectónico desarrollados en España en los albores de la República y durante ésta, y concretado en el movimiento de jóvenes arquitectos del GATEPAC²¹¹. El edificio que albergaba el club buscaba la funcionalidad y

paliar aquel estado de cosas.

²¹⁰ Puede verse una descripción en R. Guerra, *Navarra. Ayer, hoy y mañana*, s.l. (fue publicado como número extraordinario por el periódico de Madrid *El Sol*), 1933.

²¹¹ Ya el nombre es toda una definición de intenciones: Grupo de Artistas y Técnicos Españoles para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea. Sus centros de actividad fueron sobre todo Madrid (García Mercadal), Barcelona (Sert) y San Sebastián (Aizpurúa) (ver Bohigas, 1970). En el País Vasco tuvo un desarrollo apreciable con obras como el Club Náutico de San Sebastián de Aizpurúa y Labayen (1930), el chalet *Kikumbera* en Bermeo (1929) y el grupo escolar Briñas en Bilbao (1932-3) de Pedro de Ispizúa (ver K.M. Barañano, J. González de Durana y J. Juaristi (1987): *Arte en el País Vasco*, Madrid 1987, pp. 306-316) o la Gasolinera Goya de José Luis López de Uralde en

la belleza a través de exteriorizar la planta y la propia estructura edificada antes que en la ornamentación (de la que carecía). Era éste un planteamiento ciertamente nuevo en el ámbito de Pamplona, incluso rupturista, reflejo también de los nuevos tiempos por los que se adentraba Pamplona en los años de la República y sobre lo que volveremos más adelante. El propio Víctor Eusa, excelente arquitecto y buen conocedor de las corrientes de su tiempo, ensayó esta vía en el chalet Erroz (1933).



Chalet Erroz (1933)

La República fue un tiempo de atención hacia las clases más desfavorecidas. En el extremo este del Ensanche se habilitó la “Colonia Argaray” (1927-1934), hecha al modo de ciudad jardín. Y, hacia 1934, se construyeron las llamadas “casas baratas” en la calle Iturralde y Suit.

Vitoria (1935). Además de incorporar entusiásticamente las nuevas técnicas y tendencias racionalistas, y buscar la renovación arquitectónica en aras de la puesta al día y el contacto con las corrientes internacionales, sus presupuestos se cimentaron en una crítica demoledora al modelo castizo anterior —tan seguido en Pamplona—, a los que calificaban como «engendros de la arquitectura» y «pastiche lamentable» o «modelo pastel», combatiendo la idea de crear una arquitectura nacional inspirada en el «alma popular... [que es] el templo, panteón del tesoro de las tradiciones» (ver la reproducción del A.C. de varios años que recoge Flores, *Arquitectura española...*, pp. 68 y 156-163).



“Casas Baratas” (1934)

Si en los años treinta se observaban “inquietantes” signos de cambio en los modos sociales, rastreables también en las expresiones arquitectónicas, no era porque la vieja ciudad hubiera perdido su nervio. Hemos visto que había conservado el centro comercial y financiero, el centro administrativo y simbólico, los principales espacios de sociabilidad y también el centro religioso con su vieja catedral y el palacio episcopal. Buena prueba de ello era la pujanza que mantuvo la arquitectura religiosa, esa que nos ha llevado a calificar a Pamplona como ciudad-convento.

La actividad constructora y de reformas (algunas importantes) en las iglesias de la ciudad se incrementó con el siglo. La parroquia de San Juan Bautista completaba sus retablos en 1916 y 1925; la de San Cernín se adornaba con vidrieras y restauraba los retablos de sus capillas en estilo neogótico (1902, 1905, 1907, 1916 y 1918); en San Nicolás se construía la fachada neorrománica en 1902 y en 1924 Martínez Ubago levantaba un campanario de ladrillo con almenas (el antiguo modernista se ponía a tono con el gusto local por la arquitectura fortificada de inspiración medievalista); en San Lorenzo el arquitecto diocesano Florencio Ansoleaga reconstruía en 1901 la fachada al gusto neorrománico, y en 1908 se disponía el retablo mayor; también la iglesia de San Agustín reponía sus retablos en 1915, San Fermín de Aldapa en 1912 y la iglesia de los padres carmelitas en 1915, 1922 y 1924. Si aquellas eran las reformas, entre 1914 y 1916 se edificaba una nueva iglesia parroquial, la de San Salvador, en estilo neorrománico y

neogótico²¹². En el ensanche inicialmente dos obras solamente (y ellas de tono menor): la vieja iglesia de San Ignacio, derribada para dar paso al nuevo ensanche, se reconstruía en piedra con una torre entre neorrománica y neogótica inaugurándose en 1927. Y en 1923 se iniciaban las obras del colegio de los Escolapios, realizado por Víctor Eusa, de desarrollo horizontal y una torre de gran proyección vertical, ojivalada que daba al edificio un aire de pureza espiritual al gusto de la arquitectura religiosa a finales del XIX y principios del XX, en que se prefirió la estilización y elevación vertical como expresión más acabada de la espiritualidad cristiana²¹³.

La construcción de nuevas catedrales fue un fenómeno asociado a ese crecimiento urbano que se produjo en la España de finales del XIX²¹⁴. Era el símbolo del pacto de las nuevas clases medias urbanas con la Iglesia y lo que ello representaba en la España de la Restauración. No es el caso de Pamplona. Como ocurrió con tantas otras cosas, su crecimiento respetó la vieja catedral, mezcla de estilos, que siguió firme en la ciudad antigua como otro símbolo más de la supremacía de esta parte de la ciudad sobre toda ella. Aparte de la parroquia de San Ignacio y los Escolapios, sólo algún convento menor (el de las Hijas de M^ª Inmaculada, 1925 por Víctor Eusa y la Milagrosa de los PP. Paules, 1928) y el Seminario, que se irían terminando en los años posteriores, se asentaron en el Ensanche. Era una muestra de la escasa relevancia ciudadana (en términos de presencia social) que tenía éste para la vida de la ciudad aún en los años veinte y treinta.

Con el ensanche había despertado una ciudad encerrada dentro de sus murallas pero el nuevo espacio no había logrado arrebatarse la centralidad urbana a la ciudad antigua que permanecía vital y fuerte y era aún la *Pamplona* por excelencia, la Pamplona con que todos los pamploneses se identificaban (San Cernín o la Navarrería, la Plaza del Castillo, sobre todo; el espacio del mercado, de la fiesta, del asueto y su centro neurálgico). La elite local tampoco quiso que su firme compromiso con la iglesia se plasmara en un nuevo edificio que fuera el nuevo buque insignia de la vida religiosa local —tal como ocurrió en tantas ciudades españolas y en las vascas—. Prefirió potenciar toda una serie de obras entre fines del XIX y principios del XX que actualizaban el valor de las viejas iglesias y parroquias que habían acompañado y organizado la vida de la urbe desde el medievo. Y prefirió —su entidad lo permitía— mantener su anterior catedral como centro de la religiosidad pamplonesa.

²¹² Todo ello continuación de la gran actividad constructora llevada a cabo durante los últimos años del siglo XIX (ver GEN y Orbe, *Arquitectura...*, pp 152-175; M. Larrumbe, *El academicismo y la arquitectura del siglo XIX en Navarra*, Pamplona 1990, pp 485 y ss.).

²¹³ Hernando, *Arquitectura...*, p. 196-197.

²¹⁴ Hernando, *Arquitectura...*, p. 212.

También en esto se prefirió la continuidad a la renovación. Es otra muestra de la vitalidad que la antigua ciudad siguió conservando en los nuevos tiempos.

Tal vez sea el arquitecto Víctor Eusa, a quien ya he hecho reiterada referencia, quien mejor sintetizó esas corrientes de innovación material y *pathos* localista que representaba Pamplona en los años treinta. Fue, junto a los hermanos Yarnoz Larrosa, quizá el mejor arquitecto navarro de la época. Formado a finales de la segunda década del XX en la Escuela de Arquitectura de Madrid, en el clima de nacionalismo arquitectónico inaugurado por el IV Congreso Internacional de Arquitectos celebrado en Madrid en 1904 e impulsado por Vicente Lampérez²¹⁵ desde la propia Escuela, adquirió esa sólida formación clásica propia del academicismo del momento (entre sus profesores estuvieron el propio Lampérez, Modesto López-Otero y Teodoro Anasagasti)²¹⁶. Sin embargo, hombre inquieto, tras la obra neorromántica realizada para el Gran Kursaal de San Sebastián (1920), inició una serie de viajes por Europa, donde conoció las nuevas tendencias de arquitectura contemporánea (especialmente seducido por el secesionismo vienés, la escuela holandesa y una reedición del Art Déco²¹⁷) y, también, por el Mediterráneo influido por el neomudejarismo de su maestro Anasagasti, del que le procedía su devoción por la arquitectura árabe²¹⁸.

Sin embargo, hombre vinculado al mundo cultural y político conservador y antirrepublicano de la capital Navarra²¹⁹, buscó un estilo

²¹⁵ Autor de la *Historia de la Arquitectura cristiana española*, premiada en Barcelona en 1906, e impulsor del programa casticista de Rucabado.

²¹⁶ Sigo básicamente en los datos a A. Ustároz «El pensar de la mano. El arquitecto Víctor Eusa», en *Víctor Eusa*, 1989. La interpretación difiere en parte de la dada por Ustároz.

²¹⁷ A la escuela holandesa (de la que era máximo exponente W.M. Dudok) recuerda su proyecto de Asilo de San Marcial y San Severiano de Tafalla (1933) (ver el ayuntamiento de Hilversum de Dudok en Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1214); y al Art Déco el magistral interior del Casino Eslava (1931). El estilo secesionista impregnó más difusa e íntimamente toda su obra. Sus edificaciones pueden contemplarse en *Víctor Eusa*, 1989; y en *Arquitecto*, 1934.

²¹⁸ No solamente en exteriores, en la luminosidad de interiores y en la decoración de éstos (véase el interior del Edificio de la Vasco-Navarra en *Víctor Eusa*, 1989).

²¹⁹ Fue candidato a concejal independiente por la candidatura anti-revolucionaria en abril de 1931, aunque se retirara en la segunda elección que hubo de realizar al anularse las primeras (J.J. Virto Ibáñez, J.J. *Las elecciones municipales de 1931 en Navarra*, Pamplona 1987, p. 88). En 1936, formó parte de la Junta de Guerra Carlista de 1936 (J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid 1970, p. 552). Fue amigo personal

propio que expresara el sentir de aquella ciudad. Expresionista convencido, frente a las inclinaciones abstractas y tecnologistas de otros grupos que pretendían conectar con las vanguardias²²⁰, buscó «que los edificios di[jeran], proclam[aran] su destino en la ciudad»²²¹, hasta crear un estilo propio de Pamplona, que expresara, que diera forma plástica al espíritu profundo que subyacía la vida social de la local. Frente a la voluntad de cambio y ruptura drástica con el pasado que predicaban las vanguardias, Víctor Eusa creía en la inmanencia de la cultura de las sociedades, en su permanencia, por lo que su estilo debía surgir del diálogo con el pasado y vincularse a los modos de un lugar (Pamplona, en este caso). Aquel estilo lo expresó de forma más acabada en los edificios religiosos con que sembró la Pamplona que nacía, surgidos de su *pathos* religioso, iglesias que entendía como lugares «donde se transmiten las verdades reveladas [por lo que] su objeto está por encima de la materialidad...; debe de representar el lugar de la espiritualidad, del recogimiento respecto al resto de la ciudad... De acuerdo con ello su exterior debe de comunicar su trascendental misión conmoviendo el ánimo del transeúnte»²²². De ahí la verticalidad de sus edificaciones, pretendiendo transmitir esa espiritualidad del neogótico (Iglesia Convento de la Milagrosa, 1928; Colegio San Miguel de los PP. Escolapios, 1928) y la monumentalidad de sus edificaciones, como el Seminario Conciliar con su inmensa cruz luminosa que, desde el Beloso, pretendía dominar toda la cuenca de Pamplona (como antes y después la dominarían las dos torres barrocas de la Catedral)²²³.

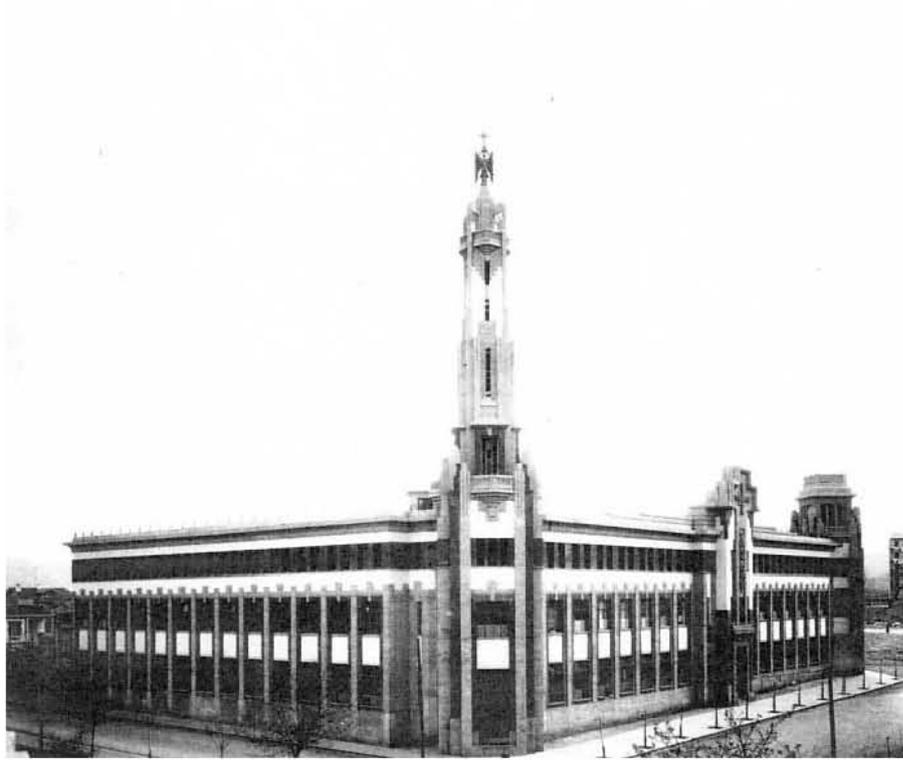
de Gustavo de Maeztu, navarro de adopción y muy vinculado a esa tierra desde que realizara los frescos de la Diputación (de un historicismo legendarista) y se instalara en Estella, quien le hizo un magnífico retrato. Ambos diseñaron un enorme altar que se proyectaba instalar en Madrid, a su toma, con alegorías de Navarra pintadas por Ramiro de Maeztu (Burgo, *Conspiración...*, p. 599).

²²⁰ Especialmente, en España, la GATEPAC, a quienes Eusa conoció, pero con los que no sintonizó, a pesar de conocer perfectamente sus modos, como lo demuestra en el Chalé de Erroz (1933).

²²¹ M. Iñiguez, M. (1989): «Arquitectura como construcción, arquitectura como emoción», en *Víctor Eusa*, 1989, p. 16; y Ustároz, «El pensar de la mano...», p. 24.

²²² Iñiguez, «Arquitectura como construcción...», p. 13.

²²³ Así es como J. Polo de Benito (en *Arquitecto*, 1934: V-VII) lo situaba en 1934 entre los arquitectos que iban renovando la arquitectura religiosa de España.



Colegio de los Escolapios (1928) y Seminario (1931) de Víctor Eusa

Sin embargo, Víctor Eusa no rechazó, sino que empleó con maestría los nuevos materiales como eran el ladrillo, el hormigón armado y el cristal²²⁴. Trabajó el estilo constructivista, sacando al exterior la propia estructura del edificio, creando así un estilo propio y local, en diálogo con aquel *ethos* de Pamplona, sin por ello renunciar a la innovación técnica que implicaban los nuevos materiales y las nuevas maneras constructivas. Puede verse brillantemente reflejado en su edificio de viviendas de la plaza Príncipe de Viana. Mientras tanto, buscaba recuperar el viejo aire amurallado de la ciudad, sustituyendo viejas puertas por nuevas, más acordes con las necesidades de circulación de los tiempos, pero que daban continuidad física y temporal a las murallas que durante tiempo habían asfixiado a Pamplona, pero que ahora se convertían en nuevos signos de identidad.

²²⁴ Con esos interiores de iglesias en que los pilares o columnas de hormigón armado sustituyeron a los muros de partición sustentantes, dando al interior una mayor luminosidad y aproximando todo el espacio eclesial al oficiante a quien veían en mejores condiciones. Interiores que claramente se inspiran en el expresionismo del francés Auguste Perret (ver Kostof, *Historia de...*, vol. III, p. 1201-1202).



Pamplona. Portal Nuevo.



Casa de viviendas de la plaza Príncipe de Viana y Portal Nuevo, antes de la Taconera (Víctor Eusa)

Víctor Eusa siguió siendo, en cualquier caso, un arquitecto a *l'antique* (Ustárroz), concibiendo su propio trabajo como parte de las Bellas Artes, sin deslizarse por las nuevas corrientes ingenieriles por las que discurría la profesión. Secundariamente, Víctor Eusa, trabajó en los chalet del Ensanche ese estilo antiguo y regionalista, tan del gusto de la elite local, que en ocasiones (como en el chalé de los Hermanos

Eguinoa, 1928) combinó con acierto con su estilo más suelto y amanerado. De modo que, desde su concepción de *obra artística total* adoptada de su maestro el vienés Otto Wagner, combinando en su arquitectura la escultura, el mosaico, las vidrieras o la pintura, Víctor Eusa representó como nadie el nuevo *ethos* de la ciudad de Pamplona que sin renunciar a una mirada a su pasado cultural, no renunciaba a las mejoras que los nuevos tiempos ponían en sus manos.

7.- Una ciudad en perspectiva. Nueva ciudad, vieja capital de reino.

«Ciudad de humo dormido. Ciudad doliente de campos y lluvia. Constreñida por el corsé ortopédico de la muralla donde los rastrillos de los portales jugaban a Edad Media en los anocheceres.» decía de ella José M^a Iribarren. «Dentro del cinturón amurallado vivía una familia compacta, unida hasta en sus disensiones, con tono regular, confortable, cristiano», reiteraba Rafael García Serrano, ambos, navarros reconocidos. Abundaban en el tópico —en el que también insistió Pío Baroja— creado por el romanticismo europeo sobre aquella ciudad singular. Sin embargo, como todo tópico, tenía elementos de verdad., Eladio Esparza, escritor, animador cultural y subdirector del *Diario de Navarra*, escribía en su novela *Nere*: «Hemos estado en Londres, en Roma. en París, en otras muchas ciudades señaladas en las guías de turismo, y no guardo de todas ellas más que un pisto de voces extrañas, de ruidos inapagables, de espectáculos confusos y de comidas horrendas.» Añoraba lo particular de su ciudad, no se sentía circulando por un *continuum* urbano, sino que se refugiaba en la idea de “región”, “patria chica”, “*province*”, “*terroir*” o “*Heimat*”, con su cabeza urbana.

No por ello despreciaba los avances del mundo moderno... pero los adaptaba a su propia idiosincrasia: «Para los que viven rodeados de herencias familiares, casa, muebles, tapices y cuadros —decía un anuncio de una tienda local—, es difícil crear a su alrededor una atmósfera moderna en la que impere su propio gusto, si no están dispuestos a dejar a un lado todo aquello que representa la historia de siglos... Hay, sin embargo, una cosa que no desentona al lado del más viejo tapiz ni cerca de un sillón del más puro Renacimiento, y la cual puede elegirse imponiendo el propio gustó: es la Radio-Electrola... Ésta, aún dentro de un antiguo caserón del siglo XVII, puede ser moderna, modernísima y reflejar la juventud y el espíritu de su dueño... Con una de estas Radio-Electrolas tiene Vd. las ventajas de un receptor y una gramola eléctrica de primera categoría: esto significa, disfrutar de los mejores programas de radio del mundo [jazz, bop, o boggie-woogie] y poder confeccionarse Vd., con discos, un programa cuando las emisoras no le den la música deseada.» Esa nostalgia de las maneras del pasado no impedía a aquella manera de ver la vida acceder a los avances de los tiempos (que también marcaban su impronta). Pero era un modo reactivo de acercarse a ellos, de manera que los viejos valores, los anteriores

referentes, los elementos de memoria quedaran preservados. Era una manera de estar en el presente que, por otro lado, garantizaba un orden social estable, ciertas seguridades preservadas ante el mundo cambiante en que se vivía..., especialmente, en la entreguerra.

POR LO MENOS

EN SU

Radio Electrola

PUEDE YD. IMPONER SU GUSTO.



Modelo 10000 de Radio Electrola. Este modelo es el más moderno y completo que se ha fabricado hasta ahora. Tiene un precio de venta de 1.200.000. Se vende en todas las ciudades de España y en los principales puntos de venta de América y el extranjero.



Radio Electrolas

Distribuidor exclusivo para

Para los que viven rodeados de herencias familiares — casas, muebles, ropas y joyas — es difícil creer o soñar con una habitación moderna en la que impere su propio gusto, si no están dispuestos a dejar a un lado todo aquello que representa la herencia de sus abuelos.

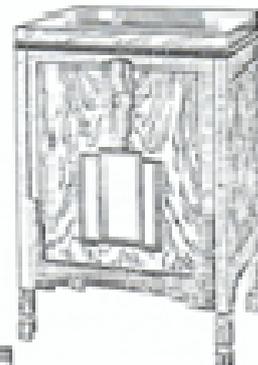
Hay, sin embargo, una cosa que no disminuye el valor del más rico hogar si no es el arte de vivir más plenamente, y lo más grande siempre comprendido en el propio gusto, es la Radio-Electrola. Esta, con el poder de un conjunto completo del tipo XTE, puede ser moderna, refinada y elegante en su forma y en su espíritu de su fondo.

Resumidamente, veamos que de los últimos modelos de Radio Electrola, creados por la Voz de su Amor, se cuenta que muestra elegancia y la belleza de todo lo que significa arte en su forma y lo que cambia siempre la técnica del momento. Voz clara y los demás modelos y componentes, sus otros, su construcción, su instalación, su facilidad de manejo, su precio — por todos los momentos que son indispensables.

Con uno de estos Radio Electrolas tipo XTE, los vecinos de un hogar y una granada eléctrica de potencia suficiente, sus aparatos, distribuidores de las mejores programaciones de radio del mundo, y poderosamente XTE, con ellos, un programa completo de bienestar en la vida de la familia moderna.

Los aparatos eléctricos de la Voz de su Amor son los últimos modelos y la última obra completa de una construcción en cooperación para todos.

Este modelo 10000 de Radio Electrola es el más moderno y completo que se ha fabricado hasta ahora. Tiene un precio de venta de 1.200.000. Se vende en todas las ciudades de España y en los principales puntos de venta de América y el extranjero.



LA VOZ DE SU AMOR

Navarra JOSE LES - PAMPLONA - Plz. a. República 11

Anuncio de Radio Electrola en los años treinta (Diario de Navarra)

Era aquel un mundo, sin duda, deudor del *pintoresquismo* decimonónico. Pero ya influenciado por el positivismo de finales de siglo²²⁵. Había adquirido los usos de la erudición y el anticuarismo. En una Pamplona llena de casas blasonadas, se había tenido la precaución de ir retirando con mimo los escudos de las casas derribadas y de depositarlos en el edificio de la Cámara de Comptos (antigua Cámara que fiscalizaba las finanzas reales a imitación de la *Chambre de Compto* francesa)²²⁶. Bajo la dirección de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra (creada en 1860), se fue realizando acopio de restos arqueológicos, antigüedades, cuadros, estatuas, lápidas, relieves y medallones, que permitieron realizar una exposición en junio de 1910 y que daría origen al que sería Museo Artístico-Arqueológico de Navarra. En él colaboraron personas como Arturo Campión, Iturralde y Suit, Julio Altadill, José María Huarte, Nicasio Garbayo (y más adelante José María Lacarra y José Esteban Uranga)²²⁷. Junto con el Archivo de Navarra, aquel patrimonio (valioso) formaba parte de la memoria de la provincia. Aquella cultura erudita e inspirada en el arqueologismo, educó a las clases cultivadas de la provincia en el rigor del documento y en el gusto por la antigüedad autenticada. De ahí la crítica positivista de “lecturas” pintorescas de Pamplona... pero sin cuestionarlas en el fondo: la Pamplona de muralla y campanil. Léase la crítica de Blasco Salas hecho desde un pretendido objetivismo (desde luego, anti-pintoresco) del grabado que Fco. de Paula y Mellado hizo circular sobre Pamplona el siglo XIX²²⁸.

²²⁵ El propio Menéndez Pelayo hacía protestas de científicidad en su rechazo del legendarismo vasco (citado por J. Juaristi, *El linaje de Aitor*, Barcelona 1987, pp. 189-190).

²²⁶ Y sobre las que hizo un estudio Ignacio Baleztena (*Tiburcio de Okabio*), «Heráldica local», *DN*, 15 abril 1951.

²²⁷ Puede verse la extensa labor realizada por esta Comisión en *Consejo*, 1934. Un estudio sobre ésta en M.P. Huici, «Las Comisiones de Monumentos Histórico y Artísticos, con especial referencia a la Comisión de Navarra», *Príncipe de Viana* 189, 1990.

²²⁸ Blasco Salas, *Recuerdos de un médico...*; y F. de Paula y Mellado, *España geográfica, histórica y pintoresca*, Madrid 1845.



Vista de Pamplona.

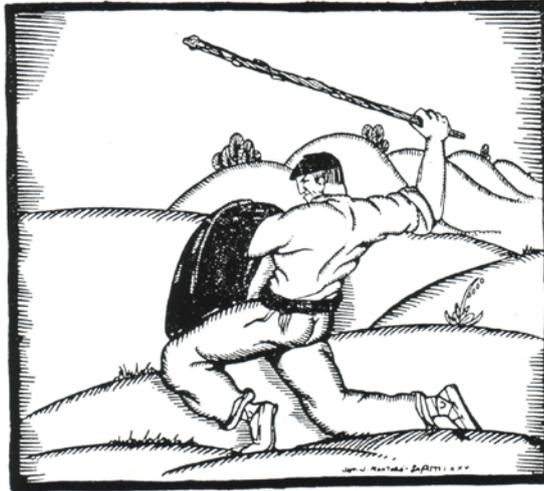


Vista de Pamplona en aquellos años, tomada de una lámina del libro de Francisco de Paula Mellado, citado en estas páginas. Hay un grabado hecho en Londres en 1824 con la misma perspectiva, incluso presentando el mismo emparrado del primer término. En ambos, los perfiles de las torres son por completo imaginarios, por lo que aquí ha sido modificado este aspecto de la estampa, así como otros, anacrónicos y faltos de fidelidad (tal el portal de San Nicolás, totalmente falseado por el dibujante). Las torres de la derecha eran las del desaparecido convento de Carmelitas de la Plaza del Castillo. Las de San Cernin, antes almenadas, presentaban ya sus chapiteles, construidos a mediados del siglo XVIII.

Dibujo de Blasco Salas hecho desde un pretendido objetivismo (desde luego, anti-pintoresco; frente a Fco. de Paula)

Por otra parte, y como he mostrado en otro lugar y es algo general en toda España, se había producido un rebrote consciente y espectacular

de un catolicismo militante. Una actitud que, en el caso de Navarra especialmente, se asociaba con elementos de identidad de la “patria chica”²²⁹.



Ilustraciones a dos cuentos de Arturo Campión, y cuadro de Javier Ciga

He dicho más arriba que mi tesis contemplaba elementos de posibilidad, circunstancias históricas y agentes sociales. Los elementos

²²⁹ Sobre Pamplona puede verse J. Ugarte, «Un episodio de “estilización” de la política antirrepublicana.... En general, J. Andrés-Gallego y A.M. Pazos, *La Iglesia en la España contemporánea/1, 1800-1936*, Madrid 1999.

de posibilidad tienen que ver con el hecho de que Pamplona mantuviera su estatus de ciudad-baluarte hasta bien entrado el siglo XX. Eso condicionaba su propia estructura física, las propias relaciones sociales y los elementos de identidad. Las circunstancias históricas se sumaron a aquél estado de cosas. La creación del nuevo Ensanche, que pudo propiciar fortunas considerables, como en el resto de España, fortunas interesadas en desplazar el centro de atención hacia la nueva superficie a edificar, no se produjeron (el relevo se había dado ya en el XIX, asumiendo la vieja memoria). Esto, unido a otros factores, hizo que la ciudad vieja prevaleciera física y simbólicamente sobre el Ensanche, signo de modernidad y cosmopolitismo. Finalmente, una buena parte de la elite de las letras y la cultura local, estrechamente vinculada con la elite de poder económico y político, trabajó denodadamente por preservar la vieja idea de ciudad, contraponiéndola a las nuevas corrientes por foráneas, consideradas ajenas e incluso agresivas. Una percepción de lo propio, que en numerosas ocasiones impregnó incluso a corrientes de pensamiento alternativas (como es el caso de Javier Ciga). Algo que he intentado mostrarlo a través de la arquitectura, abiertamente historicista en los veinte, y con un estilo local propio a través de Víctor Eusa, que supo combinar admirablemente —a lo Viollet le Duc en Francia— las técnicas modernas con un estilo conmemorativo y local.

Fue aquélla una cultura enlazada con cierta idea navarrista²³⁰ y castiza²³¹ pero con sus peculiaridades, como puede verse en este cartel anunciador de los Sanfermines de 1908, que trataré de desarrollar en un próximo trabajo.



²³⁰ Véanse los excelentes estudios A. García-Sanz Marcotegui, I. Iriarte, F. Mikelarena, *Historia del navarrismo (1841-1936). Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona 2002; y I. Iriarte, *Tramas de identidad. Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Madrid 2000.

²³¹ J. Ugarte, *La nueva Covadonga...*, pp. 315-339.